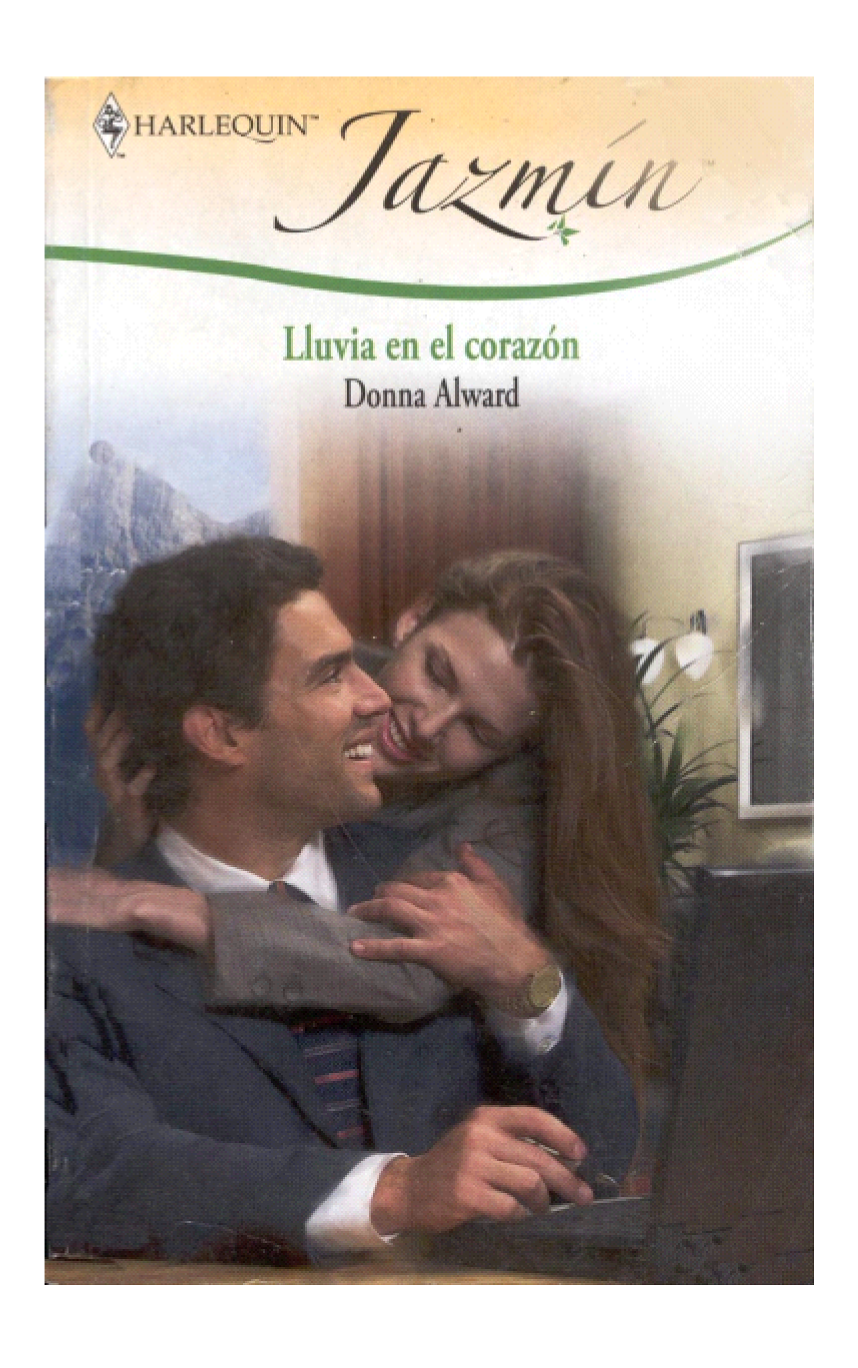


Lluvia en el corazón

Donna Alward

Lluvia en el corazón

Donna Alward



Lluvia en el corazón (2009)

Pertenece a la Temática "De corazón a corazón"

Título Original: The Italian's bride (2009)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2287

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Luca Fiori y Mariella "Mari" Ross

Argumento:

Un trabajo de ensueño… ¡y un impresionante jefe italiano!

Mariella Ross había logrado construirse una nueva vida en el hotel Fiori Cascade y no iba a permitir que la horrible actitud de su nuevo jefe interrumpiera su duro trabajo… aunque el encanto y la sonrisa de Luca Fiori le hicieran sentir mariposas en el estómago.

Luca empezó a mostrarle un aspecto de la vida que Mari casi había olvidado. Superar su oscuro pasado no sería fácil, pero con Luca a su lado comenzó a pensar que todo era posible.

Capítulo 1

—¿Señorita Ross? Ha llegado el señor Fiori.

—Gracias, Becky. Hazlo entrar.

Mari se pasó una mano por el pelo tratando con todas sus fuerzas de estar presentable ante un hombre que no conocía. Luca Fiori, hijo dorado del imperio *Fiori Resorts*. Rico, poderoso y, según la búsqueda que había hecho por internet, un poco *playboy*.

Justo lo que ella, y el hotel, no necesitaban.

Distinguió el sonido de su voz, suave y cálida, que le llegaba desde la recepción. Ese sonido le provocó un nudo en el estómago. Becky lo haría pasar en cualquier momento. Quizá debería salir a recibirlo. Sí, seguramente eso sería lo más profesional que podía hacer. Pero sus pies no la obedecían. En lugar de eso miró a los dos lados de la oficina como si la viera por primera vez. Su nueva oficina. Aún no podía evitar sentirse un poco fuera de lugar. Lo que Fiori tenía

que ver era a una mujer segura en su nuevo puesto. Aunque no lo estuviera, tenía que dar esa impresión. Se aseguró de que todo estuviera en su sitio. Todo tenía que ser perfecto. Lo único que revelaba que había estado allí esa mañana era una taza medio llena de té frío con una marca de lápiz de labios en forma de media luna sobre la cerámica de color crema.

Mari inspiró hondo y después dejó salir el aire lentamente, tratando de relajar los hombros. Acumulaba toda la tensión ahí. Los bajó e intentó esbozar una sonrisa. Tenía que demostrarle que estaba al día en su trabajo… trabajo que tenía desde hacía dos semanas y tres días.

Un segundo después volvió Becky y, con un gesto de la mano, hizo pasar a Luca al despacho.

Los ensayos para saludarlo que había hecho Mari desaparecieron de su cabeza.

—Señor Fiori.

Las fotografías no le hacían justicia, pensó mientras sentía un golpe sordo en el corazón. Era más alto de lo que parecía en las fotografías. Llevaba un traje, pero de un modo tan informal que no estaba segura de poder llamarlo traje. Pantalones y zapatos negros y una camisa blanca, abierta en el cuello, con una chaqueta negra abierta de modo descuidado. El cuello abierto de la camisa dejaba ver un fragmento de piel bronceada y pudo ver una mano en el bolsillo del pantalón antes de mirarlo al rostro.

Había sido descubierta observándolo. El brillo que vio en sus ojos se lo dijo y la sonrisa se lo confirmó. Se ruborizó y apartó la vista.

—La señorita Ross, actual directora, supongo.

Ella se humedeció los labios y sonrió tratando de ignorar el sonido de esa voz. Le tendió la mano.

—Sí, bienvenido al *Bow Valley Inn*.

—Se refiere al *Fiori Cascade*.

Mari se quedó helada. Por supuesto. Había recibido el informe sobre el cambio de nombre y lo había olvidado por los nervios. Miró la boca de Luca. Sonreía, al menos no se había enfadado.

Retiró la mano de la de él manteniendo la sonrisa amable.

—Sí, por supuesto. Viejos hábitos —hizo un gesto en dirección a unos asientos—. Pase y siéntese. Le pediré a Becky que nos traiga algo para beber.

—¿Por qué no vamos al salón mejor? —alzó una ceja—. He pasado por uno cuando salía del vestíbulo. Me permitirá ver cómo es el hotel. Además, será mucho más íntimo, ¿no cree?

La mano de Mari se quedó paralizada sobre el teléfono. Eso no era lo que había planeado. Se le aceleró el pulso por la palabra «íntimo». Había pensado en un café y la famosa bollería del *chef* seguidos de una breve presentación sobre lo que consideraba los mejores aspectos del hotel y después las propuestas de cambio. Había pasado horas preparándolo para que fuera impecable y con una distancia importante entre ambos.

—¿Hay algún problema, señorita Ross?

—No, en absoluto —apretó los labios y después volvió a sonreír —. Un café en el Athabasca será perfecto —sólo tenía que recordar lo que había puesto en el informe.

—Estoy deseoso de escuchar sus ideas. Quizá podría enseñarme las instalaciones después —se apartó a un lado para dejarla pasar.

Mari volvió a respirar hondo y a bajar los hombros. Podía hacerlo. No estaba acostumbrada a esas situaciones, pero podía hacerlo. Sólo tenía que ignorar su reputación.

El salón estaba prácticamente vacío a las diez de la mañana. Sólo otras dos parejas se sentaban en sendas mesas con sus tazas enfrascadas en una tranquila charla. Mari pasó de la barra principal, se dirigió a una más pequeña en un rincón y se sentó en un sitio donde se aseguraba de que él estuviera a unos cuantos centímetros. Luca se sentó a su lado y el aroma de su cara colonia le llegó a la nariz. Ese hombre era alguien completamente ajeno a su mundo, no había duda.

—Esta podría ser mi vista favorita del hotel —empezó concentrándose en el trabajo.

Desde donde estaban podía verse la fachada del hotel sobre el valle y el azul turquesa del río Bow que brillaba como una serpiente entre el bosque otoñal.

—Nuestro café es de calidad superior, lo importamos de…

—La vista es espectacular —la interrumpió y ella se dio cuenta de que no estaba admirando la vista, sino a ella.

Sintió que los nervios le hacían un nudo en el estómago y no supo cómo continuar. Debía de pensar que era una provinciana y que no alcanzaba el nivel de los directores del grupo Fiori.

Mari se volvió hacia la barra y puso la mano sobre la cafetera. No importaba. Ése era su trabajo y quería conservarlo. Lo deseaba más que nada en el mundo.

—¿Café, señor Fiori?

Alzó la vista cuando él permaneció en silencio y sus ojos se encontraron.

Le tembló la mano al sostener la cafetera. La estaba mirando fijamente y sintió que la tensión le oprimía el pecho. Se dijo que eso le ocurría porque era su jefe y eso la desasosegaba. No era culpa suya que fuera tan guapo. Tampoco que sus ojos fueran del color del *toffee*, sólo un poco más oscuros que su cabello. No era responsable de los perfectos labios, ni de cómo hablaba, con una perfecta entonación y sólo con un ligero acento italiano. Seguramente tenía mucho más magnetismo del que exhibía en las fotografías de las revistas que guardaba en su estantería. Podía imaginárselo consiguiendo todo lo que quería sólo con su aspecto y calidez. Pero no allí, no con ella. Había cosas importantes en juego.

—Llámame Luca, por favor —respondió finalmente.

Se obligó a servir el café mientras la camarera volvía con una cesta de bollería caliente.

—Luca entonces.

—¿No vas a decirme tu nombre?

—Eres el dueño del hotel —lo miró decidida a no dejarse amilanar—. ¿De verdad no lo sabes?

Él se echó a reír de un modo que pareció sincero.

—Recuérdamelo, entonces.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, no pudo evitarlo. Había

esperado que fuera sofisticado, pero la verdad era que todo en él parecía natural. Desde la ropa hasta sus maneras relajadas, pasando por su risa fácil. No había nada fingido en Luca Fiori. Su encanto era innato y auténtico.

Y ahí era donde estaba el peligro. Según sus manuales, encanto era igual a problemas, y ella no necesitaba problemas. De ninguna clase.

—Mari. Me llamo Mari.

—Oh, Mari, creo que me has dado el cambiazo.

—¿Cambiazo? —se echó azúcar en el café—. ¿Cómo?

—Porque sé que tu nombre es Mariella.

Apretó la cucharilla con fuerza. Prefería Mari. Había sido Mari desde que se había mudado a Banff tres años antes. Nada de Mariella. Mariella había sido asustadiza, obediente y anónima. No había sido una persona.

—Prefiero Mari. O puedes seguir llamándome señorita Ross —replicó sin intentar mantener la frialdad en la voz.

—Mariella es un precioso nombre italiano. Significa «amada».

—Sé lo que significa.

—También era el nombre de mi abuela —siguió impertérrito.

Mari tragó demasiado deprisa el café y le quemó mientras pasaba por la garganta. El nombre de su abuela no le importaba en ese momento. Ella era Mari, directora de un hotel de cuatro estrellas, que había tenido que dejar tras de sí demasiado dolor para llegar donde estaba. Mariella le recordaba cosas que prefería olvidar. ¿Cuántas veces le había hablado su madre de la así llamada familia de su padre? La familia que no había conocido. Una familia que jamás conocería. Una de las grietas de su infancia.

—Señor Fiori… —al ver el gesto de él, se corrigió reacia—, Luca, no quiero parecer grosera, pero estás aquí como representante de *Fiori Resorts* para evaluar su última adquisición. Mi nombre no creo que sea un tema trascendental. Quizá deberíamos empezar la visita.

Luca comió un poco de bollo y consideró cómo responder. La

directora era del tipo puntilloso, pero bonita. Y él siempre disfrutaba de un reto.

—¿Y perderme esta soberbia mezcla de cafés? Creo que no. En su momento seguiremos con el resto —bebió un sorbo de café y la observó pensativo.

Tenía el cabello oscuro recogido en un sencillo pero elegante moño, ni un pelo fuera de su sitio. Largas piernas que ocultaba bajo una conservadora falda marinera a juego con una chaqueta igual de austera. Incluso sus zapatos… Dio mío, sus zapatos eran unos náuticos planos y sin adornos. Todo en ella decía: «Mantente alejado». Hasta que la miró a los ojos. Eran asombrosos, sin nada de la frialdad de su atuendo. Eran de un azul grisáceo y ocultaban una atractiva vida llena de secretos.

—Mariella… —dijo en tono suave disfrutando del modo en que ella lo miró.

Aquello era más que un reto. Era pura curiosidad, algo infrecuente en él, pero había algo en los ojos de Mari que lo atraía. Un misterio que exigía ser resuelto.

—Mari —corrigió ella fríamente.

Frunció el ceño. Normalmente ese tono suave funcionaba con las mujeres. Había en ella algo más que gélido orden y zapatos prácticos, podía sentirlo. Mientras sus ojos lo miraban con fuego rechazando permitirle utilizar su nombre completo, supo que esa vez su encanto iba a fallarle. Lo que provocó una urgencia incontenible de reír, además de un generoso respeto.

¿Quién iba a pensar que un viaje a Canadá podía resultar tan intrigante?

Sufría un deseo incontenible de pasarle los dedos por las mejillas. Incluso sentada en una banqueta estaba unos cuantos centímetros por debajo de su rostro. Pequeña y femenina. ¿Qué haría ella si intentaba algo semejante? ¿Ruborizarse? No lo creía. Algunas de las mujeres que conocía lo abofetearían con pasión, pero no creía que Mari fuera de esa clase.

No, una gélida diatriba sería más su estilo y casi hizo lo que pensaba para ver qué sucedía.

Pero algo le hizo contenerse.

No estaba allí por eso. Estaba lejos de Italia, lejos de las constantes exigencias y en un lugar donde sólo él podría tomar las decisiones. Se había permitido distracciones con anterioridad y no había sido muy bonito. Había pagado un precio. No tanto como su padre cuando su madre los había abandonado, pero había provocado un buen lío. Había permitido que Ellie lo convirtiera en un idiota. Se había jugado el corazón y lo había perdido. No, su instinto inicial siempre era acertado: disfrutaría, pero no pasaría de ahí.

Estaba allí para convertir el *Bow Valley Inn* en el *Fiori Cascade* y para eso tendría que trabajar con Mariella Ross. Dio un paso atrás.

—Muéstrame el resto, Mariella. Y veremos cómo hacemos para llevar al *Fiori Cascade* al máximo de la opulencia.

Luca miró los papeles una vez más recostado en el sofá y con las piernas cruzadas sobre la mesita de café. No había nada realmente malo en el hotel. Era un establecimiento agradable, cómodo, con buen servicio, pero no lo bastante bueno para Fiori. Su padre le había enseñado eso.

La nueva directora también era algo más. Mariella. Parecía que lo único que compartía con su abuela era el nombre. Había bajado la guardia un instante, pero era una mujer de normas y límites, eso le había quedado claro. Durante toda la visita le había mostrado lo rentables y eficientes que eran las instalaciones. Pero en la marca Fiori había algo más que una cuenta de resultados. Había eso que tenían los Fiori que los diferenciaba del resto.

Dejó los papeles en la mesa y se acercó al balcón. Abrió la puerta y cruzó los brazos al notar el frío del aire de las montañas. Escuchó el susurro del viento entre las hojas doradas de los árboles de más abajo. No se le había pasado el modo en que ella había mantenido las distancias. Tras el apretón de manos inicial era como si hubiera surgido un escudo invisible alrededor de ella. Esa mujer era una enorme contradicción. Una mujer atractiva rodeada por un envoltorio de burbujas. Se preguntó por qué. Tenía que dejar de pensar en ella.

Se apoyó en la barandilla. Le gustaba el color gris de la piedra de las fachadas del edificio y cómo se mimetizaba con el color de las montañas que lo rodeaban. Le hacía pensar en un castillo pequeño, un

retiro en medio de las montañas. Una fortaleza.

Llamaron a la puerta y entró para abrir. Mari tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse con la boca abierta cuando se abrió la puerta. Se olvidó de la carpeta que llevaba en la mano y de la razón que la había llevado a su habitación. Ya no llevaba el traje. Iba con unos vaqueros, viejos. Y se había puesto un suéter y una chaqueta de punto que resaltaba su complexión y acentuaba su color de piel. Resultaba completamente accesible. Delicioso. Aquello era ridículo. Estaba mirando a un extraño como si fuese un pedazo de tarta de chocolate. El buen aspecto era sólo eso, buen aspecto. No decía nada sobre el hombre, nada en absoluto. Un hombre podía esconderse tras su buen aspecto.

—Mari. Pasa.

Había accedido a utilizar la versión reducida de su nombre. Debería haber estado agradecida, pero el modo en que lo pronunciaba, la forma en que las silabas rodaban por su lengua, le hacía sentir escalofríos.

Le tomó la mano y los estremecimientos cesaron, reemplazados por una reacción automática. Tiró de la mano y dio un paso para alejarse de él.

Luca frunció el ceño. No entendía nada.

Los apretones de manos eran una cuestión de etiqueta y ella los toleraba, pero era el máximo de contacto personal que aceptaba. Tomarla de la mano seguramente no significaba nada para él, pero para ella era una excesiva libertad. No podía evitar reaccionar como lo había hecho lo mismo que no podía cambiar el pasado. No podía acabar con el miedo, aunque fuera tan irracional como en ese momento. No importaba el tiempo que hubiera pasado, no podía evitar esas reacciones instintivas. Él no había hecho nada que le indujera a pensar que le haría daño, pero eso no importaba. El mecanismo era el mismo.

—Te he traído los informes financieros —disimuló la incomodidad del momento tendiéndole la carpeta.

—¿En serio?

—Por supuesto —era su momento de estar desconcertada—. He pensado que los necesitarías.

—¿Estamos al día?

—¡Por supuesto! —al ver que agarraba la carpeta, bajó el brazo.

—Entonces, no necesito saber nada más.

—¿No?

—Por favor, siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Se apoyó en el borde de un sillón de brazos como un pájaro a punto de echar a volar, mientras él se acercaba al minibar. Se dio cuenta de que estaba descalzo y se lo quedó mirando otra vez. No podía permitir que su apariencia la distrajera. Estaba convencida de que era consciente de su aspecto y de que lo usaba en su provecho. Pero con ella no funcionaría. No era tan ingenua.

¿No le interesaban los números? La preocupación se le agarró al estómago. ¿Qué iba a hacer con el hotel? ¿Derribarlo? Cada decisión que había tomado en los dos últimos años y medio había sido cuidadosamente meditada. Qué hacer, dónde vivir, qué ponerse, qué decir… Y empezaba a temer que no condujera a ningún sitio. Cada vez se corroboraba su impresión inicial: para él todo aquello era sólo un juego de niño rico. Pero era su forma de vida. Era todo lo que ella tenía. Había empezado desde la nada y a él se lo habían dado todo.

—¿Qué planes tienes para el Cascade? —le preguntó Mari mientras él servía un vaso de vino tinto y después otro, a pesar de que ella había declinado la invitación.

Volvió, le tendió el vaso y después se sentó en el brazo del sofá.

—Tengo muchos planes. Creo que modernizar el hotel va a ser divertido.

¿Divertido? A Mari se le cayó el corazón a los pies. Estupendo. Era encantador y guapo, eso no podía negarlo. Era el primer hombre que la estimulaba físicamente desde que había salido de Toronto. Entornó los ojos. Sabía que sentirse atraída por su apariencia sólo significaba que aún tenía ojos para ver. Pero que se tomara como un juego aquello de lo que dependía su vida, no le sentó nada bien.

—¿No crees que esa clase de decisiones deben ser sopesadas, examinadas?

—¿Qué diversión hay en eso? —bebió vino—. ¿No lo vas a probar? Lo he traído yo. Es un *Nico*, de los viñedos de mi mejor amigo, Dante Nicoletti. Te gustará, es un buen *montepulciano*. Y un producto destacado en la lista Fiori.

Lo probó dubitativa y miró hacia abajo cuando su rico sabor le inundó el paladar. Sí, estaba bueno, pero ése no era el asunto.

—Me tomo mi trabajo muy en serio. No es un capricho del que disfrutar.

—Algunas veces los caprichos son las mejores cosas —sonrió de un modo encantador.

Mari bebió otro poco de vino y cruzó las piernas.

—Me gusta lo que hago.

¿Lo llamaría divertido? Seguramente no, pero tenía una sensación de compromiso.

Trabajar en un hotel en medio de las majestuosas Rocosas le quedaba como un guante a sus cualidades de patito feo. Podía atisbar el cuento de hadas desde los márgenes. Se sentía protegida y tenía espacio para respirar. Pero divertido… No estaba segura de saber lo que era divertido.

—Pero eso no es lo mismo. Dime, Mari, ¿qué te mueve? ¿Qué te hace levantarte por la mañana?

«Que puedo hacerlo».

Dejó a un lado la respuesta automática. No tenía que justificarse ante él. No tenía por qué saber que había tenido un resquicio por donde escapar, lo diferente que podría haber sido unos años antes.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, es sobre lo que va a pasar con este hotel. Paul Verbeek dimitió cuando lo compraste. ¿Qué más va a cambiar? El equipo está preocupado por los cambios y la inseguridad. Si empieza a haber cartas de despido, la moral se va desmoronar.

—Eso es lo primero que has dicho con lo que estoy de acuerdo.

Mari se enfureció. Luca había aparecido por allí hacía como mucho cuatro horas y ya había decidido que en todo lo demás estaba

equivocada. Sabía cómo hacer su trabajo y lo hacía bien, a pesar de ser novata. Aquello iba a ser otro caso de dueños que mandaban un emisario que ponía todo patas arriba y después se marchaban para que lo arreglara el personal. Suspiró. Todo había ido bien. ¿Por que tenía que suceder eso en ese momento?

—No sé qué decir. Es evidente que tenemos opiniones distintas y no tengo ningún deseo de provocar ningún desacuerdo. Eres el jefe —cruzó las manos, alguien tenía que mantener la lógica.

—Describe el Cascade en tres palabras.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. ¿Cuáles son las tres primeras palabras que se te ocurren cuando piensas en este hotel?

—Eficiencia, clase, rentabilidad —dijo las tres palabras con confianza.

Tanto ella como el hotel se enorgullecían de ellas. Era la imagen que trataba de dar todos los días.

—Me lo temía —dejó de pasear por la habitación.

—¿Qué hay de malo en ellas? Tenemos un personal eficiente, un establecimiento elegante y todo es rentable. Deberías alegrarte.

—Ven aquí —se dirigió a la puerta del balcón y la abrió.

Ella lo siguió llevándose el vino con ella. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Mira eso.

La tarde caía y los rayos del sol se filtraban a través de las sombras de los árboles. Se le puso la piel de gallina por el frío.

—Sólo un minuto —murmuró él desapareciendo detrás.

Cuando volvió le echó una manta por los hombros y le quitó el vaso de la mano. Ella se puso tensa por el roce.

—Ahora, mira y dime, ¿qué ves?

—El valle, los álamos, el río.

—No, Mari.

Su cuerpo estaba cerca, demasiado cerca, y trató de dominar el pánico que le crecía en el pecho. «Por favor, no me toques», rogó en silencio debatiéndose entre el temor y el desconocido anhelo de que él desobedeciera sus silenciosos ruegos. ¿Cómo sería que la acunara entre sus brazos? ¿Tortura o paraíso? Por cómo le latía el corazón supo que lo que sentía era pánico.

Él se acercó y se agarró a la barandilla de acero. Respiró profundamente y cerró los ojos. Cuando los abrió, contempló la vista.

—Libertad. Ahora, lo que siento es libertad —su sonrisa era amplia y relajada—. Mira este sitio. Mira dónde estamos. No hay un sitio en el mundo como éste. El Cascade puede ser una joya en un hermoso reino. Salvaje y libre por fuera. Y por dentro… un lugar donde descansar, rejuvenecer, enamorarse. ¿Puedes sentir cómo te seduce, Mari?

Las lágrimas le escocían en los ojos, pero las contuvo.

Libertad. Descanso. Rejuvenecimiento. Todo lo que había pasado años buscando y exactamente lo que había encontrado en aquel hotel.

Y, con sus mejores intenciones, Luca Fiori estaba a punto de echarlo todo a perder.

Capítulo 2

—No entiendo —Mari se separó de la barandilla para alejarse de los árboles susurrantes, de la cálida voz de Luca.

¿Estaba hablando de castillos y de enamoramientos?

Había dejado de creer en los cuentos de hadas mucho tiempo atrás.

—¿Cómo piensas conseguir todo eso?

Antes de que él respondiera, entró en la habitación, se quitó la manta de los hombros y se entretuvo en doblarla. Tenerla sobre los hombros le recordaba un abrazo y no le gustaba. Estaba empezando a quedar meridianamente claro que Luca y ella eran muy distintos. Ella tenía los pies en la tierra. Él, no.

Luca la siguió, la observó doblar la manta y, cuando terminó, le devolvió el vino.

—De momento sólo estoy recibiendo impresiones.

—Prefiero trabajar con hechos y, de momento, de lo único que te he oído hablar ha sido de neblinosas afirmaciones de… de grandeza —terminó un poco indecisa por la sensación de estar cruzando una línea invisible.

Aquello empezaba a parecer una discusión y se obligó a relajarse. Odiaba los conflictos. Si no hubiera sido porque el resto de los empleados confiaba en su liderazgo, se habría sentido tentada de darse la vuelta y marcharse en lugar de discutir.

Pero era la directora y, si quería conservar ese trabajo tendría que luchar en las batallas que se plantearan. La gente dependía de ella. Gente que ya estaba allí cuando aquello se había convertido en su hogar, lo supieran ellos o no. Enderezó la espalda y alzó la vista.

—Ése es el problema con el Cascade —explicó Luca sirviéndose un poco más de vino en su vaso—. Todo está compartimentado. Una habitación habla de fría elegancia, otra es moderna y otra es rústica pero cómoda. Todas tienen un diseño admirable, pero sin unidad —extendió un poco las manos—. Tenemos que decidir qué es el Cascade. Qué significa, qué queremos lograr y, después, trabajar sobre eso. Si

trabajamos en un aspecto cada vez, eso supondrá menos molestias para todos. El objetivo es hacer que todo represente al *Fiori Cascade*.

—Eso costará una fortuna —dijo Mari con los ojos muy abiertos.

—Fiori tiene buenos bolsillos.

—Por supuesto. Yo sólo… sopesaba coste y beneficio. El *Bow Val*… quiero decir, el *Cascade* ya está funcionando bien. Mira los números. Tenemos un nivel de ocupación excelente, incluso en esta época del año.

—Ése no es ni remotamente el asunto.

Y ahí era donde discrepaban. Era consciente de que no veían nada igual. Quizá fuera que tener dinero y seguridad hacía ver las cosas de un modo diferente. Luca no había tenido que preocuparse de si comería al día siguiente, o de dónde dormiría, o de qué le deparaba el futuro, siempre había estado ahí. Pero su vida no era así. Su vida era hacer planes y contar dólares y centavos y hacer que el barco se moviera lo menos posible. Su vida era hacerse notar poco y no causar problemas. Y no había nada de malo en ello. Había llegado a donde estaba. Había trabajado tranquila pero eficientemente y había sido premiada con un ascenso.

—Si llevas a cabo todas esas grandes ideas, ¿para cuando esperamos el informe de la oficina central diciendo que hay que reducir personal?

—Eso no sucederá.

—¿Lo puedes garantizar por escrito? Porque he visto ya cómo sucedía, los gastos son demasiado grandes y hay que reducir personal para compensarlos. ¿Piensas cerrar durante las reformas? ¿Qué va a hacer la gente mientras tanto? Cuentan con el sueldo para poner comida en la mesa. ¿Has pensado en eso?

Una sonrisa iluminó el rostro de Luca y Mari se preparó para una oleada de encanto. Aquello era importante. Por mucho que deseara recular y decir: «Sí, señor, lo que quiera, señor», no podía hacerlo.

—Por supuesto que no voy a cerrar el hotel, no seas ridícula. Y si algunos empleados no son necesarios durante la reforma, se les pagarán esas vacaciones. ¿Eso te sirve?

—Lo quiero por escrito —reiteró Mari dejando el vaso en una mesa.

Él era el jefe, y se estaba moviendo peligrosamente cerca de la insubordinación. Pensó en la tímida chica que había entrado a trabajar allí hacía pocos años. Había sido la gente de ese hotel quien la había ayudado. No podía defraudarlos.

—Eres dura —dijo con un punto de irritación. El encanto no le estaba funcionando.

—No soy una persona que dice «sí» a todo.

—Empiezo a darme cuenta —la miró y Mari sintió que se ruborizaba.

—Podríamos concertar una cita mañana para ver los detalles preliminares —sugirió ella.

—Tengo una idea mejor —Mari lo miró a los ojos y, por un momento, el aire entre los dos pareció zumbar. Él se metió una mano en el bolsillo del pantalón. Su mirada era cálida y sonreía—. Cena conmigo esta noche.

Mari dio dos pasos atrás sin saber si saltar por la ventana. Las alarmas saltaron en su cabeza.

—No.

—Aquí, en el hotel. Será una cena de trabajo. ¿Cómo decís por aquí? Palabra de *scout*. Sólo trabajo —se llevó un dedo a la frente.

—Es con dos dedos y una cena no es muy apropiada para el trabajo.

Luca dio un paso adelante y dejó el vaso en una mesa con un sonido que resonó en el silencio.

Volvía a estar demasiado cerca. Una parte de ella sentía pánico y, otra, atracción hacia él. Era mucho más fácil cuando discutían. Más fácil mantenerlo a distancia. No estaba preparada para enfrentarse a su encanto. Ni siquiera parecía saber que lo poseía.

—Tráete a tus organizadores si te hace feliz.

¿Feliz? Estaba flirteando y ella no flirteaba jamás.

—Creo que mañana en mi despacho sería mucho mejor.

—Sí, pero tengo que tener una imagen completa, y eso incluye conocer la calidad de la cena. Y cenar solo no constituye una buena experiencia de cena, en mi opinión.

Oh, era bueno. Suave y persuasivo y realmente lógico. No podría encontrar un buen argumento en contra. ¿Cómo le iba a decir que no salía a cenar con nadie? Que se iba a casa y hacía cena para una y se la comía con Tommy, su perro. Y que la razón real de todo eso no era de su incumbencia. Ni de la suya, ni de la de nadie. Nadie allí sabía cómo había escapado. Cómo aún miraba por encima del hombro.

—Una cena de trabajo.

—Por supuesto.

No había una forma educada de salir de ahí. Estaba allí, había ido desde Italia, era su jefe y era quien mandaba, le gustase o no. Lo había mantenido todo lo lejos que había podido y su victoria había sido pírrica. Si iban a trabajar juntos las siguientes semanas, incluso meses, entonces tenían que llegar a un *statu quo* amigable. Tragó saliva y sintió un nudo en el estómago. Tenía que saber que ella no tenía miedo. Tenía que saber que ponía al hotel y a sus trabajadores en primer lugar.

—Una cena, eso es todo. Y hablaremos de trabajo.

—Naturalmente.

—Nos veremos en el salón Panorama a las seis —se acercó a la puerta.

—Perfecto.

Cuando caminó hacia ella, abrió la puerta un poco demasiado deprisa. Él agarró la puerta por encima de su hombro y a ella le llegó el calor de su cuerpo. Demasiado cerca. No sabía si lo que hacía su pulso era por miedo o por regocijo. Se deslizó por la puerta abierta lo más deprisa que pudo.

—Nos vemos entonces —dijo Luca con suavidad.

Ella se metió en el ascensor sin mirar atrás.

Faltaban tres minutos para las seis cuando Mari se detuvo a la entrada del comedor y se alisó el vestido. Recorrió la sala con la mirada, pero él no estaba. El alivio se mezcló con el enfado. No tendría que preocuparse de cómo hacía la entrada, pero esperaba que fuera puntual. Quería terminar con aquello cuanto antes. Era irritante que su impresión inicial sobre él se hubiera confirmado. Era el *playboy* que había leído. Atractivo y suave. Trabajar juntos iba a volverla loca.

La llevaron hasta la mejor mesa del salón, desde donde había una vista impresionante de las montañas y los árboles al ocaso del sol. No había pedido esa mesa en particular, era la habitualmente reservada para los clientes especiales. Sería un error que la ocupara ella cuando podía haber algún cliente que pagara por sentarse ahí.

Bebió un sorbo de su vaso de agua y esperó. A las seis y diez no le quedaban uñas de tamborilear en la mesa. Dejó de hacerlo bruscamente cuando él entró en el comedor.

Dios, era hermoso. Podía admitirlo cuando estaba a esa distancia. Así era seguro. Estaba devastador con unos pantalones negros y una camisa blanca. Sacudió la cabeza y suspiró. Tenía una mano en el bolsillo, dijo algo a dos camareras que había delante de él y las dos rieron.

Luca era el sueño de cualquier mujer. Menos de ella. Los sueños así no duraban. Pero eso no significaba que no pudiera apreciar el envoltorio. Y para un momento muy corto, supuso. Suponer era un lujo que no solía permitirse. Pero mirando a Luca deseó saber cómo hacer para ser libre. Ser capaz de aceptar y de dar.

Él se acercó a la mesa con paso grácil.

—Siento llegar tarde. Me he entretenido con unos correos electrónicos que ha enviado mi padre.

Ella apretó los labios, decidida a no ser comprensiva con él, pero Luca se inclinó y le dio un beso de saludo en la mejilla.

Se quedó paralizada. Él, sin ser consciente de su reacción, se sentó frente a ella.

—Estás muy guapa. ¿Has pedido algo ya?

¿Guapa? ¿Ella? Había ido a casa a dar de comer a Tommy y

después el perro le había manchado la ropa y había tenido que cambiarse. Llevaba un vestido negro sencillo de manga larga y con la falda por encima de la rodilla.

No era todo lo de trabajo que habría querido, pero era muy clásico y poco sugerente. Parecía que a Luca le salían los cumplidos tan fácilmente como las garantías.

—Gracias, y no, estaba disfrutando de la música —dijo con voz menos estrangulada que como se sentía.

Se oía de fondo una grabación reciente de *jazz*. No le había prestado mucha atención, pero tenía que decir algo.

Empezaba a estar claro que Luca era alguien de contacto. Se sentía cómodo con los gestos físicos como los besos y los apretones de manos. Debería ayudarle saber que eran gestos impersonales, pero ella sabía que jamás podría ser tan táctil con la gente. Era demasiado difícil. Y explicárselo era impensable.

—He pedido vino de camino. Quiero probar algo de la zona.

Brenda llegó con una botella y se dispuso a descorcharla, pero Luca se la quitó de las manos.

—Gracias, Brenda, pero puedo hacerlo yo.

Mari lo miró con la cabeza inclinada. Acababa de llegar y tenía el horario cambiado aún, pero había sido capaz de acordarse del nombre de Brenda. No pudo evitar quedar impresionada. Mostraba una atención por los detalles que la sorprendía y eso no era frecuente.

Sacó el corcho y dejó la botella en la mesa.

—No has dicho nada.

—Estoy esperando a entrar en la parte de trabajo de la cena.

Apretó los labios y lo miró de soslayo. Un trato era un trato. Mientras hablaran del Cascade no habría problemas.

—Resuelta —dijo sirviendo el vino—. Me gusta. Significa que estás concentrada.

—Un cumplido.

—Quizá. Me reservo el juicio. Espero también ver si eres rígida,

testaruda y si piensas que siempre tienes razón.

—No me disculpo por ser organizada y eficiente —dijo tras beber un poco de agua.

—No deberías. Son cualidades admirables.

Mari miró por la ventana. Nunca había conocido a un hombre así. En Luca había algo que lo hacía diferente y no era capaz de identificarlo. Resultaba muy sofisticado con su pelo cuidadosamente revuelto y el modo en que llevaba abierto el cuello de la camisa. En la mano derecha llevaba un anillo liso, nada ostentoso. Casi parecía antiguo. En el centro del óvalo de oro había un lirio. El mismo que en el logotipo de la empresa. La única joya que llevaba. Su conducta sugería que era un *playboy*, pero había algo más.

—Vamos a pedir —dijo él haciendo que dejara de mirar el anillo —. Podemos hablar de la comida y de lo que llegará a ser el Cascade —abrió la carta.

—¿Así?

—Por supuesto.

Mari miró su carta, aunque podría recitarla de memoria. Todo en él la sacaba de quicio.

—Deberíamos cambiarnos de mesa. Normalmente hay lista de espera por ésta y los huéspedes van primero.

—No hace falta, ya me he ocupado.

—¿Y cómo, si puedo preguntar, lo has hecho?

—Llamé y hablé con un amable caballero que está aquí celebrando con su esposa su veinte aniversario. Le he explicado quién era y le he dicho que el hotel estaría encantado de invitarlo a él y a su esposa a una cena de cinco platos en su habitación y a una botella de champán.

Mari lo miró boquiabierta sin poder evitarlo. Calculó mentalmente el precio de algo así. Era egoísta. Indulgente. Y todo por conseguir la mejor mesa.

—Habría sido más fácil y más barato cenar en otra mesa.

—Quizá —dijo Luca con una sonrisa en los labios—, pero ellos

tendrán un aniversario para recordar y yo disfruto de verte en la mejor mesa de la casa. Es… ¿cómo diría? Una obviedad.

—Es autoindulgente —dijo ignorando el cumplido.

—Por supuesto. ¿No debería ser indulgente el Cascade?

—¡Esa indulgencia nos va a sacar del negocio! —dijo casi en un susurro.

Se acercó un camarero a tomar nota. Sin perder un instante, Luca pidió crema de calabaza de temporada y salmón, mientras que ella siguió mirando la carta. Con la conversación, se le había olvidado lo que quería.

—¿La pasta, señorita Ross? —sugirió el camarero.

Mari cerró el cuaderno y asintió. Se llevaron las cartas y Luca se inclinó hacia delante acercándose lo bastante como para que ella pudiera sentir el masculino aroma de su colonia. Cara y exclusiva, algo perfecto para él. Se le dilataron las pupilas cuando él le pasó un dedo por la muñeca. Le sorprendió tanto que ni siquiera fue capaz de apartar la mano.

—Los señores Townsend tendrán una noche de aniversario incomparable. El señor Townsend es un importante abogado, ¿lo sabías? Su mujer está vinculada a numerosas obras benéficas. ¿Qué crees que les dirán a sus amigos cuando vuelvan a casa? ¿Que la habitación era preciosa? ¿Que las montañas eran espléndidas? Podrían decir eso de casi todos los hoteles de la zona —retiró el dedo de la delicada piel de su muñeca y la miró a los ojos—. Señalará lo especiales que se han sentido. La deliciosa cena que le sirvieron en la habitación unos excelentes camareros. Hablarán del champán y la rosa que le han regalado a la señora Townsend —se echó hacia atrás con gesto satisfecho—. No subestimes el poder de un cliente satisfecho, Mari. Recuperaremos con creces el dinero gastado. Los Townsend volverán. Y con ellos traerán una fila de amigos y parientes. Recordarán el romanticismo —alzó las cejas—. Eso es. Eso es en lo que necesita convertirse el Cascade. Saca tu agenda, Mari.

Cambiaba de tema con tanta frecuencia que le estaba costando seguirlo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—*El Fiori Cascade*. «Recupera el romanticismo» —agarró su copa

de vino—. Esta sala, la Panorama, es romántica, ¿no crees? —no esperó su respuesta—. Mira el color, los muebles. Eternos, nostálgicos, reminiscencias de una edad de oro. Madera brillante, escarlatas y dorados. Un lugar donde las mujeres se sienten guapas y cortejadas. Un lugar para ir despacio, ser indulgente, mimado. Arañas de cristal y buen vino —hizo una pausa—. No dices nada.

—No puedo meter baza —dejó la agenda donde estaba.

—¿No te gusta? ¿No estás de acuerdo?

—Creo que te estás dejando llevar por una idea.

—Pero Mari, las ideas son la mejor parte —le dio una palmada en una mano—. No hay nada más excitante que buscar y encontrar todas las posibilidades.

Apartó la mano y se la apoyó en el regazo. Luca siguió como si no lo hubiera notado.

—Tener una visión y hacerla realidad es la mejor parte de mi trabajo.

Les sirvieron los primeros platos. Mari lo miró probar la crema, cerrar los ojos y decir:

—Mmmm.

Miró la curva de sus labios conmocionada por sentir un principio de atracción en medio de tanta animosidad. De inmediato apareció el temor. No importaba. Ella no era capaz de mantener relaciones. Que hubiera pasado de la apreciación a la atracción física la sorprendía lo bastante como para centrarse en el trabajo. Atacó su ensalada como si el tenedor fuera una horca.

Luca miró a su alrededor y Mari trató de ver lo que veía él. Gente disfrutando de la buena comida y el entorno elegante. Era por lo que pagaban y lo que esperaban. ¿Cómo sería el resto del hotel si se hubiera seguido la tradición de ese salón?

—¿Qué piensas? —preguntó él dejando la cuchara.

—Nada en particular.

El problema era que podía verlo. Podía ver lo impresionante y maravilloso que sería. Como volver atrás en el tiempo.

—Confía en mí, Mari.

—No puedo —dijo concentrándose en pinchar un trozo grande de nuez.

—¿No sientes la belleza que hay aquí? Este salón… Esto es lo que el Cascade debería personificar. Es cálido, acogedor y, al mismo tiempo, rico y opulento. Desde fuera es un castillo. Por dentro tiene que ser un abrazo. Cuando los huéspedes estén aquí tienen que estar empapados de belleza.

—Por favor —dijo con desdén.

Las palabras bonitas no mantenían abierto un hotel de cuatro estrellas. Las palabras bonitas no lo mantendrían en su línea.

—Estás preocupada por el dinero. Y los detalles.

—Bingo.

Luca volvió a comer crema.

—Voy a decirte una cosa, Mari. Voy a empezar a tomar algunas notas. Incluso puedo empezar a hacer algunos números preliminares… sólo por ti.

—Qué amable —no trató de disimular el sarcasmo.

—¿Mari? —ella lo miró alzando una ceja—. ¿Por qué estás tan decidida a desagradarme?

Ella apartó la mirada.

No era que quisiera gustarle o desagradarle. Era más una cuestión de autoprotección. No le gustaban los cambios, no funcionaba bien con los cambios. Y eso era lo que significaba Luca. Había trabajado muy duro para estar donde estaba, para sentirse cómoda, establecida y segura. Y él estaba ahí tan tranquilo, con su ropa cara y su sonrisa atractiva y quería cambiarlo todo. Y con unos métodos que para ella no tenían sentido.

—No tiene nada que ver con gustar o desagradar, Luca. Está relacionado con los cambios. Vas a cambiar algo más que el nombre. Vas a cambiar cosas que algunos hemos trabajado mucho para mantener. He invertido mucho tiempo y energía en este hotel y quizá tenga la sensación de que me están barriendo sin ninguna

consideración. Además, los de aquí nos quedaremos después de que tú te hayas ido. Cuando lo hayas hecho, podrás lavarte las manos y seremos nosotros quienes nos enfrentemos a lo que venga detrás.

Luca había aparecido como un tornado y detrás de él ¿cuánta destrucción dejaría?

Luca se inclinó hacia delante y se agarró las manos encima del mantel.

—Eso lo comprendo, de verdad que sí. Pero ahí es donde tienes que confiar en mí. Eso es lo que hago, Mari. Es lo que mi familia lleva décadas haciendo. Conozco mi trabajo y soy bueno en él. Si no lo fuera, Fiori no tendría el éxito que tiene. No voy a prescindir de ti ni del resto del personal al mismo tiempo que de la moqueta vieja. Te lo prometo.

Quería creerlo. Desesperadamente. Pero la confianza era una mercancía muy escasa.

—También tienes que considerar cómo nos afectará esto financieramente. Esa realidad no se puede ignorar —«no se me puede ignorar», pensó, pero no dijo nada.

—La realidad está sobrevalorada. Lo que nosotros vendemos es una experiencia, un escape, una fantasía —se inclinó más hacia delante y la miró a los ojos—. ¿Cuándo fue la última vez que te entregaste a una fantasía, Mari?

Capítulo 3

Mari se detuvo y se alisó la falda y el pelo antes de llamar a la puerta del que solía ser su despacho antes de que la nombraran directora general.

—Adelante.

Resultaba extraño ver a su nuevo jefe sentado en esa vieja silla, pero dejó a un lado esa sensación. Él necesitaba un lugar de trabajo y ella ocupaba el de la dirección general. No tenía sentido pensar que le estaba invadiendo su espacio. Ella era quien tenía el despacho grande.

Había tenido que dejar de lado muchos sentimientos esa mañana, como el temor que había palpitado en si vientre cuando había recordado el sueño de esa noche. Le había echado la culpa al chocolate del postre de la cena, al caos que se había instalado en su vida, pero no era capaz de sacudirse la oscuridad que le había llenado el cerebro. Si pensaba en la carta que había recibido hacía dos días, no era sorprendente. Aborrecía pensar en Robert saliendo en libertad condicional. Aborrecía cómo la sola mención de su nombre la paralizaba. Concentrarse en el trabajo era lo único que la mantenía en sus cabales. Luca no se lo estaba poniendo fácil. También él había aparecido en su sueño. Pero tenía que olvidarlo y ser objetiva.

Tenía que pensar en el presente y descubrir qué estaba planeando Luca. Haría lo que quisiera. Se había dado cuenta después de la cena de la noche anterior. Pero ella no iba ser una presa fácil. Mantendría las cosas en el plano de la lógica. Dentro de los límites. En todos los sentidos.

—¡Mari! Buenos días —apretó el botón del ratón antes de empujar la silla hacia atrás—. Estaba enviando un correo a mi hermana a Florencia, compartiendo mis ideas e intentando que se implique. Tiene un ojo fantástico.

—¿Entonces por qué no ha venido ella? —dijo antes de pensarlo y se ruborizó de inmediato.

—Porque tiene un bebé y un crío de tres años de los que ocuparse. Espero que lo haga el verano que viene, cuando la reforma esté terminada y, el paisajismo, completado. Me ha pedido que vuelva para Navidad.

—¿Crees que habremos acabado tan pronto?

—La temporada media es el mejor momento para hacer la reforma. Siempre podría volver después de las vacaciones para terminar las cosas.

Mari permaneció de pie en la entrada sin saber cómo proceder. En el bolsillo de la chaqueta llevaba media docena de mensajes que tenía que responder y sabía que encima de su mesa un montón de trabajo esperaba su atención. ¿Por qué no se ponía con ello?

—¿Necesitas algo en particular? —preguntó Luca.

—No, en realidad, no. Sólo iba a mi despacho y quería decirte que, si quieres algo, estoy allí.

—Estoy esperando una llamada de un diseñador. Hizo algunos trabajos muy buenos para nosotros cuando compramos la propiedad de Colorado Springs. Creo que traerlo aquí sería una buena idea. Sé lo que quiero, pero me pierdo a la hora de decidir tejidos, tapicerías y… bueno, es trabajo de Dean tener una visión de conjunto y hacer las cosas.

A Mari se le quedó la boca seca. Eran las nueve de la mañana y ya estaba dando pasos sin siquiera comentarlos con ella. ¿Iba a suceder todo sin ella?

—¿Y cuál es mi trabajo en todo esto?

Luca cruzó las piernas y la miró con una sonrisa.

—Tu trabajo es mantener el hotel funcionando del modo más normal posible. Ya he visto que eres buena en eso. Y tu trabajo también es ayudarme. Quiero tus aportaciones, Mari.

Sonó el teléfono de la mesa y, cuando Luca dejó de prestarle atención, se sintió como una chiquilla ignorada. Maldición, había ido con la esperanza de echar un vistazo a sus planes y descubrir cómo hacer para tener algo de control sobre toda la situación. Y se marchaba sin nada.

Mari recorrió el camino a su despacho aturdida. Estaba claro que no se la necesitaba cuando se trataba de cambios inminentes. Para Luca, ella estaba allí para mantener a la gente contenta.

Cerró la puerta de su despacho y colgó el bolso de la silla. No

había trabajado tanto para construirse una vida para que alguien la despidiera como si no importara. Sus días de felpudo habían terminado. Se pasó las manos por las mejillas. No permitiría que le hiciera eso. Era su vida y se agarraría a ella con las dos manos.

Iba a llevar a un diseñador. Por supuesto. Eso era lógico, pero estaba sucediendo todo tan deprisa… Quería que todo volviera a su curso normal.

Luca hablaría con el diseñador y ella quedaría fuera del proceso de toma de decisiones. No podía permitir que eso sucediera. Si lo hacia, él empezaría a tomar decisiones unilaterales que afectarían a todos. Tendría todo el control y eso la aterrorizaba.

¿Pero cómo iba a tomar el control cuando la sola idea de afirmarse hacía que se le doblaran las rodillas?

Tenía que ocurrírsele algo que mostrara lo valiosa que era. Cuando tuvo la idea le pareció increíble no haberla tenido antes. El hotel tenía un ático. Y en cada reforma, sabía con certeza, se habían almacenado allí algunas cosas.

Estaba segura de que había un tesoro de antigüedades del diseño original guardadas allí. Recordó lo que él había dicho en la cena de volver al romanticismo. Ricas telas y madera natural. Si recordaba bien, había una vieja araña de cristal y ¿quién sabía qué tesoros más?

Saltó de la silla y sacó un manojo de llaves de un cajón. Salía al pasillo cuando se topó contra la dura pared del pecho de Luca.

—*¡Allentare!* —la agarró del brazo con fuerza—. ¡Cuidado, Mari! ¿Estás bien?

—Suéltame, estoy bien —sacudió la mano y cuadró los hombros.

Esa mujer tenía más espinas que un cactus. Luca dio un paso atrás. Casi lo había derribado y lo miraba como si s fuera culpa de él.

—Me alegro de oírlo.

—Perdona —dijo ella suavizando un poco el gesto—. Ha sido culpa mía.

—No importa. Venía a verte.

La miró relajarse lentamente. Primero una inspiración profunda, después bajó los hombros y después se relajó el gesto de su rostro. Sonrió de un modo bonito, pero no sincero. Era una fachada. ¿Pero qué ocultaba? Nunca había conocido a una mujer tan estirada y rígida. Tenía la sensación de que, si él decía negro, ella diría blanco sólo para llevarle la contraria. En ese sentido, no era muy diferente de su padre. El Cascade era su bebé, había exigido todo el poder. Y cuando terminara podría tener crédito y salir de la compañía por derecho propio. Quería a su padre, pero eso no significaba que quisiera estar bajo su mando el resto de la vida. Era eso lo que hacía que las cosas entre los dos estuvieran tensas.

—¿Necesitabas algo?

Al oír su voz dejó de mirarla a los labios.

—¿Necesitar? Me ha llamado el diseñador, Dean Shiffling —no pudo disimular la frustración—. No puede esta: aquí antes de pasado mañana. Le he dicho que le enviaríamos un coche al aeropuerto.

Habían dado una docena de pasos por el corredor cuando Mari se detuvo en seco.

—Luca, no tenemos un coche, tenemos una furgoneta de carga.

—Fiori no transporta a sus huéspedes en ¿cómo lo ha llamado? Una furgoneta de carga —murmuró algo entre dientes. Tenían que cambiar muchas cosas en ese hotel—. Me ocuparé de conseguir un transporte adecuado.

Echó a andar sabiendo que ella no tendría otra opción que seguirlo. Podía ver cómo la cabeza de ella había empezado a darle vueltas a la situación. Sonrió. Tenía que reconocer que disfrutaba sacándola de sus casillas. Hacía mucho que no se enfrentaba con una oponente que mereciera la pena y tenía la sensación de que Mari iba a se todo un reto. Llegaron al vestíbulo.

—¿Para qué querías verme? —preguntó él contemplando el vestíbulo, el suelo, las alfombras. Era cómodo, pero desordenado, le hacía falta luz y espacio.

—Yo no quería. Chocaste conmigo, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Un feliz accidente —hizo un guiño—. Y tú ibas

corriendo a hacer algo.

—Pensé en algo que podría ser útil para la redecoración.

—¿Sí? —tenía toda su atención.

—Y tú estabas notablemente agitado porque tu diseñador no estuviera a tu entera disposición.

Luca alzó una ceja. Iba a mantenerlo siempre en estado de alerta. Ella tenía razón. Quería haber empezado y tendría que esperar.

—Quizá.

—La gente siempre hace lo que tú dices.

—Normalmente, sí. Con una notable excepción —la miró con intención.

Mari le mostró una llave.

Estaba jugando con él y le divertía tanto como lo molestaba. En sus reuniones ella jamás había mostrado un lado divertido.

—Supongo que es de una puerta. Una puerta de la que me vas a hablar.

Algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro. Resultaba muy distinta cuando se quitaba esa fachada de frialdad. Sus ojos brillaban y parecía casi una niña preciosa. Miró el recatado traje que llevaba y se preguntó cómo sería quitárselo. Se preguntó si sería suave y maleable. Como su piel. Recordó la sensación de su casi translúcida piel cerca de la mano. ¿Sería el resto de ella tan frágil y suave? En ese momento no sería muy inteligente. Pero no podía evitar preguntárselo.

—Iba a revisarlo primero, pero supongo que querrás venir. Es el ático.

—¿Tenéis un ático?

—Así es —sonrió más ampliamente—. Y si encontramos lo que creo que debe de estar ahí, vas a ser feliz. A lo mejor así puedes dejar de obsesionarte con tu diseñador y concentrarte en otra cosa.

—Entonces, vamos.

Subieron hasta el último piso en el ascensor de servicio y salieron a un pasillo sin ventanas. Mari se detuvo delante de una enorme puerta doble.

—Ésta es nuestra zona de almacenes. Lo recordé esta mañana. Algo que dijiste ayer sobre el romanticismo me ha estado rondando por la cabeza —giró la llave y abrió la puerta.

Lo que vieron fue como un tesoro enterrado. Una capa de polvo lo cubría todo: sillas, mesas, escritorios, divanes, incluso pinturas y esculturas. Una sala llena de potencial esperando a ser redescubierto. El hotel debía de haber sido glorioso en sus inicios, pensó Luca; antes de que alguien llegara y decidiera cambiarlo. Sus ojos se detuvieron en una cómoda especialmente bonita. Quien fuera que la hubiera relegado al ático merecía ser azotado. Era demasiado fina y valiosa para estar allí escondida.

—Dios bendito —Luca entró sabiendo que Mari había descubierto una mina de oro.

No iba a cambiar el hotel, iba a restaurarlo. La idea lo emocionó. Disfrutaba de la parte creativa de su trabajo tanto como de la dirección. Era la mayor razón por la que quería salir de la sombra de su padre.

—¿Por qué está todo esto aquí oculto?

—Sólo se me ocurre que, con las reformas a lo largo de los años, a estas cosas las han relegado al banquillo.

—¿El banquillo?

—Ya sabes, donde se sientan los jugadores que no salen al campo.

—Ya —rodeó un buró cubierto de polvo sabiendo que era de nogal—. Siéntelo, Mari. Hay historia en este almacén. Mucha historia —si llegara pronto Dean… pensó.

Harían un inventario y decidirían qué piezas emplearían en la decoración. Luca quería empezar ya, pero quizá no fuera el momento de explorar.

Miró a Mari. Estaba tan tiesa como siempre, pero diría que estaba disfrutando. Le brillaban los ojos mientras con los dedos acariciaba una silla. Se movía con cuidado para no levantar polvo. Era

cuidadosa, estaba empezando a entender. Siempre se movía deliberadamente. Siempre con un propósito. Se preguntó por qué. ¿Qué la hacía tan cautelosa?

—Aquí está.

Echó un vistazo a un diván de color vino mientras se dirigía a donde estaba ella. La encontró de pie al lado de una gigantesca araña de cristal oculta entre dos armarios.

—Habrá visto días mejores, pero creía recodar que estaba aquí.

Luca se agachó y tocó una lágrima de cristal tallado.

—Es asombrosa, perfecta.

—Es preciosa.

Luca la miró. Así que la magia de la araña no la dejaba indiferente. El gesto de sus labios se lo decía así. Un mechón de cabello había escapado del moño y le acariciaba la mejilla. Se miraron a los ojos. Ya se imaginaba la araña colgada del salón de baile, los destellos de luz de los cristales sobre el suelo de pulida tarima. Podía imaginarse a Mari en el medio con un elegante traje de noche dorado sonriéndole. Tenía, se dio cuenta, una clase fría y elegante. Intemporal.

—A ti también te encanta, puedo verlo en tu rostro.

Algo cambió debido a sus palabras, algo que rompió el momento. Sus ojos se enfriaron y cuadró los hombros. Apartó la mirada.

—Tiene sentido utilizar estas cosas si se adaptan a tu reforma. Será mucho más barato que comprarlas.

—Oh, no es por el dinero, no es por eso. Mira este sitio —se dio la vuelta riendo para liberar la tensión que sentía en ese momento.

Ella cada vez lo intrigaba más, pero también cada vez era más consciente de que no era la clase de mujer que quería parecer. Se obligó a volver a concentrarse en la tarea.

—Cada una de estas piezas tiene historia, ¿no lo sientes? —se puso delante de un espejo y limpió el cristal con la mano—. Oh, Mari, ¡qué cosas más hermosas! Tanto tiempo, abandonadas, olvidadas,

esperando a que alguien las descubra y las haga nuevas otra vez. A que las haga brillar.

Como ella no decía nada, se volvió a mirarla. Estaba entre la araña y unos armarios y él bloqueaba su salida hacia la puerta. Estaba de pie en silencio y no sabía por qué. Tuvo la sensación de que estaba llorando, pero eso era ridículo porque sus ojos estaban secos. Por alguna extraña razón deseó rodearla con sus brazos. En cuanto lo pensó, dio un paso atrás.

Disfrutar de jugar al ratón y al gato era una cosa. Tener pensamientos descabellados estaba bien, pero pasar a la acción era otra cosa. Y la situación ya era bastante complicada como para complicarla más liándose con la directora del hotel. No estaría bien. Sería un problema. Y él no quería relaciones complicadas. No quería relaciones de ninguna clase. Había decidido hacía mucho tiempo que no se implicaría con ninguna mujer. No quería darle a ninguna el poder que su padre le había dado a su madre de destruirlo. Como Ellie lo había destruido a él.

—Por favor, perdóname, tengo que volver. Si cierras la puerta al salir…

Caminó indecisa hacia él haciendo un gesto para que se apartara y la dejara pasar, pero no pudo, no tras oír esa voz fría y seca. No sabía la causa de esa reacción, pero sabía que no estaba bien.

Se detuvo a menos de un metro de él.

—Por favor —repitió muy pálida.

Él empezó a echarse a un lado, pero en el último momento no pudo dejarla marchar sin saber si estaba bien. La agarró de un codo.

—Quítame las manos de encima.

Lo dijo con tranquilidad, pero por debajo había veneno y eso lo conmocionó tanto que dio un paso atrás y la soltó de inmediato.

Ella se puso aún más pálida.

—No me toques nunca —dijo estridente mientras rodeaba a toda prisa los muebles y salía por la puerta sin cerrarla. Un segundo después se oyó el ascensor.

Luca se sentó en una silla levantando una nube de polvo. Sólo

había tratado de ser un caballero. Era evidente que cualquier atracción que él hubiera sentido no era mutua. Era fría, irritante, dictatorial. Sólo una complicación. Debería despedirla y convertir el Cascade en el hotel que quería, pero no podía hacer eso. Era buena en lo suyo y él había prometido que nadie perdería su trabajo. Eso la incluía a ella. Y él era un hombre de palabra.

Cuando volvió a la zona de oficinas, la puerta de ella estaba cerrada. Llamó y abrió.

Pareció como si la escena de arriba no hubiera sucedido nunca. Su traje estaba impoluto. Había recuperado el color, se había retocado los labios y su pelo estaba perfecto.

Lo sucedido le decía que por alguna razón Mari tenía miedo de él.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Ella alzó la vista de lo que estaba escribiendo y fingió una sonrisa de relaciones públicas.

—Estoy bien, gracias. Un poco retrasada por la excursión —siguió escribiendo.

La mujer que tenía delante era toda frialdad y control. Un contraste muy fuerte con la mujer a la que había agarrado del codo. Una mujer que tenía mucha práctica en ocultar sus sentimientos pero que había tenido un ligero momento de debilidad.

Debería asentir y marcharse, aquello no era de su incumbencia, pero recordó la expresión de desnudez que había visto en su rostro cuando habían hablado de las antigüedades. Había parecido una mujer a la que hubieran desnudado. No podía ignorar eso aunque quisiera. Si lo dejaba pasar, quedaría pendiendo entre ellos todo el tiempo que trabajaran juntos. Sería mejor abordarlo.

—¿Quieres hablar de ello, Mari?

Con un suspiro dejó el bolígrafo en la mesa, apoyó las manos y cruzó las piernas.

—¿Hablar de qué, Luca?

—De lo que ha pasado en el ático.

—No, no quiero.

—Estabas asustada. Quiero saber por qué.

—No estaba asustada. Tengo… tengo claustrofobia.

—No me ha parecido eso cuando te he agarrado del brazo.

—Luca —lo miró a los ojos—, soy una persona a la que no le gusta que invadan su espacio. No soy de tocarse. Eso es todo. Lo siento si he sido brusca o grosera.

—Eres sincera y lo aprecio. Así que no es que no quieras que te toque yo, es que no quieres que te toque nadie.

—Exacto —se ruborizó.

—No es nada personal.

—Nada personal —repitió Mari.

—Me alegro, porque vamos a trabajar juntos muy de cerca y sería difícil si hubiese animosidad entre nosotros.

***

¿Animosidad? Mari tragó y se obligó a mantener el control. No tenía ni idea de lo que había pasado en el ático. Cómo sus palabras la habían tocado, devuelto muchas de sus emociones. Cómo se había sentido extraña de pronto y había tenido que salir de allí. La había tocado. Odiaba que la tocasen. Y cuando la había agarrado del codo había sentido terror en su interior.

Pero no era un recuerdo. Era anhelo. Algo que no había sentido en mucho tiempo. Le había gustado la sensación de su mano en el codo, tanto que había deseado que la rodeara con sus brazos y la

protegiera.

Había jurado que ningún hombre volvería a tocarla y hasta ese momento lo había conseguido, pero ahora nada tenía sentido. Tenía que escapar, rehacerse.

Se arriesgó a alzar la vista. Él la miraba tranquilo y supo que había algo muy personal entre los dos, le gustase o no. Algo que rechazaba reconocer. No estaba preparada para aceptar que había más que una cierta atracción. Algo más no tema sentido.

—Te aseguro que no tiene nada que ver contigo —tenía que ver con Robert, eso era todo.

—Entonces no me lo tomaré como algo personal. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Lo estoy, gracias por preguntar.

La sonrisa esa vez fue más natural. Él aceptó lo que había dicho con educación, se sentía afectada porque él fuera capaz de preocuparse por ella. Nadie se preocupaba de ella y había reinventado su vida de ese modo. Pero sin ella saberlo, parecía importarle a Luca. Era algo inesperado y, aunque habría pensado que lo aborrecería, resultaba agradable.

—He pensado que querrías recuperar esto —dejó la llave en la mesa.

Mari no la movió de donde él la había dejado mientras Luca se alejaba. Cerca de la puerta se dio la vuelta.

—Oh, y Mari, me gustaría que estuvieras en la reunión con Dean una vez que le haya enseñado el hotel y explicado las ideas iniciales. Haremos una agenda preliminar y primer esquema y ése es tu fuerte. También me gustaría que le mandásemos una circular a todo el personal. Algo que diga que los próximos meses habrá cambios, pero ninguno perderá su puesto. Que todos los esfuerzos que se harán serán en beneficio del personal y de los clientes. Mantengo mi promesa, espero que lo recuerdes.

Mantenía su palabra y le agradaba. Cuando menos lo esperaba, mostraba consideración por los que lo rodeaban. Quizá fuera mejor de lo que había sospechado. Quizá el *playboy* tuviera un poco más de sustancia de la que ella había pensado.

—Voy a preparar una y te la mando por correo electrónico.

—Gracias, Mari.

Se levantó de la mesa sabiendo que le debía algo. Tomó la llave y se la tendió. Él la aceptó.

—Guárdala, debo de tener otra en algún sitio.

—¿Seguro?

Mari recordó su gesto cuando había entrado en el ático. Había tenido que levantar un muro porque había visto su alegría en los ojos y ella no quería permitirse sentir esas cosas.

—Estoy segura, Luca. Y cuando llegue el señor Shiffling, nos reuniremos y discutiremos cómo afrontar mejor los cambios que se avecinan.

—Hablaremos luego —se guardó la llave en el bolsillo y salió del despacho.

Mari se quedó de pie en medio del despacho preguntándose cómo iba a manejar la montaña rusa en que se había convertido su vida. Luca Fiori le gustaba. En todos los sentidos.

Capítulo 4

—Pensaba que estábamos almacenando los muebles en la sala verde y, el resto, en los almacenes del corredor sur.

Mari alzó la vista. Sabía que parecía acelerada porque lo estaba. El día anterior había recibido otra carta. Apenas había dormido esa noche pensando en lo que decía. Aborreciendo cómo el pasado aún le pesaba.

En ese momento, era la segunda vez que Luca había interferido en el modo de vaciar el salón de cócteles. Estaba de pie al lado de ella sin una gota de sudor ni un cabello fuera de su sitio o una mota de polvo en los pantalones.

—Dijiste la otra sala de conferencias, la Mount Baker —sabía que para Luca era difícil de recordar, pero todas las salas tenían nombres de picos de las Rocosas y estaba decidida a usar sus nombres y no identificarlas por el color.

—La Mount Baker se está utilizando para reuniones.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Cuando las programé.

Respiró hondo para controlarse. Todo estaba en continuo cambio y eso estaba empezando a afectarla. Luca había vuelto a cambiar de opinión y se suponía que ella tenía que adaptarse.

—Las programaste. ¿Por qué no usaste otra sala?

—Porque la empresa que he contratado para renovar el *spa* quería una sala donde poder utilizar un proyector.

La cabeza le daba vueltas. ¿El *spa*? Tenían que discutir eso, pero no en ese momento. En ese momento tenía una docena de trabajadores moviendo muebles y colocándolos en el lugar equivocado.

—Luca, ¿crees que podrás dejarme tranquila el tiempo suficiente como para que pueda hacer mi trabajo?

—Seguro, tengo llamadas que hacer.

Parecía tan fresco… Mari frunció el ceño detrás de él. Era desesperante. Nada parecía afectarlo mientras ella apenas podía mantener el equilibrio.

Puso los brazos en jarras y se tomó un momento para redirigir, otra vez, al personal que estaba vaciando el salón Athabasca de muebles. Una vez todos de vuelta al trabajo, suspiró y se apartó el pelo de la cara.

Cuanto más conocía a Luca, menos sabía qué hacer con él. La imagen de *playboy* que tenía de él había sido reconfigurada y una nueva versión ocupaba su lugar. El encanto seguía muy presente, por mucho que tratara de ignorarlo, pero estaba empezando a descubrir que estaba acostumbrado a seguir su propio camino. Sólo había pasado una semana desde su llegada y las cosas ya estaban cambiando, había trabajadores por todas partes y ella no hacía nada más que firmar albaranes. Definitivamente Luca se había puesto al mando. Desde luego, no podía decirse que fuera apático con el trabajo. Parecía muy comprometido con el Cascade.

Tenía que reconocer que las cosas nunca eran aburridas. Todos los días había algún nuevo descubrimiento que hacer. Ajustes de última hora. La falta de rutina la tenía un poco alterada. Y cuando él se hacía cargo de algo lo hacía hasta el final. Eso incluía irritarla a ella ordenándole cosas todo el tiempo como si él fuera el director del hotel.

Sonó un fuerte golpe y dio un brinco llevándose una mano al corazón. Volvió la cabeza en dirección al ruido, mientras el destello de un recuerdo le pasó por delante de los ojos. Vaso tras vaso, estrellados contra la pared de la cocina mientras ella se refugiaba en un rincón. El corazón la latía contra las costillas mientras trataba de recuperar la compostura. Nadie le estaba tirando nada. Se había caído una mesa con cristalería, eso era todo.

Con un suspiro agarró una caja vacía y se puso a recoger los trozos. Entonces una empleada pasó a su lado y dijo:

—Lo siento, señorita Ross.

Ella perdió el control.

—¿Lo siento? ¿Por qué no miras por dónde vas? —hizo un sonido de disgusto—. ¡Mira qué desastre! —de repente se sintió mortificada. ¿Cuántas veces había oído ella esas palabras? Se arrepintió al momento.

—La ayudaré a recogerlo —dijo la chica con voz temblorosa.

—¿Hay algún problema?

Mari alzó la vista y vio a Luca de pie con su sonrisa habitual.

—¿Además de empleados descuidados rompiendo cientos de dólares de cristal? No.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas y Luca miró a Mari con desaprobación. Mari sintió una punzada de culpa; sabía que se había pasado con el tono. Era la directora del Cascade. El personal tenía que saber que seguía al mando, pero eso no significaba que tuviera que ser intimidatoria. La vergüenza le pintó las mejillas.

—Lisa, lo siento mucho —miró a la joven—. Sé que ha sido un accidente. Por favor… mi tono ha sido inexcusable.

—Lo siento, señorita Ross. ¡Por favor déjeme hacerlo a mí, ha sido culpa mía!

—Vuelve al trabajo, Lisa. Y no te preocupes, nosotros recogeremos esto —la voz de Luca era calmada y razonable, completamente falta de emotividad, y lo odió por ello.

Trató de ignorar su cuerpo justo detrás de ella y se concentró en los cristales.

—Gritar al personal no es la forma de que trabajen mejor.

Como si ella no lo supiera. Parecía no comprender que los constantes cambios estaban alterando su rutina normal de trabajo. Él no tenía ni idea de las otras fuentes de estrés a las que estaba sometida, que la mantenían despierta por la noche.

—No necesito que me digas cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Deja los cristales y ven conmigo.

—Dios, Luca, ¡deja de darme órdenes! —lo miró con los ojos encendidos—. Me cansa. Llevas una semana dándome órdenes.

Los ojos de él se oscurecieron y Mari se dio cuenta de que había pulsado el botón de la ira. Había cruzado la línea de la insubordinación. Sintió un nudo en el estómago. ¿Cuántas veces se había permitido algo así? ¿Cuántas veces se había dejado llevar por los nervios? Todo lo que había aprendido volaba de su cabeza cuando

él la miraba.

—En mi despacho, por favor —dijo él con los dientes apretados.

—No —dijo y dio unos pasos atrás.

Ser llamada a su despacho para que la reprendiera era más de lo que podía soportar. Lloraría. Rogaría como había hecho tantas veces antes. Y lo odiaría por eso.

—Señorita Ross, a menos que quiera que esto suceda delante de todo el personal, vendrá conmigo ahora —la voz resultaba peligrosamente suave y grave.

Se incorporó y se limpió las manos en el pantalón. Podría manejarlo. Podría. Luca no era Robert. No podía ser Robert.

Lo siguió hasta su despacho y, mientras él se sentaba, ella se quedó de pie al lado de la puerta. Podría escapar si era necesario. Sabía que aquello sería sólo una discusión, pero no podía evitar la reacción física. Era cuestión de huir o luchar. Y su elección siempre era huir.

—Mari, ¿qué te está pasando?

—No sé a qué te refieres.

—Llevas fuera de control toda la semana. Tensa, irritada, desagradable con el personal. Lo que ha sucedido hoy ha sido un accidente y lo has sacado de quicio. Lo mismo que hiciste cuando Christopher puso el Maxwells en la sala equivocada. Se arregló fácilmente.

—Lo que ha pasado hoy es que el personal no tiene cuidado. Sé que he sido dura con ella y me he disculpado.

—La Mari que conocí hace una semana, la que estaba tan preocupada por su gente, no lo habría manejado a gritos.

Apartó la mirada. Tenía razón. Estaba tan cansada de que tuviera razón… Pero decirle la verdad, que el hombre que la había aterrorizado estaba en libertad condicional, no era una opción.

—Tenemos que ser capaces de trabajar juntos, Mari. Tenemos que estar en sintonía.

—Quizá sí, Luca —sintió alivio por el cambio de tema—, no

tengo la sensación de que estemos trabajando juntos. Tú das órdenes y esperas que se cumplan. No he tenido otra intervención en todo lo que está ocurriendo aquí más que escribir la circular para el personal.

—Has estado en todas las reuniones que hemos mantenido Dean y yo.

—Si, pero ¿para qué molestarse? Nunca consigo decir nada de peso en la discusión. Los dos vais a lo vuestro y me dejáis afuera. Todo lo que haces es dar órdenes sobre lo que hacer y cuándo. No importa el incremento de la carga de trabajo o los ajustes que hay que hacer. ¿Cómo es estar en la cima? No tienes que enfrentarte con cosas como hacer pequeños cambios para que todo siga funcionando con fluidez.

—Te ruego que me perdones —dijo con voz formal—. Creía que decías que ése era tu trabajo.

—Lo es —dijo sintiendo que le hervía la sangre—, pero sigo siendo sólo una persona y el volumen de trabajo se ha incrementado considerablemente. Y también dijiste que querías mis aportaciones.

—¿Hay algo de lo que hayamos hecho con lo que no estés de acuerdo?

Se quedó callada. La verdad era que le gustaba todo lo que se había hecho.

—Ésa no es la cuestión. Me has puesto de guardia de tráfico, dirijo a la gente de un sitio a otro. Siete cosas imposibles de hacer antes de que se sirva el desayuno.

—Si no puedes con el trabajo…

El pánico la invadió. Eso era lo que no quería que pasase y había trabajado noche y día para evitarlo. Necesitaba ese trabajo. Quería ese trabajo y la vida que se había construido alrededor. Había pensado que sólo sería un periodo con trabajo extra y luego todo iría bien. Y sólo había pasado una semana y ya estaban hartos el uno del otro.

—Puedo con el trabajo. Mi trabajo. Pero sólo soy una persona, Luca.

—Así que estás enfadada conmigo y no con Lisa. Tú no eres la única que echa muchas horas, Mari. No le pido a mi gente nada que no me pida a mí mismo.

—Entonces quizás es que esperas demasiado.

—Pues es lo que hay. Y no soy yo quien ha tenido una rabieta.

—¡Eres insufrible!

—Eso me han dicho —dijo con una sonrisa.

—Seguramente una legión de mujeres dóciles —dijo con tono mordaz.

—¿Legión? —volvió a sonreír.

—¿Puedes dejar de sonreír? Leo las revistas.

Luca se echó a reír a carcajadas y ella sintió que tenía su efecto. No podía ser, quería odiarlo. Verlo trabajar la última semana le había hecho estar peligrosamente cerca de la admiración por su entusiasmo y dedicación.

—Oh, Mari, ¿estás celosa?

—Difícilmente —dijo con tanto desprecio que pensó que tendría que creerla. ¿Por qué demonios iba a estar celosa?—. Confía en mí, Luca, no tengo ningún deseo de ser una muesca en la pata de tu cama.

La sonrisa de Luca se esfumó.

—Eso está bastante claro. Y déjame a mí ser claro también: si tienes algún problema con algo de lo que ocurre aquí, tienes que hablarlo. Mi formación no incluye la lectura de pensamientos.

Pero ella no estaba acostumbrada a hablar. Estaba acostumbrada al orden y la rutina. Había llegado donde estaba por hacer bien su trabajo, no por pasar por encima de la gente. Sabía lo que pasaba cuando se movía el barco. Despacio, en el silencio, sintió que la rabia se disipaba.

—No me gusta discutir.

—A mí me encanta —sonrió y le brillaron los ojos.

Ella lo miró. ¿Le encantaba? Ella tenía un nudo en el estómago sólo de pensarlo y él decía que le gustaba.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿No te sientes mejor?

—No te entiendo.

Él se puso de pie y se apoyó en la mesa.

—Tener una discusión abierta y sincera es mucho mejor que mantener dentro la frustración y el resentimiento. Limpia el aire. Es refrescante. Saludable.

—Lo siento, no capto el concepto de la confrontación saludable. Para mí no hay nada saludable en gritarse, en insultarse. Al final alguien siempre acaba herido porque una persona no sabe parar —dijo sin mirarlo, porque no podía ver sus ojos, y esperó el temblor que la sacudía cada vez que pensaba en Robert.

Sabía que estaba fuera, libre en algún sitio.

Algo hizo clic en la cabeza de Luca. El germen de una idea que de pronto fue tan clara que pensó cómo no se le había ocurrido antes. Quizá porque había estado tan concentrado en su trabajo que no le había dado prioridad a eso.

Mari había sufrido. Alguien le había hecho daño y tenía miedo.

Tenía sentido. No se había dado cuenta de las señales, pero en ese momento las veía. Su aversión al contacto, a la discusión. Cómo se había puesto en el ático, cómo estaba de pie en ese momento al lado de la puerta, lista para huir. Cómo no lo miraba a los ojos y mantenía la distancia. En su familia discutir era algo que se hacía siempre apasionadamente, lo mismo que amar. Una cosa no negaba la otra. No podría vivir con su padre y su hermana sin discutir, era parte de lo que eran. Pero también se querían Por mucho que le enfureciera el control de su padre en Fiori, no dejaba de quererlo. Era el cariño lo que les había hecho sentirse seguros. Podía ver en Mari que alguien le había enseñado justo lo contrario. Alguien le había enseñado que el amor hacía daño.

Pero no podía abordar el tema. Apenas se conocían. Era su jefe y sería meterse en un terreno muy personal, pero no podía evitar preguntarse qué o quién le había hecho tener tanto miedo. Lo último que quería era que tuviera miedo de él.

—Mari, lo siento. Realmente ha tenido que molestarte. Los dos hemos soportado mucho estrés —decidió que un poco de introspección no iría mal para que ella se sintiera mejor. Sonrió—. Soy italiano. En mi familia discutimos apasionadamente, tanto como nos queremos apasionadamente. Sabemos que siempre estaremos ahí para cuando se nos necesite, no importa lo mucho que disintamos. No se me había ocurrido que no todo el mundo es igual.

Se lo quedó mirando atrapada un instante. Lo mismo que el día del ático, sus ojos brillaban como un amanecer y vio que en ella había mucho más de lo que imaginaba. Podía ver el dolor. El dolor que ella pensaba que mantenía oculto en su interior tras un muro que había levantado para esconderlo. Había visto antes esa clase de dolor. En los ojos de su padre y en los de su hermana Gina. Era, se dio cuenta, el aspecto que tenía la pérdida de la esperanza. Por mucho que se había esforzado, nunca había conseguido quitárselo de los ojos por completo.

—Lo siento —volvió a decir.

—Y yo antes he perdido los papeles y te debo una disculpa —dijo ella en tono suave.

—Aceptada.

No podían pasarse todo el tiempo enfrentados. No sería bueno para el hotel, ni para el personal, ni siquiera para ellos. Pensó en un almuerzo de paz.

—Hace un día precioso y, por lo que he oído, uno de los últimos. Déjame tentarte con un almuerzo ahora que hemos aclarado las cosas.

—No creo que sea buena idea.

Movió la mano hacia ella, pero de inmediato la retiró, recordó su aversión a que la tocasen.

—Te estoy ofreciendo una tregua, Mari. Me gustaría que fuésemos amigos. Me gustaría que te sintieras lo bastante cómoda conmigo como para expresar libremente cualquier opinión. Conoces la zona. Conoces al personal mejor que yo. Eres un activo importante en el Cascade, Mari, y no será bueno para nadie si no somos capaces de trabajar juntos. No podemos tener más discusiones como la de hoy, es contraproducente.

—Luca, aprecio el gesto, pero tengo un montón de llamadas que

hacer, por no mencionar dirigir el hotel. Estamos sometidos a demasiados cambios y tengo que ajustarlo todo.

—Tienes que hacer un descanso para estar fresca. Un poco de relajación incrementa la productividad. Además, tengo hambre y tú tienes que comer. Insisto.

—De acuerdo —dijo ella encogiéndose de hombros.

Luca sonrió y su mente se puso a trabajar. Aún estaba tensa, los dos lo estaban. Aquello no había terminado. La mejor idea era alejarse del hotel. Quería que ella lo mirara sin la reserva que lo hacía siempre. Quería que confiara en él.

—Nos reunimos en el jardín. Y llévate un suéter.

—¿El jardín?

—En quince minutos, ¿vale?

Salió al jardín y sus botas sonaron en el camino adoquinado. Él estaba de pie apoyado en un banco al lado de la rosaleda. Lo miró. No supo qué le costaba más, si enfrentarse a él o a la atracción que sentía por él. Esa mañana Luca tenía razón y aun así se había disculpado. Nunca se había disculpado un hombre con ella. Maldición, estaba empezando a gustarle.

Estaba hablando con una pareja. Los reconoció, eran los Townsend. Le supuso un gran esfuerzo no darse la vuelta y volver al interior. La discusión la había dejado exhausta. No sabía qué decir.

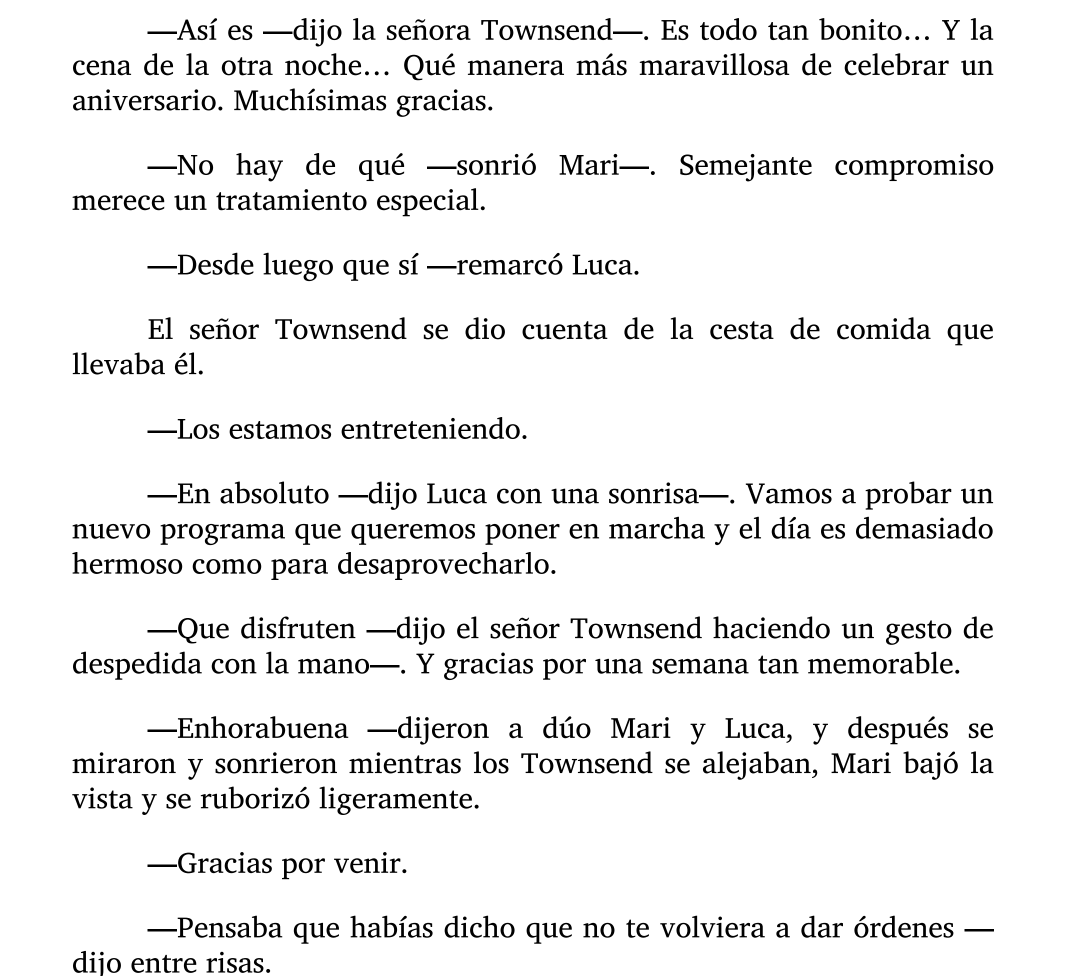
Él se había disculpado con ella. Le había dicho que quería mejorar su relación de trabajo. Para Navidad estaría en Italia y todo volvería a la normalidad. Era sólo algo a corto plazo.

—Buenas tardes —dijo con una sonrisa.

—Ah, señorita Ross. ¿Conoce al señor y la señora Townsend?

Apreció que Luca la llamara por el apellido. Tendió la mano.

—Me alegro de volver a verlos. ¿Están disfrutando de su estancia?



—Así es —dijo la señora Townsend—. Es todo tan bonito… Y la cena de la otra noche… Qué manera más maravillosa de celebrar un aniversario. Muchísimas gracias.

—No hay de qué —sonrió Mari—. Semejante compromiso merece un tratamiento especial.

—Desde luego que sí —remarcó Luca.

El señor Townsend se dio cuenta de la cesta de comida que llevaba él.

—Los estamos entreteniendo.

—En absoluto —dijo Luca con una sonrisa—. Vamos a probar un nuevo programa que queremos poner en marcha y el día es demasiado hermoso como para desaprovecharlo.

—Que disfruten —dijo el señor Townsend haciendo un gesto de despedida con la mano—. Y gracias por una semana tan memorable.

—Enhorabuena —dijeron a dúo Mari y Luca, y después se miraron y sonrieron mientras los Townsend se alejaban, Mari bajó la vista y se ruborizó ligeramente.

—Gracias por venir.

—Pensaba que habías dicho que no te volviera a dar órdenes —dijo entre risas.

—Creo que no puedes evitarlo, es tu naturaleza. ¿Adónde vamos? Tengo hambre —no era así, pero su cuerpo necesitaba alimento.

—He pedido en la cocina que nos preparasen algo de comer. Y si me sigues… tengo el coche esperando para llevarnos a nuestro destino.

—Una comida campestre —no sabía si le hacía feliz o la molestaba.

—Compañeros de trabajo y amigos disfrutando de uno de los últimos días del otoño. No hay nada de extraño en ello.

—¿No podemos comer aquí? —miró a su alrededor.

Los jardines estaban llenos de bancos y praderas de césped.

—Mari, estamos cambiando algo más que lo superficial. ¿Recuerdas lo que te dije la noche de la cena? —señaló los jardines con un movimiento del brazo—. «Recupera el romanticismo». Restaurar el Cascade es algo más que cosa de tejidos y muebles. También son servicios, toques especiales. Imagínate estar aquí con el hombre que amas. Disfrutando de un día de sol en una pradera de las montañas donde compartir una comida, una botella de vino.

«Con el hombre que amas». No podía imaginárselo No podía imaginarse enamorándose, dándole a alguien tanto poder. Ese magnetismo de Luca era eso. Magnetismo. Miró su pecho, lo que fue un error porque no podía evitar preguntarse qué habría debajo de ese suéter.

—Mientras no se comparta la comida con los osos… o un alce. Eso puede pasar en esta época del año, ¿lo sabes? Un alce.

—Muy bien, Mari —a Luca no le pareció gracioso—. No vengas si no quieres —agarró la cesta.

—Espera, Luca. Lo siento. Sólo encuentro esto… extraño. No estoy acostumbrada a las comidas campestres con mi jefe.

Eso no era todo, la sola idea de estar sola, aislada, la hacía sentirse indefensa.

—Pensaba que podríamos pasar una hora lejos del hotel. Una oportunidad de ver otra cosa. Apenas he visto nada de por aquí. Pensaba que serías una buena guía.

La incomodidad de Mari se incrementó. No tenía ni idea de adónde iban.

—A lo mejor podría elegir yo el sitio entonces —dijo sin pensar. Se sentiría más cómoda—. Como dices, conozco la zona.

Se dirigieron al lujoso coche nuevo que Luca había comprado para el hotel. El más veterano de los conductores de autobús ahora ocupaba el puesto de chófer y les abrió la puerta.

—Señorita Ross.

—Gracias, Charlie —murmuró entrando en el coche.

Luca se sentó a su lado.

—¿Adónde?

—A mi casa, ¿recuerdas el camino?

—Claro, señorita Ross.

—¿Tu casa?

Ella se limitó a asentir sin mirar a Luca. Un pequeño elemento de protección.

—Sí, quiero cambiarme de ropa. Y presentarte a alguien.

Capítulo 5

Pasaron unos pocos minutos antes de que el coche se detuviera frente a una casita de piedra en la ladera de una colina, rodeada de píceas y arbustos. Charlie le abrió la puerta y salió.

—¿Sería mucho pedir que nos esperases?

—Usted es la jefa, señorita Ross.

Mari sonrió. Se alegraba de que Luca lo hubiese elegido a él como chófer. Charlie era uno de los pocos hombres con quien se sentía cómoda.

—Puedes bajarte, Luca. Iremos caminando desde aquí.

Recorrió el sendero empedrado que conducía a su casa mientras Luca sacaba la cesta del coche. En cuanto llegó a la barandilla empezaron los ladridos y sonrió. Abrió la puerta y gritó:

—¡Soy yo! —y fue recibida por lametazos de alegría.

Tommy, su compañero, su protector, su único amor incondicional.

—¿Quieres ir de paseo, chico?

Entonces el perro vio a Luca al final del sendero y salió por la puerta.

—¡Tommy! —gritó ella.

Por una vez el perro ignoró su orden y corrió hacia Luca, a quien le apoyó las patas en el pecho. Luca acarició las rubias orejas del animal.

—Eres precioso —dijo al perro y después añadió dirigiéndose a Mari—: ¡No sabía que tenías un perro!

Al menos, no se había enfadado. Aunque la mortificaba un poco que el perro lo hubiera recibido tan bien.

—Tommy, vamos —el labrador corrió hasta el porche—. Échate —el perro se tumbó a sus pies.

—Si está así de bien enseñado, sólo puedo pensar que le has susurrado algo al oído y por eso ha salido corriendo hacia mí —dijo Luca en tono de broma.

—Lo siento por tu suéter.

—Ni siquiera lo ha ensuciado. Además, ¿para qué está el servicio de lavandería?

—Tommy, quieto —dejó al perro en el porche y abrió la puerta mosquitera—. Un momento.

—Así que a él es a quien querías que conociera.

—Sí. Si vamos a comer fuera, creo que será un buen momento para dejarlo correr. Es muy bueno. Se queda aquí y me espera todo el día —le acarició la cabeza—. Será una maravilla para él poder salir a mediodía.

—¿No lo dejas en el jardín?

—Sé que parece cruel —lo miró—, dejarlo todo el día encerrado. Seguramente podría dejarlo fuera, pero no me fío de los osos —apoyó la frente en el cuello de Tommy—. No sé qué haría si algo le sucediera.

También era una cierta protección para ella. Nada le haría daño mientras Tommy estuviese cerca. Era grande y era fiel.

—Bueno, te espero —Luca se sentó en una silla y dejó la cesta en el suelo para acariciar al perro.

Mari fue a su dormitorio y se puso unos vaqueros y un suéter. Le pareció extrañamente íntimo cambiarse de ropa sabiendo que Luca estaba tan cerca. Aquello casi parecía una cita.

Se sentó en la cama. No, era una comida de trabajo, eso era todo. Un descanso de la locura en que se había convertido el Cascade. Una tregua, eso era lo que había dicho él, ¿no? Que quería que fueran amigos. Se sentía dividida. Quería amigos, pero aún la idea de estar cerca de la gente la asustaba. Deseaba que fuera distinto. Poder dejar atrás el pasado. Poder olvidarse del dolor y del miedo y tener una vida normal. En lugar de eso, sentía un nudo en el estómago sólo de pensar en comer con su jefe.

Mari no estaba preparada para la sensación de vacío en el

vientre cuando él había entrado en la casa. Había pasado tanto tiempo sola, centrada en reconstruir su vida que para ella era una experiencia nueva. Llevarlo allí no había sido un accidente. Saber que Tommy estaba con ellos, entre ellos, ayudaría. No podía estar sola. Y quizá con ese almuerzo, llegaran a un nivel de trato aceptable. Quizá pudieran pactar cómo se iba a tratar las siguientes semanas. En eso él tenía razón.

—¿Mari? ¿Estás bien?

Se sorprendió por el sonido de su voz. Había estado soñando despierta unos minutos y lo había dejado en el porche.

—¡Ya voy! —gritó levantándose.

Aquello no era más que una comida. Era ella la que estaba sacando todo de quicio. Volvió al porche.

—Venga. Tommy, vamos.

El perro le pisaba los talones mientras Luca llevaba la cesta y el Cadillac negro esperaba al pie de la colina.

Lo llevó por un sendero desde el que siempre se veía su casita. Cuando llegaron a la cima de la colina, se detuvo, se agachó por un palo y se lo lanzó a Tommy, que corrió por él. Desde allí se podía ver todo el valle. Su casa y el coche debajo de ella.

—¿Aquí está bien?

Luca dejó la cesta en el suelo y sacó de ella una manta.

—Perfecto.

Mari se sentó en la manta y volvió a lanzarle el palo al perro.

—No tendremos muchos más días así —murmuró ella sintiendo el calor del sol en el rostro—. Incluso éste me sorprende.

—Entonces, tenemos que aprovecharlo —empezó a vaciar la cesta—. Delicias de tomate y pimiento, cordero marinado y ensalada de patata, y no te digo lo que he traído de postre porque las niñas buenas primero se comen la comida —sacó platos de porcelana y cubiertos y añadió—: Si tú repartes la comida, yo abro el vino.

Se ocuparon unos minutos de colocar la comida. Mari estaba sentada con las piernas cruzadas. Se enfrentaba a un problema

inesperado: estaba disfrutando de su compañía. Se alegraba de estar allí con él compartiendo algo tan sencillo como una comida campestre un día de otoño. Pero eso era todo lo lejos que llegaría. Tenía que recordar por qué había aceptado ir. No era capaz de nada más.

—El aire fresco y la buena comida hacen maravillas con el estrés —dijo y ella se volvió a mirarlo.

—Es una de esas veces que voy a tener que reconocer que tienes razón —le tendió un plato sonriendo—. No era consciente de lo tensa que estaba. He estado tratando de concentrarme en conseguir que todo estuviera hecho, trabajando el mismo número de horas al día —Tommy se dejó caer en la hierba—. No lo he sacado lo bastante últimamente. Se va a poner gordo y perezoso.

—Todo el mundo necesita momentos como éste. Aire libre, paz, tranquilidad, algo sencillo y reconstituyente. Es lo que espero que la gente encuentre en el Cascade. Un descanso de… ¿cómo se dice?, del ajetreo. Tiempo para oler las rosas. Para algunos éste es un modo de vida.

—Para alguien como tú querrás decir.

—¿Alguien como yo? —sonrió. Ella le dedicó una mirada llena de significado—. Ah, te refieres a los ricos ociosos.

Mari bebió un sorbo del suave *chardonnay*.

—Reconoceré que no eres ocioso. Lo has demostrado esta semana.

—¿Pensabas que lo era?

—Oh, vamos —miró al valle—, el niño mimado de *Fiori Resorts*. He leído las revistas, ¿sabes? La vida en bandeja de plata. Coches espectaculares y mujeres rápidas… ¿o es coches rápidos y mujeres espectaculares?

—Da lo mismo —admitió seco.

—Eres incorregible —rió y se inclinó a un lado rozándole el hombro.

—¿He presionado demasiado entonces?

Lo miró con cuidado. ¿Lo había hecho? Nunca parecía tenso, ni

cansado, pero sabía que trabajaba desde que se levantaba hasta la hora de irse a dormir.

—No creo que hayas presionado a nadie más que a ti mismo. Pero puede que el personal del Cascade no esté acostumbrado a ese ritmo.

—¿Personal como tú?

—No he llegado donde estoy sin echarle horas —respondió.

Estaba cansada, no era un secreto, pero una parte de ese cansancio se debía a que las cosas estaban cambiando y estaba incómoda. Estaba sometida a un gran estrés del que él no sabía nada. Se despertaba por la noche más de lo que lo hacía normalmente. Las pesadillas habían vuelto. Miraba por encima del hombro y eso suponía que empezaba muchos días con un déficit de energía.

—No te habría pedido tanto si no hubiese sabido que podías afrontarlo, Mari.

—Te lo agradezco. Lo mismo que te agradezco que te dieras cuenta de que necesitaba respirar.

Luca dejó el plato en la manta y se volvió a rebuscar en la cesta.

—Sé que seguramente no debería haberlo hecho, pero he despistado esto de postre —sacó un cuenco de cerámica y una cuchara.

—Has pensado en todo.

—En todo no. Sólo he traído una cuchara.

Mari miró el cubierto. ¿A qué estaba jugando? Lo vio meter la cuchara en el cuenco y sonreír.

—Te he dicho que había que encontrar la belleza en las cosas pequeñas. Que el Cascade tiene que ser más una experiencia que un proveedor de servicios. ¿Qué pasaría si no fuésemos los directores del hotel? ¿Si fuésemos clientes? No estaríamos pensando en si este tiempo puede ser beneficioso, estaríamos pensando en la maravillosa tarde que hace. Abriríamos nuestros sentidos, nuestras mentes. Estaríamos pensando en nosotros mismos y disfrutando sin preocuparnos de nada —le tendió la cuchara llena de crema tostada—. Cierra los ojos, Mari.

Oh, Dios. Aquello superaba todos los límites. Esperó con la cuchara en el aire. Ella se sintió atrapada por su cálida mirada, seductora como la crema que contenía la cuchara. Cerró los ojos.

La fría cuchara rozó sus labios y ella los abrió de forma instintiva. La dulzura fría del postre le inundó la lengua. Suave, deliciosa.

La cuchara abandonó los labios y ella abrió los ojos.

Luca volvió a hundir la cuchara en el postre, pero esa vez lo probó él sin dejar de mirarla.

—Está bueno —murmuró ofreciéndole otra cucharada.

Con la cuchara que acababa de estar en su boca.

Era una tontería que algo así tuviera ese efecto sobre ella, pero lo sentía como seducción. Abrió la boca y dejó que le diera de comer sintiéndose cada vez más fuera de control. No sabía cómo manejar el romanticismo. Y aquello claramente lo era.

—Está realmente exquisito —no sólo el postre, sino estar allí con él.

Era una locura que se hubiese dejado llevar por la situación, sabía lo que vendría después. Antes de que se diera cuenta se estarían besando. La sola idea le hacía temblar de anhelo y temor. No estaba preparada para una aventura y era lo bastante inteligente para saber que una aventura sería todo lo que habría con Luca. Era un tiempo de fantasía limitado y no se lo podía permitir.

Tenía que volver al tema del trabajo de alguna manera. Empezó a recoger los platos para evitar que le diera más crema.

—Creo que deberíamos desarrollar una sección de picnic.

Luca se llevó otra cucharada a la boca y Mari trató el no mirar sus labios rodeando la cuchara.

—Una idea interesante —dijo él dejando la crema y recuperando el vino—. Quizá deberíamos ofrecer una selección entre la que elegir. ¿No quiere las delicias? Un poco de ensalada de arroz, quizá. Pollo en lugar de cordero. Una tarrina de chocolate en lugar de la crema tostada. ¿Qué te parece?

Lo que Mari pensaba era que probar un coche de competición no era lo mismo que ser su dueño, y hacer una prueba de una comida campestre romántica no era lo mismo que tener una. Pero el potencial seguía ahí y podía usar la imaginación. Sobre todo, después de esos momentos.

Si hubiera estado enamorada de Luca, y él de ella, y estuvieran así, comiendo de un modo decadente, disfrutando perezosamente de un buen vino.

Para una pareja enamorada sería romántico. Y terminarían la tarde de un modo muy distinto a como la iba a terminar ella con Luca. Y eso sería parte de la experiencia Cascade.

¿Cómo terminaría una pareja así el día? La mano de Mari se detuvo sobre los platos. Quizá volviendo al hotel y recurriendo al servicio de habitaciones. O vestidos con sus mejores galas y cenando en una de las mejores mesas del hotel, bailando en el reluciente parqué.

—¿Mari? —dijo él mirándola, sonriendo.

—Creo que suena maravilloso —respondió jugueteando con la manta.

Sopló una ráfaga de viento y se estremeció. Tenía que dejar de pensar así. Todo volvería a la normalidad y no había escapatoria. Si ni siquiera podía soportar que le tocara el hombro, ¿cómo iba a relajarse lo bastante como para que hubiera más? Estaba cansada y había bajado las defensas. Estaba aturdida por el vino.

Pero tendría que volver al hotel con Luca, y pensar en pasar por el vestíbulo con él y la cesta de la comida hizo que le recorriera un escalofrío. No necesitaban rumores circulando entre el personal. Tenía que hacer que las cosas volvieran a lo estrictamente laboral.

—Podríamos hacer una variación para picnic de invierno. Sopa en un termo, pan y queso, cacao caliente y un postre.

Luca empezó a meter los platos en la cesta.

—Eso es brillante. Podemos hacer algo estacional. Las Rocosas en invierno. Lo pondrás de moda.

Quizá el concepto, pero no la ejecución. Enamorarse y ser romántica estaba bien para algunas personas, pero no para ella. Ya no.

Miró el perfil de Luca mientras envolvía las copas de vino en unas servilletas para que no se rompieran. Nunca volvería a permitirle a nadie hacerse con el control de su vida. Jamás.

Además, Luca sólo estaría allí unas semanas, para Año Nuevo se habría marchado. Cualquier atracción que pudiera sentir daba lo mismo. No tendría que preocuparse de sentimientos ni cosas difíciles. Sólo tenía que aguantar hasta que se marchara y después seguir con su vida. Una vida en la que nadie tuviera el poder de hacerle daño.

—¿Por qué no te tomas libre el resto de la tarde?

Luca estaba de pie con la cesta en la mano. Mari se levantó, agarró la manta y la dobló. Era tentador, pero su coche seguía en el hotel y ya había haraganeado bastante. Aún tenía trabajo que hacer y quería acabar el día con una relación de trabajo en la cabeza, no con esa intimidad da la comida.

—Gracias por la oferta, pero mi coche sigue en el hotel.

Bajaron la colina. El dolor de cabeza por el estrés que había estado agazapado detrás de los ojos había desaparecido. Quizá él tuviera razón. Necesitaba relajarse más. Si había relajado con él, quizá demasiado.

—Vuelvo en un instante —murmuró cuando llegaron a la casita, donde dejó a Tommy después de comprobar que tenía agua.

Charlie le abrió la puerta. Después entró Luca y no pudo evitar fijarse en la tela de sus pantalones tensa sobre sus muslos. Mientras el coche bajaba la montaña, se recostó en el respaldo y lo estudió sin que fuese evidente. Llevaba la ropa con confianza. Parpadeó despacio deseando tener ella esa seguridad en sí misma. Agonizaba cada vez que tenía que pensar en qué ponerse. Pensó que estaría igual de guapo con cualquier ropa. Primero en el campo, después en una cena elegante… pero no se lo imaginaba a él solo, sino con ella, bailando en una reluciente pista.

—Ya hemos llegado —Mari oyó las palabras, pero la sensación de la tela en sus mejillas era suave y cálida—. Mari, odio despertarte, pero no podemos quedarnos en el coche para siempre.

Oyó la voz de nuevo y supo que era Luca. Entonces se dio cuenta de que se había apoyado en su brazo. Se incorporó bruscamente y se separó de él. Su último pensamiento había sido de él con un esmoquin.

—Me he quedado dormida.

—Así es. Casi en cuanto el coche se puso en marcha.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Está bien.

La vergüenza le ardía en el rostro.

—Pero son diez minutos desde mi casa.

—Evidentemente, estabas cansada. Y relajada, ¿no?

Charlie había abierto la puerta con una mirada inexpresiva.

Salió al refrescante aire de las montañas, aunque le llevó un momento despejarse. Luca dijo algo a Charlie, después le tocó el codo y caminaron juntos hacia el vestíbulo. Justo antes de llegar a la puerta, Luca dijo:

—No cuentes por ahí que mi compañía te ha hecho quedarte dormida. Tengo una reputación.

Mientras ella dejaba escapar una inesperada carcajada, el abrió la puerta y le cedió el paso.

—Luca.

Los dos se dieron la vuelta al oír la voz que lo llamaba. Mari se quedó mirando a la mujer más guapa que había visto jamás.

—Gina.

Mari se quedó boquiabierta cuando Luca dejó caer la cesta y fue hacia la mujer a grandes zancadas. Cuando llegó a ella la rodeó con los brazos y le dio vueltas levantándola del suelo. Cuando la dejó otra vez, ella reía a carcajadas.

—Te echaba de menos —lo besó en las dos mejillas.

—Y yo a ti. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, ¿no está permitido? —su sonrisa estaba llena de sorna.

El acento italiano era evidente. Mari no entendía la punzada de

celos que sentía mientras permanecía de pie en medio del vestíbulo como una tonta. Se agachó a recoger la cesta. La comida había sido de trabajo, no de amantes, así que no había razón para los celos. Tenía trabajo. Dejaría la cesta en la cocina y volvería a la oficina.

—Luca, preséntame a tu amiga —dijo la mujer.

Mari se irguió despacio.

—Por supuesto —llevando a la mujer de la mano se acercaron donde estaba Mari.

Se sentía más estúpida cada segundo que pasaba. Allí estaba ella, la directora del hotel en vaqueros y suéter con el pelo revuelto hablando con una mujer que parecía que no tendría ese aspecto ni muerta. No sólo eso, todo lo demás era absolutamente predecible. Luca tendría una novia. Debería haberlo pensado.

—Gina, ésta es Mariella Ross, la directora del hotel.

Gina tendió la mano y Mari la estrechó y después bajó la vista. Esperaba unas manos perfectas, de manicura, y se encontró con unas normales con las uñas pintadas de un color claro.

—Mari, ésta es mi hermana, Gina.

El rubor de Mari se incrementó. ¿Dejaría de sentirse estúpida alguna vez?

Alzó la vista y en los ojos de Gina sólo encontró buen humor.

—No ha dicho ni una palabra de su familia.

—Por supuesto que no —golpeó a su hermano en el brazo con su bolso—. Los hombres sólo hablan de trabajo.

—¿Qué haces aquí, Gina?

Luca se puso al lado de Mari mientras planteaba la pregunta. Esa vez se dio cuenta de que los ojos de la morena brillaban mientras decía algo en italiano y Luca le respondía con las mejillas de pronto sin color. Mari arrugó la nariz. ¿El feliz y despreocupado Luca? Parecía realmente enfadado.

—¿Hay algún problema?

—Un asunto de familia —dijo Luca mirándola un instante.

—Lo siento. Os dejo solos —volvió a recoger la cesta.

—Mariella.

No tuvo valor para corregir a Gina. En ese momento no tenía importancia. Se detuvo y Gina dijo:

—Espero que cenes con Luca y conmigo esta noche. Me encantaría escuchar tus planes para el hotel. Luca piensa que es el único que tiene ojo para la decoración, pero subestima a su hermana.

—Quizá necesites tiempo para adaptarte. No te sientas obligada.

—No es una obligación en absoluto. Díselo, Luca —sonrió a su hermano, que fruncía el ceño.

—A los dos nos encantará —dijo él mirándola—. Ven, por favor.

—Lo haré.

—Estupendo —sonrió Gina—. Me dará la oportunidad de ponerme el vestido que me he comprado en Milán.

Mari sintió que se quedaba sin aire. No podía ir así. No era la cena de una semana antes cuando una falda y una chaqueta habían sido lo normal. Sintió que igual no podía llegar al nuevo nivel.

—Cenaré con vosotros, ahora tenéis que perdonarme, tengo mucho que hacer. Disculpad.

Ni siquiera se atrevió a mirar a Luca a los ojos. Se alejó recorriendo su armario mentalmente y pensando qué sería adecuado.

Luca la miró alejarse. Mari no había dicho nada, pero por su rubor sabía que había pensado que Gina era su amante. Interesante. Quizá no fuera tan inmune como quería parecer.

—Es encantadora, Luca. No puedo imaginarme por qué no me has hablado de ella.

La voz de Gina lo distrajo.

—No tengo nada que contarte, al contrario que tú. Así que vamos a mi habitación para que me cuentes qué haces aquí.

Una vez en la habitación, Luca se acercó al mueble bar y abrió la puerta.

—¿Vino o brandy?

—Ninguna de las dos cosas —respondió ella sonriendo—. Me alegro de verte. Viajas demasiado y no te veo nunca.

Luca la llevó al sofá y después se sentó en el brazo de un sillón que había al lado.

—¿Te ha mandado papá?

—Papá ha mandado la escultura que le pediste. Yo la he acompañado.

Luca contuvo su enfado. No había visto a Gina desde hacía mucho y no quería discutir.

—Y tú, supongo, tenías que venir a ver cómo quedaba.

—Cariño —sonrió—, es lo que se me da mejor. Sería una hermana terrible si no ayudara sólo un poquito con nuestra nueva adquisición.

—Pensaba que estabas ocupada con tu nueva adquisición —cruzó las piernas—. ¿Cómo está mi sobrina?

—Creciendo. Y su hermano va a hacer que me salgan canas.

—Bien, te lo mereces.

—Te he echado de menos —dijo entre risas.

—Y yo a ti, pero tienes a Angelo y a los niños. No hacía falta que vinieras.

—Aún tengo interés en Fiori, Luca. Papá me mandó con la escultura y para ver si necesitabas un par de ojos más. Y recursos.

—Tienes que estar con tu familia.

—He dejado a los niños con Carmela, la niñera, en casa de papá. Viajar con dos niños pequeños… —sacudió la cabeza—. Serán unas vacaciones para ellos, con Carmela para ponerles límites y papá para malcriarlos.

—¿Y Angelo?

—En Zúrich, echando un vistazo a un nuevo proyecto. Regresará

en unos días y Carmela y los niños volverán a nuestra casa. Te preocupas demasiado, Luca.

Luca sonrió. Gina trataba de ser la excepción. Insistía en que Angelo y ella eran felices y tenían dos hermosos hijos. Aunque él siempre tenía la sensación de que Angelo no era lo bastante bueno para ella. Le costaba pensar que aquello duraría. No podía evitar pensar que a su hermana al final también le romperían el corazón. Lo mismo que a su padre.

Quizá fuera sobreprotector.

Gina bostezó y se cubrió la boca con una mano.

—Lo siento, ha sido un vuelo muy largo.

—Estás agotada, ¿por qué no duermes un rato? —se puso de pie e hizo un gesto hacia el sofá—. No querrás tener ojeras esta noche o pasarte la cena bostezando. Puedes dormir aquí mientras yo acabo el trabajo que me queda. Cuando termine, vendré a despertarte y nos arreglaremos para cenar.

—Y para discutir del Cascade, no lo olvides —hizo un guiño—. *Grazie*, Luca.

—*Prego*. Ahora, descansa —fue por una manta y se la echó por encima.

Al tocar la manta se acordó de los ojos de Mari cerrados mientras le daba la crema y de su calor y suavidad en la limusina cuando se había quedado dormida.

No tenía ni idea de lo que lo guiaba. De qué intentaba demostrar trabajando tanto. Lo que había dicho Gina le había hecho pensar. Quería demostrarse a sí mismo que era capaz de asumir más responsabilidad en Fiori. Su padre había llevado toda la carga mientras ellos habían crecido. Luca había trabajado para librarlo de parte de esa carga y ya sólo quería lo que se le debía.

Al principio había pensado que sería divertido hacer ver a Mari que la vida era algo más que un balance. Le había parecido un juego. Y era bueno en los juegos, pero se había quemado. No había contado con sentirse atraído por ella.

Capítulo 6

Cuando ella entró en la sala fue como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el plexo solar.

Mari no era Mari esa noche. Se merecía su nombre completo. Era Mariella. Cada centímetro de ella, desde la cabeza hasta los pies, era elegancia y tímida sexualidad. No tenía ni idea de que pudiera tener ese aspecto. Se había imaginado cómo estaría si se dejara el cabello suelto y los vestidos recatados en el armario, pero jamás habría imaginado que pudiera ser así.

—Es preciosa, Luca.

La voz de Gina interrumpió sus pensamientos mientras los dos miraban a Mari hablar un momento con uno de los clientes con una sonrisa en el rostro.

—La verdad es que me gusta.

—Hay algo entre vosotros, entonces —le apoyó la mano en el brazo.

—No, Gina. Es la directora y es buena en lo suyo. Trabamos juntos, eso es todo.

Mari dejó al huésped y se dirigió hacia ellos. Luca trató de ignorar su pulso desbocado al ver el suave balanceo de sus caderas. Tenía piernas, metros de ellas, parecía.

—He visto cómo la miras, Luca. Créeme, te alegrarás de que haya venido para tener un poco de tiempo libre.

Luca consiguió dejar de mirar a Mari y fijó la vista en su hermana.

—Si crees que vas a andar por aquí estorbándome todo el rato…

—Querido hermano —dijo con una sonrisa—, lo considero un deber familiar. Ella te mira igual a ti.

Mari se detuvo delante de ellos y sonrió, y por un momento a Luca se le paró el corazón.

—Espero no haberos hecho esperar.

Fue Gina quien respondió al quedarse Luca en silencio.

—En absoluto. Acabamos de llegar. Me he echado una siestecita y estoy lista para probar las delicias del *chef*.

Luca acercó la silla de Mari.

—Gracias —murmuró ella y a él le llegó el aroma de su perfume.

—Ese vestido es impresionante. Tienes un gusto increíble, Mari —dijo Gina con una sonrisa—. Espero que Luca no te esté presionando para que aceptes todos sus cambios.

—Gracias —Mari sonrió—. Lo intenta, créeme.

—Tengo mucha suerte de compartir mesa con las dos mujeres más guapas del salón —dijo él sentándose.

—¿Sólo del salón? —dijo Gina entre risas—. Mariella, creo que eso es un insulto.

Pero los ojos de Luca estaban clavados en los de Mari. Se había dejado el cabello suelto y sus dedos se morían por acariciarlo, por enterrarse en sus mechones caoba. Deseó tomarle la mano y besarla, pero sabía que ella no lo recibiría bien.

—Ya veo que con vosotras dos juntas no voy a poder.

—Creo que puedes de sobra —dijo Mari con una sonrisa.

Luca pidió champán, se apoyó en el respaldo y se quedó viendo a Mari y Gina hablar como si se conocieran de toda la vida. Pero Gina siempre había sido así, abierta, tenía una cualidad que había sacado a Mari de su caparazón de un modo que él no había sido capaz. Y Mari relajada brillaba aún más.

Estaban a medias del segundo plato cuando alguien del personal se acercó a Mari con un problema.

—Yo me ocuparé, disfrutad vosotras —dijo Luca levantándose.

—No, lo haré yo —Mari sonrió—. Es mi trabajo. Vuelvo en un minuto.

Luca se levantó mientras ella se alejaba y volvió a sentarse. Miró luego a su hermana, quien seguía diciendo que su matrimonio era feliz. ¿Era él el único que se daba cuenta de lo que estaba haciendo?

Seguía diciendo que Angelo era su destino feliz y que no haría añicos su ilusión. Eso era lo que él le deseaba después de lo que habían pasado de niños, cuando su madre los abandonó. Recordaba abrazarla por las noches mientras lloraba llamando a su madre y no quería que la oyera su padre. Recordaba el verano que había sospechado que había algo entre Dante y ella. Pero después Dante se había ido a París con él y, cuando habían vuelto, se la habían encontrado prometida con Angelo.

Había estado a su lado durante los años más oscuros de su vida. Él era el mayor. Había entendido las cosas mejor. Sinceramente, esperaba que a Gina no se le volviera a romper el corazón. Para sí mismo no era muy partidario de los finales felices tipo cuentos de hadas; tampoco las mujeres con las que solía salir.

Cuando Mari volvió se dedicó a mirarla mientras Gina y ella seguían con su conversación.

Mari era diferente. No podía explicarlo, pero por alguna razón los tristes recuerdos del pasado casi desaparecían cuando ella estaba cerca. Nunca podría haber nada permanente entre ellos, pero su escepticismo habitual se disolvía cuando estaba con ella. Había visto brillar sus ojos cuando hablaba con Gina, reír fácilmente como no la había visto antes.

Era hipnotizadora. Así era Mari con la guardia baja. Se había preguntado con anterioridad si podría ser así. En ese momento se preguntaba si podría ser así con él.

—Luca, deberías bailar conmigo —dijo Gina en tono de mando.

—Gina… —suspiró.

—Sabes que me gusta. ¿Además con quién si no voy a bailar? Hace meses que no nos vemos y este viaje va a ser realmente rápido.

Mari miró a Luca y en su rostro se dibujó una sonrisa reacia al ver su necia expresión. Había sonreído más ese día de lo que podía recordar en mucho tiempo. Ver a Luca sometido a su hermana era divertido. Se había acostumbrado tanto a verlo dar órdenes que estaba encantada de que supiera satisfacer a su hermana.

—Ah, la culpabilidad familiar —bromeó Mari—. Da lo mismo la nacionalidad.

—Oh, los italianos somos especialmente versados en eso —dijo Gina—. Vamos, Luca.

Mari los miró deseando tener la misma gracia natural que parecían poseer los Fiori. Había insistido en que bailase con Gina y era divertido verlos. Podía oír la risa de Gina. Era un hombre que podía encandilar. Como le había pasado a ella con la comida en el campo, la cena con Gina había parecido relajarlo. Eso lo hacía aún más atractivo. Se humedeció los labios. Ni en un millón de años habría esperado sentirse atraída físicamente por un hombre. Menos en ese momento, sabiendo que Robert estaba fuera.

Estaba segura de que su madre tenía que saber que estaba en libertad condicional, y por primera vez se preguntó qué estaría haciendo Anne, dónde estaría. Después del juicio ella se había marchado y no había vuelto a mirar atrás. No podía. Pero a pesar de los años de incomunicación entre ellas, estaba claro que su madre había tenido que enfrentarse a lo mismo que ella. Incluso a lo mejor más que ella. Por primera vez en mucho tiempo sintió lástima de su madre.

Sin aliento, Luca y Gina volvieron a la mesa. Gina se sentó, pero Luca se quedó mirando a Mari. Ella forzó una sonrisa, pero supo que era demasiado tarde.

—Mari, ¿bailas? —le tendió una mano.

Mari se quedó mirando la mano. ¿Podría? La situación era inquietantemente parecida a sus cavilaciones anteriores a quedarse dormida en la limusina. Pero en ese momento se enfrentaba a la realidad. Tenía un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que deseaba bailar, pero no confiaba en ser capaz de manejarlo. No cuando sólo pensar en Robert le hacía echarse a temblar. Lo último que quería era que la proximidad de su cuerpo hiciera saltar en ella el pánico. Por una vez no estaba segura de su reacción y dudó.

—Vamos, Mari, baila. Luca es un buen bailarín —Gina miró a su hermano con los ojos entornados—, pero si se atreve a repetirlo, lo negaré.

Mari respiró hondo y con cuidado puso su mano en la de él y se levantó de la silla.

—Supongo que podría bailar una vez.

La llevó a la pista. Sus tacones resonaban en el parqué. La rodeó con los brazos y ella se sintió como en un sueño. El Luca del flirteo había desaparecido y su lugar lo ocupaba un caballero. Parecía saber cómo se sentía ella cuando la tocaban y mantenía una distancia educada. Aun así tenía una mano en su cintura y le agarraba la mano derecha.

Estaba impresionante esa noche, con un traje negro, la corbata perfectamente anudada, el pelo hacia atrás. Una reminiscencia de los años dorados a los que quería devolver al hotel. La canción era lenta, la voz que la interpretaba, suave como el terciopelo.

—Relájate —le susurró él mientras empezaban a mover los pies.

A diferencia de cuando había bailado con Gina, Luca no dijo ni una palabra. Mari tragó, cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Sus cuerpos estaban un poco más cerca y el temblor del suyo no era por temor. Quizá sí, pensó, pero no temor por su seguridad.

Miedo de Luca y de cómo le hacía sentir. Porque le estaba haciendo sentir cosas que nunca había querido sentir. Vulnerabilidad. Anhelo. Deseo de entregarle una parte de ella.

Sus caderas se mecían con las de él y deseó apoyar la mejilla en la chaqueta. La mano de Luca subió un poco por su espalda y notó su calor. Se sintió apreciada.

El aire se le quedó en la garganta. Una vez se había sentido segura y había resultado estar muy equivocada. Por mucho que su corazón le decía que con Luca estaba a salvo, no podía estar segura. No podía correr ese riesgo, no podría sobrevivir otra vez a algo así.

Era muy bueno que fuera sólo una complicación a corto plazo.

—Vamos a dar un paseo —dijo Luca cuando acabó música.

—Pero Gina…

—Gina se ha ido a la cama.

Su voz era cálida y sintió que se le erizaba el vello. Miró la mesa y vio que tenía razón. Estaba vacía.

La tomó de la mano y la llevó hacia las puertas de terraza. Al

salir fuera sintió el frío de la noche de otoño y lo agradeció. Le aclararía la cabeza. Aquello era una locura.

La música enmudeció cuando Luca cerró la puerta tras ellos. Mari se acercó a la barandilla, se apoyó en la balaustrada y miró el valle. La luna se reflejaba en el río.

—¿Por qué se ha ido Gina? Creía que lo estaba pasando bien.

—Creo que ha pensado que querríamos estar solos —dijo él con voz suave.

—Luca, creo que esto no es una buena idea —respondió con voz estrangulada y temblorosa.

—Sé que no lo es.

Mari se dio la vuelta por la respuesta. Que admitiera que era un error lo hacía más tentador. Estaba detrás de ella, muy cerca, alto y fuerte con la fachada del hotel detrás de él.

—¿Entonces qué estamos haciendo?

—Te he traído aquí porque… —hizo una pausa.

—¿Sí? —dijo ella en un susurro.

—Lo siento —se dio la vuelta bruscamente—. Ha sido un error.

Decepcionada, se rodeó con los brazos. Las noches en la terraza eran muy románticas, excepto cuando sólo estaban a unos pocos grados de la helada y se llevaba un vestido de tirantes. Y más cuando el acompañante se alejaba. La sorprendió darse cuenta de que no quería que lo hiciera.

—Tienes frío —y sin dudarlo Luca se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros.

—¿No me habías dicho que Gina tenía hijos y no podría venir? —dijo mirando su camisa blanca a la luz de la luna.

—Así es. Están en casa de nuestro padre con la niñera.

—Entiendo.

—¿Lo entiendes?

—En realidad, no —lo miró con la cabeza inclinada—. Lo que está claro es que tú la quieres. Y ella a ti. Yo… —se quedó callada preguntándose hasta dónde sería seguro contarle—. Me das envidia. No tengo hermanos ni hermanas, ni siquiera una familia.

—¿Dónde está tu familia? ¿Tus padres? —se apoyó en la balaustrada a su lado y miraron juntos las sombras de las montañas.

—No conocí a mi padre. Y no he hablado con mi madre desde hace años.

—¿Tiene eso algo que ver con el miedo que te doy?

Se mordió el labio. No podía mirarlo. No entendería lo de Robert, ni lo de su madre. Además, eso sólo enrarecería las cosas entre ellos. Sus sentimientos podían estar cambiando pero, definitivamente, Luca no estaría interesado en alguien con tanto equipaje. Él tenía un padre y una hermana y todo su negocio se basaba en la familia. Eran de mundos distintos.

—Da lo mismo, Luca.

Enlazó los dedos con los de ella y Mari sintió que se le paraba el corazón. En diez minutos le había dado más ternura y cariño que el que había recibido en toda su vida.

Sería demasiado fácil enamorarse de él.

—¿Y tú qué? Debes de tener una novia… o novias… en algún sitio.

—No.

—Oh, eso está bien. Te gusta ser soltero. ¿Crees de verdad que podrás serlo siempre?

Se apartó de ella y su mandíbula se tensó.

—No creo especialmente en el amor, Mari.

—Ya somos dos —dijo ella con una sonrisa contenida.

La miró con sus ojos profundos y oscuros.

—¿Por qué?

Él se marcharía, pero quizá fuera lo mejor. No tenía por qué

saber su historia, no estará allí lo bastante como para que eso fuera importante.

—Cuando la única persona que debería amarte no lo hace, eso te marca quieras o no. Así que vine aquí y me hice una vida. Es todo lo que tengo, Luca.

—Y crees que yo te lo quitaré.

Ella lo confirmó limitándose a permanecer en silencio mirándolo.

—No lo haré.

—No te dejaré —eso le arrancó un atisbo de sonrisa—. ¿Y tú, Luca? ¿Por qué no crees en el amor?

—Mi madre nos abandonó a todos cuando yo era un muchacho. Oía a Gina llorar antes de dormirse cada noche. Veía la angustia de mi padre, pero él la seguía queriendo. Se divorció de él y llegaron a un acuerdo, pero ni una sola vez fue a ver a Gina, ni a mí. Ni a mi padre. Nos dejó por otra vida.

—¿No la has vuelto a ver?

—Ni una sola vez. Ni siquiera cuando Gina se casó o cuando nacieron sus hijos.

—Lo siento, Luca —le dolió el corazón al pensarlo—. Pero tu padre…

—Hizo un trabajo maravilloso sacándonos adelante y dirigiendo Fiori. Pero en ausencia de ella, Fiori se convirtió en su novia. Mantiene férreamente el control.

—No confía en ti.

—Cree que lo hace.

Luca quería más. Quería algo suyo. Quizá tuvieran más en común de lo que ella había pensado al principio.

—Así que has venido aquí para demostrar algo.

Él asintió. Quedó hipnotizada por el movimiento. Toda la noche se había sentido como despertándose de una pesadilla. Él la había tocado y ella no había brincado asustada. Estaría allí poco tiempo,

pero estar con él ayudaba.

—Jamás querría estar en la posición que estuvo mi padre. No me hace falta un psicoanalista. No confío en el amor, no en el de a largo plazo.

—Así que te contentas con aventuras breves.

—He intentado otra cosa alguna vez y siempre hemos acabado haciéndonos daño los dos. Es mejor así.

—¿Qué pasó?

Luca dudó y ella notó su dolor. Quizá no debería preguntar. Pero un Luca así de abierto… quizá no volvería a suceder. Quería saber. Era algo raro en ella, pero quería saber cosas de él.

—Tuve una historia con una mujer con la que trabajaba. No terminó bien.

—¿Quién terminó con la historia?

—Ella —apretó los labios—. De un modo no oficial y por alguien.

—¿Quieres decir que la encontraste con otro?

—Algo así.

—Ya.

—Es mejor para todo el mundo ser sinceros. Nada de falsas expectativas. ¿No te parece?

Al menos estaban en el mismo momento. Debería haber sido algo reconfortante, pero no lo era. Ni lo más mínimo. Mari no quería una relación, tampoco una aventura, pero había algo dentro de ella que deseaba explorar lo que estaba naciendo entre los dos.

—¿En qué piensas, Mariella Ross, aquí a la luz de la luna?

—¿Qué piensas tú? —dijo ella sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—Pienso en que creo que estoy a punto de cometer un gran error —dijo con voz de seda.

—Luca, no creas… —todas las alarmas sonaron en su cabeza.

—Tranquila, Mari. No estoy interesado en enamorarme. El amor sólo hace que la gente sufra.

Debería haberse sentido aliviada. Eso era lo que ella pensaba exactamente. No entendía por qué se sentía un poco decepcionada.

—En eso estamos de acuerdo.

Ella se apoyó en la balaustrada y cerró los ojos.

—Mari…

Cuando los abrió lo vio justo delante de ella.

—Sé que te han hecho mucho daño —Mari abrió mucho los ojos, pero él continuó—. Puedo verlo. Me di cuenta después de lo del ático. Yo no te haré daño, Mari, te lo prometo.

Levantó una mano y sus dedos desaparecieron bajo el cabello de ella. Mari contuvo la respiración mientras luchaba contra el enorme deseo de apoyar la cabeza en su mano.

—Preciosa Mari. No puedo negar que hay algo entre nosotros. Lo siento. Lo noto en tus ojos. Pero la diferencia es que hemos establecido los límites.

—No puedo acostarme contigo, Luca —dijo casi sin pensarlo.

—Quizá un beso… —dijo con una sonrisa.

Estaban lo bastante cerca como para sólo tener que levantar la barbilla y encontrarse con sus ojos. Era una lucha mantenerlos abiertos mientras le acariciaba el pelo.

—Un beso.

—Seguramente ya habrás besado antes.

Mari tembló por dentro. Sí, pero no mucho tiempo. Nos sin miedo.

—Hace tiempo.

Su rostro estaba tan cerca que notaba el aliento en las mejillas. Agarró las solapas de su chaqueta. Seguramente, si podía darle un

primer beso, todo iría bien.

—Bésame, Mariella.

Sus miradas se encontraron un segundo. La estaba esperando. Él había entendido que le habían hecho daño y le había dejado llevar la iniciativa. Eso no lo esperaba. Estaba acostumbrada a que él diese las órdenes, pero en ese momento le daba el poder y eso lo hacía más irresistible.

Apoyó la cabeza en su mano, alzó el rostro y, con el corazón en la garganta, rozó sus labios.

Por un instante se quedó así, probando. Tenían los ojos abiertos y la conexión entre ambos era tan fuerte que le mecía el corazón. Sus labios eran cálidos, suaves, acogedores. Soltó la chaqueta, apoyó una mano en su corazón y notó los latidos.

Ese sencillo movimiento lo cambió todo. Se le aceleró la respiración y la mano de Luca le inclinó la cabeza mientras separaba los labios. Mari agitó las pestañas. El beso fue profundo pero suave, entregado lentamente a la pasión, capaz de encender el fuego.

Por primera vez desde que había dejado su vida pasada detrás, se lanzó de cabeza y lo rodeó con los brazos. Al momento, todo cambió. Él la atrajo más contra su cuerpo. Su lengua se hundió en su boca y ella languideció. La chaqueta cayó de sus hombros y las manos de él calentaron su piel recorriéndola.

Luca interrumpió el beso y apoyó la frente en la de ella. Mariella salió de su abrazo y de inmediato sintió el frío de la noche.

—Gracias.

—¿Gracias? —repitió él con los ojos brillantes.

Mari dio un paso atrás. Se había dejado llevar por la magia del momento y se había olvidado. Se suponía que tenía que estar asustada. Se suponía que tenía que mantener las distancias. Se suponía que no podía ser vulnerable. No podía… sintió un gemido que subía desde el pecho. No podía permitirse sentir.

—Como tú has dicho, hay una cierta química —alzó la barbilla como retándole a contradecirla.

Él se echó a reír y le acarició una mejilla con los nudillos.

—Eres una mujer fuerte, Mari. Haces justicia al nombre de mi abuela. También era fuerte.

Mari tragó. Tras el beso estaba descubriendo a un Luca completamente nuevo. Se dio la vuelta y apoyó los codos en la balaustrada.

—Me la recuerdas —hizo una pausa—. ¿Por qué no has corregido a Gina cuando te ha llamado por el nombre completo?

—Habría sido un poco grosero. Nos acabamos de conocer.

—Pero no te importó ser grosera conmigo.

—Tú puedes soportarlo.

—Aprecio que seas amable con mi hermana. Por fastidiosa que sea ella.

Mari contuvo la respiración cuando las manos de él se situaron a ambos lados de ella y su cuerpo se acercó.

—Mariella.

Mari abrió mucho los ojos. La forma en que lo había hecho era completamente seductora. Esa noche se parecía demasiado al hombre de sus sueños. Tenía que resistir. Aquello era una locura. Se suponía que debería tener miedo. Sentir repulsión. No podía sentir lo que sentía.

La besó en la nuca y se estremeció. Inclinó la cabeza sin pensar, para dejarle acceso a todo el cuello. Él la rodeó con los brazos.

—Ahora no me has corregido.

—No —dijo en un susurro.

¿Cómo explicarle que lo había pronunciado de un modo distinto?

—Me harías un gran honor si me permitieras utilizar tu nombre completo, Mariella. Era el nombre de una mujer a la que quise mucho y he echado de menos su sonido.

¿Cómo negárselo? Habían ido mucho más allá de la relación laboral y no sabía cómo había sucedido. Sólo sabía que entre ellos había una conexión. Que esa noche habían compartido algo más que

las historias de sus familias. De algún modo, entre el segundo plato y ese momento, había empezado a confiar en él. Tragó, abrió los ojos y se dio la vuelta dentro de su abrazo.

—Lo dices de verdad. No es una pose, ¿no?

—Mi *nonna* era muy especial para mí. Te habría gustado, Mariella. Y tú a ella.

Mari debería haber respondido, pero Luca inclinó la cabeza y la besó dejándola sin palabras.

Capítulo 7

—¿Querías verme, Mari?

Mari levantó la vista mientras Luca se detenía en la puerta de su despacho. El suave sonido de su voz provocó un estremecimiento en su piel. Los íntimos susurros de la noche anterior no eran reales. Los de ese momento, sí.

Lo de la noche anterior había sido una fantasía, pero a la luz del día tenían que volver al trabajo. El héroe de película había desaparecido y el Luca real volvía a ocupar su lugar. Besarlo, por maravilloso que hubiera sido, no dejaba de ser un error.

—Pasa, Luca.

Entró en el despacho. Ésa era la realidad, el Cascade y el trabajo, no ser besaba bajo las estrellas. Luca se sentó frente a ella y cruzó las piernas.

—Siento no haber llegado antes. He desayunado con Gina y no se levanta muy pronto. Si hubiera sabido que herías verme…

—¿Habrías qué? —cerró la carpeta que tenía encima de la mesa.

—Habría estado disponible.

La perturbadora idea de Luca disponible le recorrió las venas. Nadie había hecho nunca de ella una prioridad, pero eso sólo podían ser bonitas palabras.

—Estas aquí ahora. Y como ayer estuvimos fuera, hay muchas cosas de qué ocuparse.

Empezó a hablarle de contratistas y sindicatos mientras él la miraba. Tartamudeó un poco al darse cuenta de que la observaba fijamente. No le estaba prestando atención. No, ¡le estaba prestando demasiada atención!

—Luca, ¿me estás escuchando?

—Intensamente —cuadró un poco los hombros.

—También necesito que le eches un vistazo a estas facturas —le tendió unos papeles—. Estos números no pueden ser correctos.

—Sí, lo son —dijo mirando las facturas—. ¿Qué tienes en la agenda para esta tarde?

Se quedó pálida, ignoró la pregunta y se concentró en los números.

—Míralas otra vez. La coma no puede estar en su sitio.

—Está todo bien, Mari —le devolvió los papeles.

Golpeó la carpeta con el bolígrafo, insegura sobre cómo seguir. Seguramente él se daría cuenta de que era una locura gastarse todo ese dinero además del que llevaban gastado. Había visto la factura de las nuevas cortinas del Athabasca y casi se había desmayado. Y después eso…

—Esto no es lo que habíamos presupuestado. ¡Y ya te pasaste en el presupuesto de las cortinas más del treinta por ciento!

—Era un precio estupendo para un tejido de calidad excepcional. Gina lo encontró y…

—¿Gina? —dejó de jugar con el bolígrafo.

Tenía que enfrentarse a dos Fiori. No podría con los dos a la vez. Respiró hondo.

—Te dije que era insistente —una sonrisa apareció en la comisura de sus labios y le tocó una mano.

Trataba de encandilarla y de que olvidara todo lo que habían planeado para el Cascade. Ya lo había hecho más de una vez, pero esa vez no le iba a funcionar.

Habían trazado unos planes. Un plan para mejorar hotel mientras que cuidaban al personal. Le iba a costar mantenerlo, sobre todo si la seguía mirando así.

Le apartó un mechón de cabello del rostro.

—Luca, no podemos permitirnos esas cortinas, mucho menos lo del *spa*. Tus planes hablan de incorporar otro espacio a la ampliación del *spa*. ¿Hace falta que te diga lo cara que va a resultar esa reforma? Pero esto… esto es exorbitante. Es criminal.

—Te aseguro que no —siguió igual de frío—. Éste no es un hotel de tercera, Mariella. Es un hotel de clase mundial. Eso significa que

tiene que tener lo mejor —bajó la barbilla y la taladró con la mirada —. Fiori siempre elige lo mejor.

—Tiene que haber algún modo de recortar estos gastos. Prometiste que no habría cierres ni despidos. Con algo de esta magnitud… no podrás evitarlo. El dinero tiene que salir de algún sitio.

—¿No podré? —sonrió—. Oh, Mari, eso parece un desafío. Y me gustan los desafíos.

Sintió que el corazón se le salía del pecho, pero entornó los ojos. No hacía falta que dijera que la consideraba a ella un desafío. Y eso no le gustaba, ni un poquito. Había sido un desafío para Robert, lo había entendido después. Había sido libre e independiente y sabía el reto que había sido para su padrastro domesticarla. Y lo había logrado una buena temporada.

Pero la noche anterior se había demostrado que su poder sobre ella no era absoluto. Había gozado de las caricias de Luca. Había vuelto a la vida bajo sus manos y dado la bienvenida a sus besos. Y eso le había hecho sentirse poderosa, pero no quería ser un reto para Luca.

El problema era que quería confiar en él. Además, la mayor parte del personal estaba feliz con él. Incluso cuando les había dicho que si querían quedarse tendrían que hacer diferentes trabajos, habían recibido la noticia con entusiasmo. Nadie había perdido su empleo. De hecho, el hotel funcionaba realmente bien.

Miró su boca y recordó los besos de la noche anterior. Por una vez, en esos momentos entre los brazos de Luca había olvidado que Robert Langston había existido. Y había sido una constante los últimos veinte años, presente o no. Por una vez se había sentido cómoda y protegida y no conformada por lo que le había sucedido anteriormente. El mundo se había abierto ante ella cuando había rodeado a Luca con los brazos. Y había sido estimulante y aterrador.

A la luz del día parecía imposible. Nada había cambiado en realidad. Robert seguía ahí fuera y nada podía cambiar lo que le había hecho a ella, ni a su madre. Luca se marcharía en unas semanas y su objetivo tenía que ser el hotel. ¿No era eso lo que había dicho él?

—No es un desafío, es un hecho —apoyó el argumento con números—. Sólo esta factura es de más de cien mil dólares.

—Y cada usuario del *spa* se sentirá como uno entre un millón.

—Lo dudo.

—¿Has pasado alguna vez un día en un *spa*, Mariella?

—Me he puesto una mascarilla facial y hecho la pedicura —una vez al llegar allí.

—No, no de esa clase. Me refiero a pasar un día entero. Te dan masaje y te sacan brillo de la cabeza a los pies, así que cuando sales parece que tienes un cuerpo nuevo.

Negó con la cabeza.

—Deberías hacerlo. Hablaré con Gina.

Otra vez Gina.

Se estaban perdiendo, había vuelto a cambiar el tema de la conversación y tenía que retomarlo.

—No tengo tiempo para un día de *spa*.

—Pero si fueras con Gina, me la quitarías de encima.

—Y yo también desaparecería —alzó las cejas y lo miró—. Has hecho estos cambios sin consultarme.

—Soy el propietario.

Mari se sintió segura al ver que volvían al tema del hotel.

—De eso ya soy consciente —sonrió con frialdad—. Tengo que revisar estos números otra vez si, como dices, son correctos. Encontrar algún modo de recortar costes por algún sitio —no añadió que lo culpaba a él del trabajo extra, no era necesario.

—Mariella, te vas a preocupar demasiado. Tómate el día. Disfrútalo —le agarró una mano—. No eres buena para mí ni para los trabajadores si estás estresada.

Se quedó sin palabras. No parecía una crítica, lo decía sinceramente. Parecía que ella le importara. Era tan difícil resistirse cuando era así…

Pero estaba allí para trabajar, aunque eso no resolviera nada. En todo caso, complicaba más las cosas. Hacía que se vieran con frecuencia durante el día. Le recordaba cuánto se había perdido entre

sus brazos la noche anterior. Le recordaba cuánto deseaba confiar en alguien, tener alguien 1ue llenara ese vacío al que se había acostumbrado.

Luca vio su rostro cambiar, vio ese atisbo de vulnerabilidad que ella trataba de mantener oculto. Reconoció la mirada. Gina la había tenido, menos en ese momento que tenía su propia familia, pero se la había visto de pequeña. En esos días nunca había visto a Mariella con amigos, nunca hablaba de su familia. Era la persona más solaque había conocido. Y algo le decía que lo era a propósito. Sería bueno para ella pasar un día con Gina. Además, se quitaría de encima a las dos y trabajaría en paz unas horas.

—Quiero hacerlo por ti, Mariella. Quiero que te tomes el resto de la mañana y te des un masaje o lo que te apetezca —le besó el dorso de la mano.

Fue un error. El aroma de su piel le recordó la noche anterior. Tuvo sobre él más efecto del que esperaba. Sería demasiado fácil cuidar de Mari, que le importara demasiado. Ella parecía necesitarlo, pero él no era el indicado para dárselo. Se marcharía. Ella era diferente. Sabía que no era la clase de mujer con la que tener una aventura. Y él no le iba a dar nada más.

Le soltó la mano y caminó hasta la puerta. Desde allí le dijo:

—Si pudieras estar de vuelta a las dos y media, sería perfecto. He concertado citas en unas galerías de arte.

Cerró la puerta tras de él. Mari jamás debería saber la atracción que sentía por ella. Lo complicaría todo y en ese momento necesitaba que todo fuera sencillo.

A las dos y media se reunió con Luca en el vestíbulo.

—¿No viene Gina? —se había separado de ella después de un masaje con piedras calientes y se había ido a trabajar a su despacho.

—Gina me ha pedido que la disculpes. Charlie se la ha llevado a Calgary para tomar un vuelo a casa —dijo Luca.

—¿Ha sucedido algo? ¿Tu padre?

—¿Por qué preguntas por mi padre? —frunció el ceño.

—Habías dicho que los niños se quedaban con él.

—No, no es mi padre. Creo más bien que es algo en ella y Angelo, pero no me lo ha dicho.

—Lo siento.

Luca sonrió, aunque seguía preocupado. ¿Cuánto tiempo llevaba cargando con el peso de su familia? Luca se sentía responsable. Se ocultaba bajo una fachada de *playboy*, pero por cómo hablaba de su padre y de su hermana, estaba segura de que se sentía responsable de ellos.

—No nos preocupemos ahora de eso. Estás estupenda. Es evidente que te hacía falta el *spa*.

Mari se llevó la mano al pelo para alisárselo, pero se detuvo. Había sido maravilloso. El estrés se había derretido con el calor de las piedras.

—Gracias.

Aunque sabía que los días de *spa* y compras serían algo a lo que no se acostumbraría. Era Mari Ross, de un pueblo de Ontario. Luca era un Fiori de *Fiori Resorts*. Era comprensible que lo hubiera encontrado seductor, pero también le recordaba que sería algo temporal. Esas cosas sencillamente no duraban.

Cuando llegaron al coche, él le dio un beso en la sien.

—Estás radiante —le murmuró al oído.

El lugar donde la había besado ardía. Él actuaba como si hicieran esas cosas todos los días. Y la sensación de cuento de hadas de la noche anterior volvió.

—Es el tratamiento facial —replicó cortante poniéndose el cinturón.

Empezaron por una galería pequeña en Banff Avenue. Mari examinó cada pieza, desde las esculturas en esteatita hasta las pinturas. Mientras seguía el recorrido, se sentía como llevada por un torbellino, sólo que cada vez que se daba la vuelta, Luca estaba unos pasos por detrás de ella. Siempre pendiente de ella. Con un tono para

los galeristas y uno mucho más suave e íntimo para ella. Era difícil ignorarlo. Incluso aunque hubiera querido hacerlo.

La compra terminó y se llevaron algunos objetos pequeños. Cuando sintió la mano de Luca sobre el hombro, dio un asalto por el contacto.

—¿Nerviosa?

Si él supiera… No estaba segura de que fuera capaz de acostumbrarse alguna vez a movimientos súbitos como ése, incluso aunque fuese Luca quien los hacía.

—No te había visto detrás.

—Es maravilloso. La sombra te vuelve los ojos grises.

—Normalmente tengo los ojos de un azul ordinario.

Se dio la vuelta para mirarlo esperando verlo sonreír, pero la estaba mirando fijamente con expresión sombría.

—Tus ojos, Mariella, son cualquier cosa menos ordinarios —murmuró y la besó en los labios.

Ella le agarró el brazo. Sus labios eran suaves. Luca se separó lentamente. Mari recordó de un modo borroso que estaban en medio de una tienda, pero todo desapareció cuando se movió unos centímetros para volver a besarlo. Cerró los ojos y Luca le agarró la mejilla con la mano que tenía libre. La ternura del gesto le hizo desear echarse a llorar.

No se había dado cuenta, no había pensado que la ausencia de afectividad había dejado en ella un vacío enorme. No había querido el contacto, la ternura, ni siquiera la amabilidad. No había querido ser vulnerable. Aún no quería, pero cuando él la tocaba de ese modo y la besaba así, como si fuera algo precioso, anhelaba más. Como la lluvia suave tras una larga sequía.

Luca interrumpió el beso cuando fuera sonó el claxon de un coche.

—Luca —susurró ella.

Había ido con él para ver lo que compraba. Para asegurarse de que no gastaba mucho.

Sólo que había fracasado. Le había permitido entrar y… ¡Dios! Las alarmas saltaron. Sentía algo por él. ¡Ella no tenía sentimientos! Tenía que mantener así las cosas. Luca no estaba realmente interesado en ella, no era su tipo de mujer. Lo sabía. Por suerte, uno de los dos pensaba racionalmente.

Aun así la idea de que Luca no estuviera interesado en ella le producía una profunda decepción. ¿Cómo podía ser cuando se suponía que era lo que ella quería? No quería estar más unida a él, ¿verdad? Lo miró con los ojos llenos de confusión.

Y lo que la conmocionó fue que en los de él vio lo mismo. No dijo nada, pero ella lo supo.

—Aquí tienen —dijo el vendedor entregándoles unas bolsas—. El resto lo enviaremos al hotel.

Mari se dio la vuelta y se apoyó en Luca, que la rodeó con un brazo por la cintura. Deseó pedirle que no fuera tan dulce con ella. Y oyó cómo le respondía sin palabras: «Déjame entrar».

Salieron de la tienda y fueron a la siguiente andando. Mientras él le sujetaba la puerta, murmuró:

—Seguramente no es muy buena idea dejar que vuelva a suceder.

—¿No? —preguntó ella entrando en la tienda.

—Eres la directora y, yo, el propietario. No será bueno para nuestra imagen.

Mari casi se echó a reír. ¿Luca preocupado por las apariencias? Era él quien recorría el hotel en vaqueros y no con traje. Era él quien salía en las revistas cada vez con una mujer.

—Te recuerdo que tú me has besado.

—Creía que me habías devuelto el beso.

Algo se había liberado en el interior de Mari en esos días. En lugar de arredrarse, dijo:

—Esa no es la cuestión ahora.

—Fiori tiene una imagen que mantener, Mariella.

—¿Quién eres y qué has hecho con Luca?

Él sonrió en respuesta. Mari avanzó hacia el interior de la tienda. Se sentía secretamente agradada porque él quisiera poner en el hotel obras de artistas locales. Serían parte del Cascade. Estaba empezando a verlo. Ese lugar era distinto a cualquier otro lugar en la Tierra.

Encontró unas tallas que le interesaron y, cuando alzo la vista, vio que Luca había seguido adelante. Lo miró a hurtadillas; tenía las manos en los bolsillos y contemplaba las pinturas. Suspiró. Era tan… todo… No se disculpaba por serlo. La seguridad en sí mismo lo hacía atractivo. Había sido moldeado cuando su madre lo había abandonado. Ya sabía quién era. Le daba envidia. Cuando llegó hasta él no la miró, simplemente dijo:

—Hay algunas piezas interesantes aquí.

Por un instante se preguntó lo que costaría añadir arte original al hotel, pero abandonó la idea de inmediato. ¿Cómo iba a preocuparse por unos dólares si ella había derrochado dinero en sí misma esa mañana?

—Nunca había estado aquí.

—¿No te gusta el arte? —se dio la vuelta y la miró.

—No le he dedicado mucho tiempo.

Luca volvió a mirar la pintura que tenía delante. Ella dejó las bolsas en un banco. Era verdad. No había tenido tiempo para cosas como el arte. En la anterior galería se había limitado a seguirlo a él. Ella tenía necesidades más inmediatas, preocupaciones que presionaban más. Como rehacer su vida. Seguir adelante en lugar de quedarse paralizada por el miedo.

Y lo había hecho bastante bien hasta esa llamada de teléfono, en la que le habían dicho que Robert había cumplido su condena. Había pagado su deuda con la sociedad. ¿Qué pasaba con su deuda con ella? ¿Con su madre? ¿Dónde estaba en ese momento? Podía repetir una y otra vez que había rehecho su vida, pero lo único que había hecho había sido huir. Huir y fingir. Ni siquiera sabía dónde estaba su madre, si también había huido, si estaba bien. Llevaba años diciéndose que no importaba, pero con Robert fuera de la cárcel, había vuelto a pensar en su única pariente viva. Luca no sabía nada de eso. Ni tenía por qué. No podría contárselo.

—¿Estás bien?

—¿Perdón?

—Mariella, estás pálida como un fantasma. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Enséñame las pinturas que te gustan —respondió, obligándose a dejar de pensar en su padrastro.

La tomó de la mano y le enseñó las que más le gustaban. Ella asintió y comentó algunas cosas.

Las pinturas que le gustaban eran preciosas. Casi todo eran paisajes con las Rocosas como tema.

—Las que quieras me parecerán bien.

—¿No tienes opinión? ¿No vas a sacar la calculadora y obligarme a hacer un presupuesto?

—Vas a hacer lo que te dé la gana igualmente. ¿Para qué discutir?

—Porque es lo que se me da mejor.

—No quiero discutir. Las pinturas me parecen bien. Son muy bonitas.

—Per… —se acercó más a ella—, ¿cómo te hacen sentir?

—Luca, son óleos sobre lienzo —no quería hablar de sentimientos.

Ese día se había sentido como si fuera la chica que siempre había querido ser. Hacer lo que quería, comprar lo que quería, sentir lo que quería. Y nadie la castigaba por ello. Se había tomado una mañana libre y nadie se lo había recriminado. Después había vuelto a la realidad. Luca podía hacerle olvidar, pero aterrizar luego era muy duro.

—Sí, y el Cascade es un montón de piedras en la ladera de una colina. Hasta tú sabes decir algo mejor que eso.

—Me temo que no soy muy aficionada al arte.

—No tienes que serlo para tener sentimientos, Mari.

—¡Por supuesto que tengo sentimientos! —afirmó rotunda.

Se dio la vuelta avergonzada. Ya no sabía quién era. Él la seguía presionando, exigiéndole cosas, pero ella no se sentía preparada para enfrentarse a todas.

—Mira éstas —dijo él—. Dime lo que sientes. Deja que te hablen.

Con un suspiro se puso delante de los cuadros. Cuando se ponía así era imposible pararlo.

No eran paisajes. Eran cuadros muy distintos, colores e impresiones. Pasó por delante sin sentir ninguna conexión. Deseando sólo volver al hotel. Estaba cansada, estaba agotada. Todo el día había sido especial, pero tenía dudas de que él entendiera lo mucho que había significado para ella. Se había sentido parte de algo, algo basado en una mentira.

Entonces volvió la vista y lo vio. Brochazos azules con un núcleo rojo brillante que explotaba en millones de gotas.

No tenía sentido, pero le dijo algo y se acercó levantando la mano, pero sin llegar a tocarlo.

—¿Mari?

Ignoró su voz, pero sabiendo que él estaba allí. Había algo dentro de ella que Luca había liberado. Y estaba en ese óleo sobre lienzo mirándola. No podía explicar por qué, pero sabía que ese cuadro tenía que ser suyo.

Capítulo 8

—Te gusta.

Ella asintió sin apartar los ojos de la pintura.

—No sé por qué… no es nada.

—Pero… —la interrumpió él.

—Pero me dice algo —lo miró por encima del hombro—. No sé decirte qué es. Sólo sé que me siento conectada de algún modo —volvió a mirar al cuadro.

—Así que mi Mari primero siente y después piensa. Estoy sorprendido —sus palabras, su aliento, le acariciaban la piel detrás de la oreja.

Sintió calor cuando la llamó «mi Mari». Le hacía sentirse protegida. Recordó cómo había descrito la vista desde su habitación ese primer día. Libertad. ¿Se había sentido ella libre alguna vez en su vida? ¿Como si a la vuelta de cada esquina hubiera una puerta abierta?

¿La había cambiado tanto Luca? ¿Cómo había podido burlar tan fácilmente todas sus defensas?

—¿Sorprendido? ¿Pensabas que no tenía sentimientos, Luca? —había ocultado tanto esos sentimientos…

Pensaba que mostrarlos le daba poder a la gente sobre ella. Era mejor pensar y esperar. Había pensado mucho en Luca y lo había dejado acercarse poco a poco a pesar de las reservas. No podía evitarlo, lo mismo que no podía decir qué era lo que la atraía de la pintura.

—Por supuesto que no —le colocó un mechón detrás de la oreja—. Simplemente, me preguntaba qué los haría salir.

Mari se detuvo un momento, pero se estaba haciendo más atrevida. Tratar con él a diario lo había provocado. Había aprendido a confiar un poco en él. Y sí, la volvía loca cuando andaba dando órdenes por ahí, pero también le tocaba el corazón cuando era amable con ella, como si ya conociese sus secretos.

Después de años de planear cada momento, cada aspecto de su vida, su habilidad para abrir el envoltorio era excitante. Deseaba que la volviera a besar como había hecho en la terraza. Como había hecho unos minutos antes. Lo miró a los ojos y dijo:

—¿Qué pasaría si te dijera que has sido tú?

—Dime por qué esta pintura —dejó de mirarla para mirar el cuadro.

Volvió a mirarlo con el corazón desbocado. Había pasado el momento, pero no eran imaginaciones suyas la conexión entre ambos. No estaba segura de por qué esa pintura en particular. No era un cuadro de nada en concreto, sólo color.

—Es paz —murmuró acercándose más. Sin pensarlo le tomó la mano—. Es tranquilidad y satisfacción y un corazón que late —lo miraba y sentía dolor, esperanza, algo que había abandonado hacía muchos años.

La esperanza tenía que ver con el futuro y ella vivía día a día. Luca pensaría que era una tontería, así que se lo guardó y no dijo nada.

Luca sonrió. La había llamado «mi Mari» sin pensarlo y le conmocionaba darse cuenta de que pensaba en ella de ese modo. Había querido compartir el arte con ella, pero las cosas se habían acelerado. El modo en que ella lo había mirado, cómo le había respondido, había hecho sonar dentro de él todas las alarmas. Era culpa suya. Había ignorado las señales y se había dicho que no lo esta afectando tanto. Porque se había propuesto que fuese así.

Él era partidario de las aventuras ocasionales, pero nada en sus sentimientos hacia Mari era sencillo o casual. Era algo con lo que no había contado. Habría sido un mentiroso si no hubiera admitido que había buscado una excusa para verla ese día. El beso de la noche anterior lo había afectado más de lo esperado. Y le alegraba saber que a ella también.

Había cambiado algo. Había algo más que el disfrute de su compañía. Había una conexión con ella que no había previsto. Se había dado cuenta cuando ella había reaccionado ante la pintura. Y cuando después se habían encontrado sus miradas. Y cuando la había besado antes esa tarde.

—Ése es el significado del arte, Mari. No tiene que tener sentido.

Sólo tiene que significar algo.

Se acercó al cuadro y miró el precio.

—Es una locura.

Luca miró la etiqueta. No era desorbitado, pero recordó que él estaba acostumbrado al dinero de su familia. Para alguien en la situación de Mari imaginó que sería muy diferente.

—Piensa en la reacción que ha suscitado en ti y después trata de cuantificarla. ¿Puedes ponerle precio a eso?

—Puedo y lo hago —sonrió mientras miraba con deseo el lienzo.

Él no pudo evitar echarse a reír. Mari era encantadoramente práctica. Le recordó lo lejos que estaban sus mundos. No era para él. Él no era para ella. Era la clase de mujer que buscaba estabilidad a largo plazo y él viajaba por todo el mundo con su trabajo.

—Puedo permitírmelo si no como el año que viene. Por eso el arte está en los museos y no en los comedores —echó a andar—. Aun así no sé por qué me ha impactado tanto.

—No necesitas saber por qué. Algunas veces, entender le roba toda la magia a algo.

Mari siguió por la pared mirando las demás obras y él la contemplaba. Quizá estuviera haciendo todo demasiado complicado. La atracción no hacía un cuento de hadas. Y era el último en creer en los cuentos de hadas. Ya creía Gina por los dos.

Era lo bastante listo como para saber que Mari no se había enamorado de él. Estaba impresionada por los cambios, por las nuevas experiencias, pero no era tan tonto como para pensar que era él, como ella había dicho. Al final volvería a Italia y seguirían siendo amigos.

La idea no le pareció tan agradable como unas semanas antes. Lo que lo esperaba en casa le pareció poco sugerente. Más que nunca deseó ser libre y tener su propio lugar. Salir de la sombra. Ser Luca, no sólo hijo y hermano.

—¿Has terminado? —preguntó ella volviendo a su lado—. He pensado hacer algo de compra para mí antes de que cierren. Pero si no… puedo quedarme.

Quería que se quedara con él, y no le gustó saberlo. No le gustó saber que había perdido el control de una situación que él mismo había orquestado.

—No, puedes irte, nos vemos mañana.

—¿Seguro?

Por un impulso repentino la besó en los labios preguntándose por qué demonios sabía a fresa.

—Seguro —sonrió.

—Muy bien. No te olvides de que tenemos una reunión por la mañana con el diseñador de exteriores.

—Allí estaré.

Mari agarró las bolsas y él volvió a mirar la pintura en la que no podía ver un corazón latiendo.

Mari se tomó un momento para mover los hombros y aliviar la tensión. Habían sido días demasiado largos. No había habido más besos y se había dicho a sí misma que era lo mejor, aunque se sintiera decepcionada. Se lo recordaba cada vez que se quedaba mirando su perfecta boca en medio de una reunión.

Unos días antes había entrado donde estaba él hablando por teléfono con Gina. Se había detenido insegura sobre qué hacer, pero Luca le había hecho un gesto para que entrara. Hablaban en italiano un poco tenso, aunque al final el tono se había suavizado.

—Te quiero, Gina. *Ciao*.

—Estás preocupado por ella. ¿Va todo bien?

—Irá —había dicho con una pequeña sonrisa—. Por cierto, te manda saludos.

Su relación de proximidad le hacía desear la familia que nunca había tenido. Ver a Luca con su hermana, bromeando, discutiendo, le hacía anhelarlo.

Por primera vez se sentía libre de ser ella misma. Luca no tenía expectativas sobre ella y eso era liberador. Sonreía como si la sonrisa fuera sólo para ella. Sus besos le habían quitado el aliento. Aunque sabía que era una imprudencia, deseaba que volviera a besarla.

El argumento decisivo había sido la llegada de una entrega el sábado por la mañana.

Había abierto el paquete y había admirado la pintura que la había cautivado en la galería. Que se hubiese gastado tanto dinero en un regalo para ella lo decía todo. No hacía falta una nota, pero había una:

Cuando le habla a tu corazón, sabes que es el bueno.

Nadie le había hecho nunca un regalo así. Y no era por el dinero. Sabía que esa cantidad no era nada para Luca. Y tampoco había sido por las apariencias; si hubiera querido impresionarla, le habría regalado joyas. Aquello era algo más personal. Era perfecto.

Sin embargo, aún no se lo había agradecido. El sábado había dejado paso al domingo y había pasado el día limpiando y haciendo la compra. No se había dado cuenta de cómo estaba la nevera, pero sí de que el comedero de Tommy estaba vacío. Era lunes y la oportunidad no había surgido. No estaba segura de lo que le diría. Lo había visto de pasada esa mañana, caminando por el vestíbulo, y el corazón le había dado un salto. Se estaba enamorando de él. No había querido una relación, pero no podía evitar sus sentimientos. Veía demasiadas cosas en Luca que querer. Al principio se había hecho una imagen errónea de él. La verdad era otra: era un jefe consciente y preocupado que trabajaba duro y extremadamente capaz. No era el irresponsable *playboy* que había esperado. Nada parecido.

Si le daba las gracias por el cuadro en ese momento, lo más probable era que quedara como una tonta y dijera algo demasiado sentimental. Tenía que mantener la cabeza clara. Pronto se habría marchado, ella superaría sus sentimientos. Estaría bien. Vería esos días como un tiempo bonito.

Entró en el vestíbulo y recorrió con la mirada los cambios que avanzaban. Sólo estaba operativa la mitad de su superficie y la otra mitad se estaba reformando. Se preguntó si no habría sido mejor cerrar el hotel unos meses, pero el personal estaba haciendo un trabajo fantástico. Más de uno le había dicho que estaba encantado de

participar en todo aquello. Y tenía que admitir que Luca tenía razón. Era bueno en su trabajo. El hotel iba a quedar impresionante.

Se dio la vuelta y vio en el mostrador de recepción a un hombre. Algo en él la puso nerviosa. No sabía por qué, pero se sintió incómoda. Colleen, que atendía la recepción, tenía una sonrisa en los labios, pero se dio cuenta de que era forzada. El hombre hacía gestos con las manos y; Mari lo oyó alzar la voz por encima del ruido de la obra.

Era su trabajo manejar esa clase de situaciones por desagradables que fueran. Cuadró los hombros, puso su mejor sonrisa y se acercó al mostrador.

—Buenas tardes y bienvenido al *Fiori Cascade*. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Buenas tardes, señorita Ross —dijo Colleen—. Le explicaba al señor Reilly que hemos cambiado su reserva a una habitación de la tercera planta debido a las reformas.

—Le estaba diciendo —dijo el señor Reilly sin apaciguarse—, que ese arreglo es completamente inaceptable.

Mari apretó los dientes. El hombre le había dado la espalda a Colleen de un modo grosero. Era trabajo suyo suavizar a los clientes ásperos.

—Soy la directora, quizá pueda servir de ayuda. ¿Qué habitación había reservado?

—La *Primrose* —dijo Colleen por encima del hombro del cliente.

La *Primrose* era una de sus mejores habitaciones, pero no existía en ese momento.

—Me temo que la habitación que reservó está siendo sometida a una profunda reforma. Para compensarlo, señor Reilly, podemos acomodarlo en una *suite* de ejecutivo de la tercera plata sin coste adicional. Estoy segura de que encontrará la habitación muy satisfactoria. Es mucho más grande…

—Reservé esa habitación hace tres meses y ocuparé esa habitación —la interrumpió cortante—. No quiero una *suite*, quiero la *Primrose*.

Mari respiró hondo. Todo en Reilly hacía de detonador en ella:

su grosería, su tono autoritario, el modo beligerante de hablar…

—Lo siento, pero es imposible, esa habitación es parte del proceso de modernización —sonrió apelando a su sentido común—. En este momento está llena de tablas y herramientas. Como directora le presento mis disculpas y estaremos encantados de ofrecerle otra habitación con desayuno incluido. Se lo aseguro, señor Reilly, nuestras *suites* de ejecutivo son impresionantes —su voz sonaba cálida y confiada, pero por dentro temblaba.

Trató de recordar los ejercicios que le habían enseñado en la terapia. Iban en contra de todo lo que había aprendido de pequeña. Miró por encima del hombre a Colleen.

—¿Te ocupas de todo, Colleen?

—Sí, señorita Ross.

Mari sonrió y se alejó un par de pasos.

—Si cree que eso es bastante, se equivoca, señoritinga ¡No se marche así!

Una pesada mano la agarró de la muñeca haciéndole daño. Mari gritó y se encogió de miedo antes de poder pensar. Cerró los ojos esperando lo que vendría después. El sonido del gemido de conmoción de Colleen vibró dentro de ella. Se tranquilizó. Sólo era peor cuando mostraba dolor o temor.

—¿Hay algún problema?

Mari alzó la vista, vio a Luca y deseó echarse a llorar de agradecimiento. Luca tenía los ojos sombríos de furia y miró como un ángel vengador al hombre que la agarraba. No se había alegrado más en toda su vida de ver a alguien.

—Nada que no pueda manejar —dijo el hombre desdeñoso dando un tirón de la muñeca.

Mari no pudo reprimir un gesto de dolor y al instante, un músculo se tensó en la mandíbula de Luca.

—Le sugiero enérgicamente que suelte el brazo de la dama —dijo las palabras con suavidad, pero en un tono de una dureza innegable. Como Reilly no la soltó de inmediato, añadió—: Mientras aún pueda.

—Sólo hemos tenido un pequeño desacuerdo —respondió el hombre, decepcionado por tener que soltar a Mari.

Una vez libre, Mari se frotó la muñeca con la otra mano. Sabía que debería decir algo, pero las palabras no le salían. Se quedó muda mirando a Luca.

—¿Estás bien, Mari? —preguntó Luca dejando de mirar un momento al hombre.

Parecía sinceramente preocupado. Luca jamás permitiría que le sucediese nada. Ella asintió y respiró hondo para calmarse. Lo único que deseaba era que Reilly desapareciera.

—Quizá yo pueda ayudarlo —sugirió Luca, tenso y con tono envenenado.

Mari contuvo la respiración con la esperanza de que Luca no recurriera a la violencia. Provocar una escena era lo que deseaba ese hombre, conocía a los de su clase, los que querían provocar peleas, quienes pensaban que la fuerza física lo resolvía todo.

—¿Y quién es usted?

—Luca Fiori, dueño del hotel.

—Señor Fiori —dijo Reilly con una repentina sonrisa—, creo que quizá debería enseñar a su personal el principio de que el cliente siempre tiene la razón. Reservé la habitación *Primrose* hace meses y ahora me mandan a una del tercer piso.

Mari habló por primera vez. Alzó la barbilla y deseó que la voz no le saliera temblorosa.

—He cambiado al señor Reilly a una *suite* del tercer piso.

—El *Fiori Cascade* siente mucho las molestias, como estoy seguro de que le habrá dejado claro nuestra directora, la señorita Ross —Reilly abrió la boca para decir algo, pero Luca no le dejó—. Sin embargo, no toleramos los abusos de ninguna clase con nuestro personal. Ella le había reservado generosamente una de nuestras *suites* más exclusivas que estoy seguro de que encontrará más que satisfactoria.

—Le aseguro que no —miró a Mari.

Mari bajó la vista. No quería desafiarlo de ningún modo. Luca le iba permitir quedarse. Era lo más inteligente desde el punto de vista del negocio, pero no pudo evitar sentirse decepcionada. No quiso levantar la vista.

Si él tenía que pensar que había ganado, estaba bien. Era mejor que la alternativa.

Luca vio la mirada de Mari fija en el suelo. Seguía asustada. Recordó un instante su vibración, su risa la noche que habían bailado juntos. Ningún hombre, cliente o no, tenía derecho a amedrentarla. A usar la fuerza contra ella.

—Acabo de darme cuenta, señor Reilly. Lo sentimos muchísimo, pero el Cascade no tiene ninguna habitación vacía en este momento. Estoy seguro de que podrá encontrar alojamiento en cualquiera de los estupendos establecimientos de Banff. Por favor, salga de aquí.

—¡Y un cuerno! ¡Voy a hacer que en las oficinas centrales se enteren de esto!

Su intento de resolver la situación había fallado y Luca sabía que no podía tener a alguien así alojado en el hotel. Esa situación tenía que terminar ya. Si hacía algo así en un vestíbulo, ¿qué podría hacer en una habitación con una camarera? Tenía la obligación de proteger a su personal. Un deber con Mari.

—Por favor, hágalo. Estoy seguro de que mi asistente enviará su queja con la máxima celeridad.

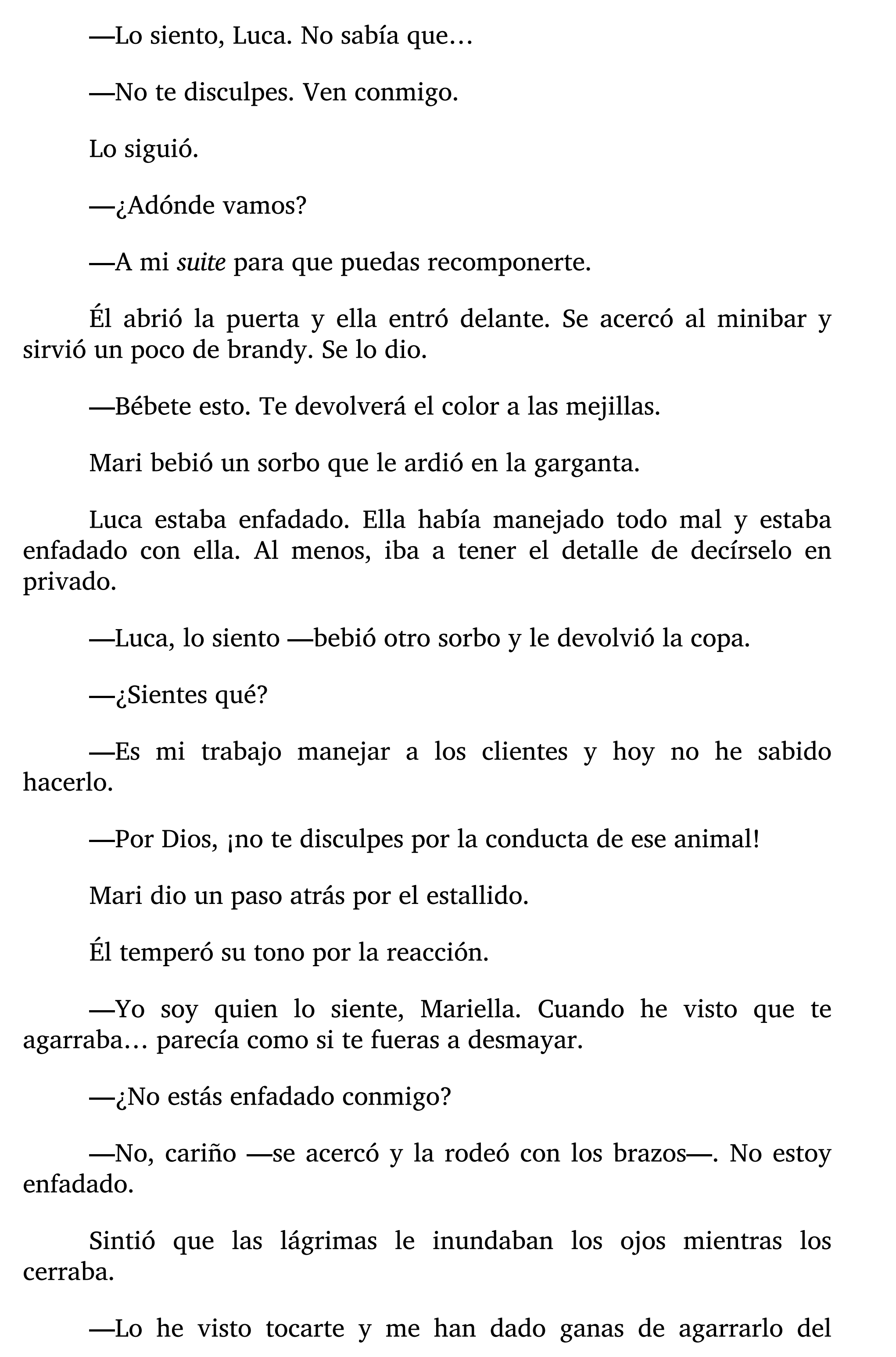
—Hijo de…

Luca lo interrumpió. Cualquier pretensión de ser amigable había desaparecido.

—Estoy seguro de que las autoridades locales estarán encantadas de proporcionarle transporte si no dispone del suyo propio —hizo un gesto con los dedos sobre la pierna sabiendo que dos personas de seguridad del hotel se presentarían en segundos.

Habría preferido no tener que recurrir a la policía, pero todo tenía un límite.

Reilly cuadró los hombros, recogió su maleta del suelo y salió del vestíbulo jurando.



Mari lo miró con el rostro aún demudado.

—Lo siento, Luca. No sabía que…

—No te disculpes. Ven conmigo.

Lo siguió.

—¿Adónde vamos?

—A mi *suite* para que puedas recomponerte.

Él abrió la puerta y ella entró delante. Se acercó al minibar y sirvió un poco de brandy. Se lo dio.

—Bébete esto. Te devolverá el color a las mejillas.

Mari bebió un sorbo que le ardió en la garganta.

Luca estaba enfadado. Ella había manejado todo mal y estaba enfadado con ella. Al menos, iba a tener el detalle de decírselo en privado.

—Luca, lo siento —bebió otro sorbo y le devolvió la copa.

—¿Sientes qué?

—Es mi trabajo manejar a los clientes y hoy no he sabido hacerlo.

—Por Dios, ¡no te disculpes por la conducta de ese animal!

Mari dio un paso atrás por el estallido.

Él temperó su tono por la reacción.

—Yo soy quien lo siente, Mariella. Cuando he visto que te agarraba… parecía como si te fueras a desmayar.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No, cariño —se acercó y la rodeó con los brazos—. No estoy enfadado.

Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos mientras los cerraba.

—Lo he visto tocarte y me han dado ganas de agarrarlo del

cuello y sacarlo a la calle —le dijo al oído—. Pero ése no es el estilo Fiori. Al menos, no el de los hoteles. Fiori es clase y elegancia, no peleas en el vestíbulo. Aunque se lo mereciera.

—Me alegro de que no lo hicieras. Yo… odio la violencia. Pero tenía miedo, Luca. Mucho miedo.

—Me he dado cuenta y he tenido que contenerme.

Salió de entre sus brazos.

—Puedes pensar que has sido amable, pero he visto la mirada furiosa en tus ojos. Oh, Luca, me he alegrado tanto de verte… Sabía que no permitirías que me pasase nada.

—No dejaré que te hagan daño —le pasó un dedo por la mejilla.

—Pero sé que hombres como Reilly pueden hacerlo —empezó a temblar.

Mari sintió los temblores en su interior y fue incapaz de controlarlos. Se quedó fría y de repente no podía respirar.

—¡*Porco mondo*!

Apenas registró la exclamación de Luca mientras él le agarraba los brazos y la llevaba hasta el sofá. Le dijo algo en italiano. La respiración se le aceleró y empezó a ver puntos grises.

—¡Maldita sea! ¡Mari, pon la cabeza entre las piernas! —ordenó mientras le empujaba la cabeza. Ella cerró los ojos—. Respira, cariño —su voz se volvió suave y ella se concentró en respirar.

Reilly se había ido. Robert se había ido. Nadie le haría daño.

Si se lo repetía muchas veces, quizá llegara a creerlo.

En unos minutos recuperó el control. Las sacudidas la habían atacado tan rápido y fuerte que no le había dada tiempo a prepararse. Las había sufrido con frecuencia hacía tiempo. Había bajado la guardia desde que pasaba los días con Luca. Estaba a salvo con él. Se ocupaba de ella y saberlo le hacía sentir ganas de echarse a llorar. Siempre había estado sola. Esa vez no, estaba Luca.

—Pensaba que ibas a pegarle —murmuró abrazada a las rodillas.

—Y he tenido ganas cuando le he visto tocarte. Pero muchas

veces hay mejores maneras de solucionar las cosas que con los puños. Ahora se ha marchado y no volverá. A ningún hotel Fiori. Me aseguraré de ello.

No podía saber lo mucho que esas palabras significaban para ella.

El calor de su cuerpo desapareció un momento y lo oyó trastear en el bar. Cuando volvió le puso un vaso de agua en la mano.

—Esto funcionará mejor que el brandy —sugirió tranquilo mientras ella agarraba el vaso.

Bebió un buen sorbo y se preguntó qué podía contarle para que entendiera. Que entendiera por qué había reaccionado así y lo mucho que significaba para ella tenerlo a su lado.

—Mariella, ¿había algo que pudieras hacer para contentar a Reilly?

—Magia para que la habitación *Primrose* saliera de nuestra nueva zona de masajes. Pero debería haber encontrado algún modo. Hemos sido nosotros quienes le hemos causado las molestias. Tenía derecho a estar enfadado y…

—No te atrevas a excusarlo. Ni te atrevas, Mariella. No hay ninguna excusa por la que un hombre pueda levantarle la mano a una mujer. Jamás.

En el momento en que Reilly le había agarrado el brazo había olvidado todo lo que había aprendido desde ese día hacía siete años. Se había olvidado de cómo estar bien y en lugar de eso se había sentido mal. Y Luca tenía razón, estaba excusándolo. Eso lo había hecho muy bien. Se había echado la culpa a sí misma, a jugar al «si sólo…». Si hubiera sido más inteligente, más guapa, él se habría portado mejor. Si hubiera dicho algo diferente, o si no hubiera dicho nada… Si no lo hubiera mirado a los ojos, si hubiera cocido la pasta un poco más, si sólo, si sólo…

Y durante unos segundos lo había creído de verdad. Si hubiera dicho otra cosa, quizá Reilly no la habría agarrado. Siete años de progresos tirados por la alcantarilla.

—Mariella —se arrodilló delante de ella—. Corazón. He visto la cara que tenías cuando te ha agarrado. Estabas pálida. Esto ya te ha sucedido antes, ¿verdad?

No lloraría, no lo haría. Afirmó con la cabeza tímidamente.

—Oh, Mariella, lo siento muchísimo.

Ese amable y dulce Luca estaba desmontando sus defensas completamente. Cada lugar que tocaban sus manos lo sentía caliente y tranquilo. Cada palabra que decía curaba algo dentro de ella. No quería su lástima. Quería su comprensión y… su amor. Era todo lo que siempre había querido y que no había conocido.

—Todo tiene sentido ahora —continuó él—. Ese día en el ático, todas esas veces que no querías ser tocada… ¿Quién fue, Mariella? ¿Un ex marido?

Ella negó con la cabeza.

—Un novio entonces.

Volvió a sacudir la cabeza.

—No, nada de eso —podía confiar en Luca, lo sabía en el fondo de su corazón—. Fue mi padrastro.

Luca dijo algo en italiano que ella no entendió, pero cuyo significado era evidente.

—¿Te golpeaba?

—Sí. A mí… y a mi madre.

Luca se levantó, se acercó al bar y se sirvió una copa. Volvió a su lado.

—¿Dónde está ahora?

Mari cruzó las manos sobre el regazo. Trató de no pensar en las palizas. En cómo Robert se iba por ella después de haberse cansado de pegar a su madre.

—Estaba… estaba en la cárcel, pero ahora está fuera. Salió en libertad condicional el día antes de que tú y yo fuéramos… —se detuvo, respiró hondo—. El día del ático.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Alzó la vista. No estaba enfadado con ella, estaba enfadado por ella. Listo para protegerla.

—Has dicho que está en libertad condicional. ¿Vendrá por ti? Maldita sea, Mari, ¡podría haberte protegido! Deberías haberme dicho algo en lugar de pasar por esto tú sola.

—¿Qué te habría dicho?

—Si hubiera sabido que estabas asustada —dejó la copa—, si hubiera conocido la razón por la que no te gustaba el contacto, te juro, Mari, que no te habría presionado. No soy cruel.

—¿Y qué te habría dicho? ¿Hola, jefe nuevo, por favor no se lo tome a mal, no me gusta el contacto físico porque mi padrastro era un sádico que me golpeaba constantemente? Una bonita forma de romper el hielo, ¿no crees?

—Todas las veces que te he abrazado, las veces que te he sentido temblar… *Dio*, Mari, lo siento.

Pensó que él se merecía la verdad, al menos una parcial.

—No temblaba de miedo, Luca. Contigo no. ¿No te das cuenta de cuánto significa para mí que me hayas defendido hoy? Nadie ha hecho algo así por mí antes. Yo… yo… —se interrumpió. No podía decirle cómo se sentía, era algo demasiado nuevo—. Por favor, no pienses nunca que he tenido miedo de ti. Nunca me he sentido en peligro físico.

«Sólo en peligro por lo que siento por ti», pensó. Ésa era la parte que no podía contarle. Era lo único que no podía permitirse. Había sabido desde el principio que entre los dos nunca habría nada serio. Era Luca Fiori, con residencia en Florencia, heredero de un imperio. Eran de mundos diferentes. No podía enterarse de que cada día que pasaba se enamoraba más de él. ¿Qué iba a hacer con esos sentimientos? No se sentía preparada para manejarlos, mucho menos para compartirlos.

—¿Tienes miedo de tu padrastro ahora? ¿Qué pasa con tu madre? ¿Dónde está?

No estaba segura de cuánto contarle. Era una larga historia. No dijo nada y habló él.

—Perdona, me estoy entrometiendo. No quieres hablar de ello y lo respeto.

—No —se levantó del sofá—. No trato de excluirte, Luca, tienes

que comprenderlo. Aquí nadie sabe nada de esto, empecé una nueva vida, la levanté desde las ruinas. Y pensaba que la había dejado atrás. Hice una terapia. Pensaba que estaba bien, pero me he dado cuenta de que no puedo dejarla atrás, Reilly me lo ha demostrado. Y justo ahora… —lo necesitaba. A Luca, complicado, arrogante y temporal—. Justo ahora eres el único que me puede ayudar a no perderla. Hoy ha vuelto todo. Te… te necesito, Luca.

Esperó que él huyera gritando, pero le tendió la mano, ella la agarró y él dijo:

—Cuéntame.

—Robert Langston ha pasado siete años en la cárcel por haber intentado asesinar a mi madre… y a mí.

Capítulo 9

Luca se sentó en el sofá al lado de ella, mirándola. Su cálida mano sujetaba la de ella y Mari se agarró a esa sensación de conexión para mantener el control. Una vez pronunciadas las palabras, todo parecía irreal. Como si no pudiera haber sucedido. Pero sí, había sucedido y él le acarició la mano en respuesta.

Nunca hablaba de ese día. Jamás. Pero quizá en ese momento lo necesitaba. Esa tarde le había enseñado que esa vida no había quedado atrás como pensaba. Y la aterradora verdad era que Robert estaba fuera de la prisión y saberlo había debilitado su barrera de protección más de lo que le gustaba admitir. Luca era lo único que la sustentaba en ese momento.

Lo miró a los ojos. La miraba tranquilo esperando que empezara, dándole el tiempo que necesitaba. Era un hombre en el que apoyarse. No el rico heredero de las revistas. Ese no era el Luca real. El Luca real estaba sentado a su lado y era un puerto seguro en la tormenta.

Miró la sensual curva de sus labios y se sintió sorprendida de que un hombre así besase a una mujer como ella y más de una vez. Cosas así no sucedían. La vida real no era así.

Desde luego, esas cosas no le sucedían a una chica corriente de Ontario, pero ahí estaba él, esperando. Sin prisa, sin discutir. Por primera vez en su vida deseaba abrirse a otro ser humano.

—Mariella, no tienes que contármelo si es demasiado difícil. Está bien.

Mari se llevó su mano a la boca y la besó. Cerró los ojos. Cuando estaba con él, Robert perdía su poder.

—Cuando tenía seis años, mi madre se casó con Robert Langston —se concentró en el rostro de Luca para mantener las imágenes alejadas—. Nunca conocí a mi padre auténtico. Ella me había criado sola hasta ese momento y me dijo que las cosas mejorarían, que tendríamos una familia nueva. Pero no resultó así.

—No fue el cuento de hadas que esperabas.

—El maltrato no empezó desde el principio, pero eso ahora no importa. Lo que importa es que cuando empezó creció deprisa y

descontroladamente y nosotras estábamos aterrorizadas. Él tenía todo el control. Nos gobernaba por el miedo y era horrible. Esos años fueron…

No pudo seguir. Los recuerdos la inundaron y se le cerró la garganta. La imagen de ella paralizada en un rincón mientras él gritaba a su madre. La furia en su rostro mientras la golpeaba con los puños. Las muchas noches que había intentado defenderla sólo para recibir el mismo trato. Los años de mangas largas y maquillaje. El miedo a hablar y la sensación de culpabilidad al oír los golpes del otro lado de la pared, demasiado paralizada para hacer nada. El andar de puntillas siempre temerosa de decir algo inadecuado o hacer algo mal.

Años esperando oír decir a su madre que aquello se había terminado, pero eso nunca sucedió.

Por primera vez, Mari olvidó todos los atestados policiales, la terapia, todas las formas en que se había dicho que había progresado y sencillamente lloró… lloró lagrimas frías y desoladoras.

Luca la rodeó con sus brazos cálidos, sólidos, seguros. Lloró por la infancia que había perdido, la culpa que aún sentía, el miedo que nunca acababa de desaparecer y el hecho de que, por fin, había llegado al punto en que podía llorar por todo.

Luca lo había hecho posible. Por algún milagro la había empujado a vivir y le había mostrado la realidad.

Después de unos minutos se recostó en el sillón y se secó los ojos. Luca fue al cuarto de baño y volvió con una caja de pañuelos de papel. Le ofreció un par de ellos.

—Siento haber llorado encima de ti.

—Por favor, no te disculpes —se sentó en el borde de la mesita de café mirándola—. Sólo quiero asegurarme de que estás bien.

En ese momento sonó el teléfono y Luca lo miró con el ceño fruncido.

—Atiéndelo —dijo Mari, pero Luca sacudió la cabeza.

—Puede esperar.

El teléfono siguió sonando y él se levantó a atenderlo. Mari se sintió agotada. Sólo se había sentido así de agotada el día que tuvo

que testificar en el juicio.

Mari oyó a Luca hablar por teléfono. Sus ojos seguían fijos en ella, que trataba de recolocarse el pelo.

—Lo siento, pero estoy con algo mucho más importante ahora mismo. Tendrás que ocuparte tú. Llamaré mañana —colgó el teléfono y volvió con ella, se sentó en la mesa y le agarró las manos—. Lo siento.

—Si tienes que irte, por mí está bien. Estoy bien.

—No estás bien. Y puede esperar. Ahora, mi prioridad eres tú.

Jamás, en toda su vida, nadie le había dicho algo así. Nadie la había puesto en primer lugar. Pero Luca, el adicto al trabajo, había dejado lo que fuera que lo reclamaba.

Se humedeció los labios.

—Hoy se me han olvidado todas las cosas que aprendí en la terapia y sólo he sentido el miedo, la responsabilidad. Si hubiera hecho otra cosa no habría sucedido… —tragó, le costaba seguir—. Oh, pensaba que ya lo había superado. He trabajado muchísimo y de pronto parecía como si no hubiese pasado todo ese tiempo. Y entonces has aparecido tú. Me he alegrado tanto de verte…

—Te había agarrado, no podía permitirlo —le acarició en una mejilla.

—En ese momento estaba atrapada, había retrocedido siete años. Ese día… —su voz casi se desvaneció un momento.

Todo estaba en el atestado policial. En su historial médico. Pero nunca se lo había contado a nadie a quien no estuviera pagando para ello.

—¿Qué pasó ese día, Mariella?

Su voz le dio valor. Después de lo que había hecho, contárselo era lo lógico, aunque difícil.

—Me marché de casa y me sentí dividida porque por un lado dejaba a mi madre, pero por otro me sentía segura. Mi madre me llamó y me dijo que iba a abandonarlo —se dio cuenta de que tenía los ojos resecos. Recordó la alegría que había sentido porque a lo

mejor podían retomar su relación—. Yo le dije que podía ir a ayudarla, pero cuando llegué él se había adelantado. Había descubierto las maletas y cuando la vi estaba sangrando e inconsciente en el suelo con un brazo roto y una fractura de cráneo. Su ropa estaba tirada por todas partes hecha jirones.

—*Dio mio* —sólo fue capaz de decir Luca.

—Sucede, Luca, con mucha más frecuencia de la que debería —le puso la otra mano encima para tomar fuerzas—. Me encontró allí con el teléfono en la mano para llamar a la policía. Me lo quitó de la mano y me golpeó con él. Cuando me desperté, mi madre seguía inconsciente y yo tenía una conmoción, costillas rotas y lesiones internas donde él… —se le quebró la voz un poco—. Donde él me había dado patadas una y otra vez. Nos dejó allí, Luca. Nos dejó para que muriéramos. Pero el cartero vio manchas de manos ensangrentadas en la puerta y en la barandilla de la escalera. Llamó a la policía y el resto es historia.

—Sólo que no es historia —le alzó la barbilla suavemente con un dedo—. Nada semejante desaparece por completo, no puede. Oh, Mari —se llevó las manos a los labios y las besó con los ojos cerrados.

Mari miró la ternura con la que la besaba. ¿De dónde había salido? ¿Por qué estaba allí, exactamente lo que necesitaba cuando lo necesitaba?

—Lo siento tanto… Nadie debería pasar jamás por algo así —le susurró en las yemas de los dedos.

Y entonces se inclinó hacia delante y la besó en los labios.

Ella se entregó a su abrazo. Él era fuerte y creaba una barrera entre ella y el feo pasado. Cuando estaba con él era la Mariella que siempre había querido ser, libre del dominio que Robert había ejercido sobre ella durante años.

El beso fue suave, tentador, dulce. No sabía que él pudiera ser tan dulce.

Tampoco sabía que ella fuera capaz de amar, pero así era. Amaba a Luca. Y no sabía qué hacer.

—Y ahora está fuera de la cárcel y tienes miedo de que venga por ti. ¿Y tu madre?

—Las autoridades me mantienen informada mientras este en condicional. Por supuesto pienso en ello y me pregunto si me odia por mandarlo a la cárcel. Pero tampoco me permito pensarlo mucho porque es paralizante. He pasado demasiados años mirando por encima del hombro. Y es de esas cosas a las que llegas a acostumbrarte.

—¿Y tu madre?

—No hablo con mi madre con frecuencia… parece haber un muro entre nosotras. Ni siquiera sé dónde vive. Yo… —carraspeó—. Una parte de mí aún se pregunta por qué permitió que aquello sucediera. Por qué se quedó con un hombre que la golpeaba. Que me golpeaba. ¿Por qué no intentó salir de ahí? —miró a Luca—. ¿Qué clase de madre hace tanto daño a su propia hija? ¿Qué clase de madre no pone el bienestar de su hija por encima de todo? Hay veces que pienso en la casa que me gustaría, los hijos que podría tener algún día. ¿Los haría pasar por algo así? Sé que no podría. He tratado de entenderlo, pero no puedo. Lo único que se me ocurre es que estuviera demasiado asustada como para hacer nada.

—Yo tampoco lo sé —dijo Luca—. Apenas recuerdo a mi madre.

—Dijiste que os había abandonado a Gina y a ti. Eso debió de ser duro.

—Sólo recuerdo la sensación de no importarle —Mari abrió mucho los ojos por el odio en su expresión—. Nos abandonó cuando yo era un niño. Mi padre nos crió a Gina y a mí —caminó hasta la ventana.

—Lo siento —murmuró—. Tuvo que ser horrible para ti. ¿Volvió a casarse tu padre?

—No tiene importancia —carraspeó—. Fue hace mucho tiempo. Y no es nada comparado con lo tuyo. Nada.

Hablaba con vehemencia y Mari supo que era para ocultar su dolor. Y por un momento se olvidó de ella misma y se preguntó por el niño que habría sido y cómo había sufrido. Quizá la cucharita de plata con que había nacido no había brillado tanto como ella había pensado. ¡Cómo deseó poderlo ayudar como él la había ayudado a ella!

Se había enamorado de Luca y eso le iba a romper el corazón. A Luca le importaba, sí, lo sabía, pero ¿amor? Por decisión propia, Luca

no amaba.

Tenía que dar un paso atrás. Desnudar sus almas era bueno, pero no era tan tonta como para pensar que tendría un final feliz. Luca no vivía allí. No era de allí. Era de Italia y su lugar estaba allí con su familia y el imperio Fiori y lo que estaba sucediendo entre ellos era un accidente en sus vidas. Necesario, quizá, pero pasajero. ¿Cómo iba a decirle lo que sentía de verdad?

—Prácticamente puedo oír tu mente trabajar, Mari —dijo sin darse la vuelta—. Por favor, déjalo.

Mari se levantó y se acercó a la ventana para quedarse de pie tras él. Lo rodeó con los brazos y apoyó la mejilla en su espalda.

Luca tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Lo que él había pasado en su infancia no era nada comparado con el infierno que ella había vivido. Trató de imaginársela en el suelo, herida, y no pudo. Le parecía demasiado terrible. ¿Qué clase de hombre le hacía algo así a otro ser humano? ¿A una mujer que se suponía que amaba?

—Está nevando —murmuró él.

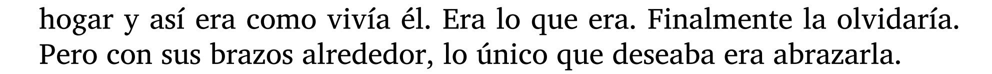
¿Por qué la gente hería a quienes se suponía que quería? Sabía que no podía dejar a Mari pasar sola por aquello, aunque eso le trajera recuerdos que aborrecía, como los de reconfortar a Gina cuando su madre los había abandonado. Su abuela siempre había estado ahí para ayudar. ¿Qué diría ella en ese momento? Sabía exactamente lo que diría y no le gustó la respuesta. Le habría dicho que dejara el rencor y perdonara.

Mari suspiró apoyada en su espalda y él cerró los ojos. Menudo día. Se alegró de haber manejado a Reilly como lo había hecho. Una respuesta física habría asustado aún más a Mari.

Todo el día había pesando sólo en Mari y eso no era bueno.

Mari no necesitaba a un hombre como él. Necesitaba alguien en quien poder apoyarse. Alguien que le diera estabilidad y seguridad y formara un hogar con ella. Incluso había hablado del deseo de tener hijos. Él siempre había sido el heredero de Fiori, el que todo el mundo asumía que ocuparía el lugar de su padre. Y seguía luchando contra él.

Miró el reflejo de la habitación en los cristales. No había nada personal en ella, ni cuadros, ni adornos, nada que la convirtiera en un



hogar y así era como vivía él. Era lo que era. Finalmente la olvidaría. Pero con sus brazos alrededor, lo único que deseaba era abrazarla.

—Quédate esta noche, Mari.

—Luca, yo… —se incorporó y separó la mejilla de la espalda.

—No en mi cama —por una vez en su vida aquello no tenía nada que ver con el sexo. Se dio la vuelta para mirarla—. Simplemente, quédate. Me preocuparé mucho por ti si te vas a casa. Puedes quedarte con la cama. Dormiré en el sofá.

—Lo que has hecho hoy por mí no lo ha hecho nadie nunca. No puedo abusar más de tu tiempo.

—No abusas de mi tiempo —se miraron en silencio—. Espera aquí —desapareció en el dormitorio y volvió con una camiseta—. No tengo pijama para dejarte.

—Gracias —aceptó la camiseta.

Ella desapareció en el dormitorio y oyó la puerta del cuarto de baño cerrarse. Al no oír nada después de unos minutos, decidió ver qué pasaba. Estaba en su cama, con el edredón hasta la barbilla. Se había dormido antes de que hubiera podido preguntarle si quería comer algo.

Mari se despertó por la luz del sol que se colaba por la ventana. Se apartó el pelo de la cara y vio que esta en la cama de Luca. Había pasado allí la noche. Y ni siquiera se había acordado de ir a casa, ni de Tommy. Tuvo la esperanza de que hubiera salido por la portezuela del porche.

Miró el reloj: las nueve de la mañana. ¡Había dormido de un tirón y no había sufrido ninguna de las pesadillas que la asaltaban últimamente! Sintió un poco de inquietud al pensar que todo el personal estaría ya en el hotel y ella sólo tenía la ropa del día anterior. Tenía que haber usado la cabeza por la noche. Bueno, nada había sido lógico la noche anterior.

—Buenos días —dijo Luca desde la puerta.

—Luca, lo siento mucho, he dormido… —se sentó en la cama.

—Aquí toda la noche —terminó él la frase con una sonrisa—. Casi quince horas.

—Debía de estar más cansada de lo que pensaba —dijo, un poco confusa.

Sintió que se estaba ruborizando. Tenía que salir de aquella situación con un poco de ingenio. A la luz del día se dio cuenta de que haberle revelado sus verdaderos sentimientos había sido un error.

—Creo que dormir así te hacía falta desde hacía mucho —respondió él.

Llamaron a la puerta y Mari lo miró desconcertada. Él se limitó a encogerse de hombros.

—He pedido que nos traigan el desayuno, debes de estar muerta de hambre, ayer no cenaste.

Se fue a abrir la puerta mientras Mari se vestía y se recogía el pelo. Cuando salió del dormitorio un camarero empujaba un carrito lleno de bandejas.

—Gracias, Geoff —Luca le dio un billete, el camarero asintió y sonrió en dirección a Mari.

—¿Qué va a pensar el personal de todo esto?

—Ya has estado aquí.

—No así. No saliendo de tu dormitorio.

Luca acercó el carrito a la mesa.

—No te preocupes. Estoy acostumbrado. Siempre se olvida.

Mari cerró la boca. Luca estaba acostumbrado a esas situaciones. Ella no.

—Siento lo de ayer. No debería haber vaciado mis preocupaciones en ti —se sentía obligada a disculparse.

De pronto hubo una sensación de incomodidad entre los dos. Quizá él se sentía molesto por conocer todos sus secretos. No podía culparlo por ello.

—Está bien. Es bueno lo que has hecho. Imagino que te sientes mejor por haberlo sacado. Lo comprendo, Mari, de verdad.

¿Por qué actuaba él de un modo tan distinto? La noche anterior le había agarrado la mano y ella le había contado sus más profundas preocupaciones. La había abrazado y ella había llorado. En ese momento… Dios, la estaba tratando como si fuera una de sus aventuras.

Se le secó la boca. Había pensado que hacía bien en depositar en él su confianza, pero el modo en que la trataba esa mañana la decepcionó. Había esperado más de él. Una tontería porque, en el fondo de su corazón, sabía que no había futuro. Él no la amaba.

—Vamos, come algo, debes de tener mucha hambre.

—Tengo que ir a casa a cambiarme —se alisó los pantalones.

—No hace falta. Tengo algunas cosas de la *boutique*. Puedes ducharte aquí.

Mari apretó los dientes.

La estaba tratando como… como si nada trascendental hubiera sucedido entre los dos. Estaba tomando las riendas y decidiendo qué hacer y cuándo.

Luca levantó la tapa de uno de los platos. El olor a tostadas lo llenó todo, el tentador aroma a vainilla y canela.

Le sonó el estómago. No había cenado. ¡Se merecía que se sentara y se comiera todo!

—Pensaba que ese privilegio estaba reservado a tus aventuras —dijo cáustica metiéndose las manos en los bolsillos.

Le había contado toda su vida y la trataba como a una extraña. Sólo había una explicación.

Había sido demasiado. Sus problemas eran demasiado para él y había sido tonta al pensar que Luca podría manejarlo. Había esperado de él más de lo que podía dar. Ella no era sofisticada, era un problema y él se retiraba educadamente.

Apenas podía odiarlo por ello. Simplemente, deseó marcharse, pero algo en ella le decía que tenía que manejar la situación con

dignidad y compostura. Aún tenían que trabajar juntos.

Luca ignoró la voz interior que le decía que rebajara el tono. Miraba a Mari y veía su rostro de la noche anterior mientras le hablaba de su padrastro. Había tenido que ayudarla. Lo había querido.

Pero en ese momento, a la luz del día, tenía que dar un paso atrás. Aquello se parecía demasiado a una relación y no estaba preparado. La última vez que había salido en serio con una mujer había interferido con el trabajo. Se había enamorado de Ellie, había confiado en ella. Le había dicho que la amaba. Hasta que se había dado cuenta de que ella no lo quería a él, sino a sus relaciones como Fiori.

Lo que sentía por Mari no tenía que haber ocurrido. No deberían haberse besado. Su mirada permaneció fría, aunque sabía que ella tenía razón. Aquello era exactamente lo que habría hecho con cualquier mujer a la mañana siguiente.

—Eso es un poco exagerado.

—Lo siento, Luca. Creo que aún estoy un poco alterada por lo de ayer. Comeré algo —se acercó a la mesa y se sentó, llenándose un plato.

Debería haberlo pensado mejor antes de flirtear con Mari. Mari no era de esa clase y necesitaba escapar de fuera lo que fuera que compartían. Él no lo llamaría una relación. Las relaciones hacían sufrir a la gente. Como había sufrido su padre. Como él con Ellie. Ellie había usado cosas que él le había contado para hacerle daño.

«Mari no haría algo así», le dijo una voz interior. Pero esa vez lo que más le preocupaba era hacerle daño a ella, ya había sufrido bastante.

Dejarlo en una amistad era la mejor opción, ¿no? Mari no necesitaba a un hombre que le rompiera el corazón. Lo que necesitaba era un amigo.

—Zumo recién exprimido —le sirvió un buen vaso—. Vitamina C para todo el día.

—Gracias —bebió un sorbo y dejó el vaso para agarrar el tenedor—. ¿No vas a comer nada?

—Claro —dijo él y se sentó enfrente.

Mari comió un bocado, después otro preguntándose cuánto tiempo resistiría esa agonía. Ese desayuno era una completa farsa después de la intimidad del día anterior.

No había nada que objetar a la conducta de él. Nada. Era perfectamente educado. Pero era evidente que estaba marcando las distancias. Deseó preguntarle si lo de la noche anterior había significado algo para él. Decirle cuánto había apreciado que hubiera cuidado de ella, pero no pudo. Él actuaba como si todo no hubiera significado nada. Como si desayunar juntos en su habitación fuera algo normal. Nada más personal que… una reunión de trabajo.

Se sentía en carne viva por los sucesos del día anterior y ser consciente de que se había enamorado de él. Porque él la tratara así. Se preguntó si se habría imaginado su comprensión.

Dejó el tenedor en la mesa y mantuvo en su sitio la máscara que se había puesto. Lo había juzgado mal, depositado su confianza en alguien equivocado.

—Gracias por el desayuno. Tengo que irme —se levantó evitando mirarlo.

—No hace falta. Puedes cambiarte aquí, Mariella. Seguro que la ropa que te he pedido te queda bien. Puedes ir a tu oficina desde aquí.

Lo había planeado todo. Había dedicado su tiempo a pensarlo. Su consideración casi la afectaba. Nada que hubiera hecho o dicho esa mañana le habría sentado peor que su amabilidad.

—Lo tenías todo planeado, ¿no, Luca? —trató de contener el temblor en la voz—. Pensaba que yo era la de los planes y tú el impulsivo, pero me equivocaba. Lo tenías planeado desde el principio, cómo hacerte con la directora difícil, cómo manejar a tu hermana, cómo manejarme a mí.

—¿Perdón?

Mari se alisó la blusa y miró para asegurarse de que no se dejaba nada. Vio una horquilla en el sofá y la recogió. Se la metió en el bolsillo evitando siempre mirarlo.

—Lo comprendo. No hace falta que me despidas con un desayuno y… y tanta consideración.

Luca se puso de pie y la miró con gesto de desaprobación.

—Nada de lo que he hecho esta mañana ha sido por obligación, Mariella.

—Seguro. No podías despertarme y echarme, no es de buena educación, no cuando se supone que… ¿qué se supone que volverá a pasar, Luca? —finalmente lo miró y no supo lo que pensaba.

—Confieso que no estoy seguro de qué es lo apropiado para decir en esta situación. Nunca he pasado por ella antes.

La miró fijamente. Nunca había estado en una situación en que le preocuparan más los sentimientos de la mujer que los suyos. Entonces, ¿por qué estaba enfadada? Había tratado de hacerlo bien. Ocuparse de ella, hacerle el día más fácil, incluso había pedido desayuno para los dos. Había tratado de demostrarle que lo que había pasado el día anterior no suponía ninguna diferencia para él. Incluso la respetaba aún más. Y ella estaba furiosa con él.

Mari empezó a marcharse con el corazón hundido. Seguramente ésa fuera una situación nueva para él. Lo necesitaba tanto que era obvio que había imaginado cosas que no eran reales. Si hubieran sido reales, la habría despertado con una sonrisa. Le habría preguntado cómo estaba y ella le habría dicho que estaba bien. Y quizá la habría besado como anhelaba que hiciera.

Pero lo había asustado. Y ni siquiera tenía la decencia de ser sincero.

—Me voy. Gracias por la ropa, pero no.

—¿Adónde vas? —por fin en su tono había algo más que maneras educadas. Ella se detuvo, pero después abrió la puerta—. Mari, tenemos una reunión con la gente del *spa* en una hora.

—Estoy segura de que podrás hacerte cargo, me voy a tomar el día libre.

Salió al pasillo y cerró la puerta tras ella. Respiró hondo. Era el momento de volver a hacer lo que se le daba mejor: confiar en sí misma.

Capítulo 10

Luca se resistió al deseo de llamar a casa de Mari por sexta o séptima vez.

Había pasado allí demasiado tiempo. Y nada se lo había dejado más claro que la llamada que había tenido que hacer esa misma mañana mientras Mari aún dormía.

No sabía que alguien pudiese dormir tanto. Pasó la tarde esperando a que se despertara, pero no lo había hecho. Se había comido los aperitivos que había en el minibar. Y finalmente, a eso de la medianoche, se había acostado en el sofá y se había quedado dormido.

Era la primera vez que una mujer dormía en su cama y él no estaba con ella.

Sonó un timbre y miró la pantalla del ordenador. Otro mensaje de su padre, una actualización de sus intereses en París que habían sufrido un incendio. Su padre lo estaba presionando para que terminara allí y se hiciera cargo de lo de Francia.

Pero fueron sus últimas palabras las que le hicieron pasarse los dedos por el pelo.

Gina tiene problemas y París no puede esperar. Tienes que volver. La familia te necesita.

Las palabras le dolieron. La familia lo era todo para él. Excepto… excepto que le había entregado su vida entera a la familia desde que era un niño. Había sido el hermano mayor que Gina necesitaba. Se había ocupado de la casa por su padre. Y había querido hacerlo. Había sido feliz haciéndolo. Pero había ocasiones en que deseaba ser sólo Luca. Tener su propia vida. Dejar de ser definido por la marca Fiori. Estaba empezando a cansarse de estar a disposición de su padre.

Escribiré a Gina y al director de París. Iré en cuanto pueda, pero mi

prioridad es esto.

Escribió. Lo firmó y lo envió, después se recostó en la silla. Dios, había más verdad en esa línea de la que pensaba. No era sólo el Cascade lo que era su prioridad, sino también Mari. Ella era importante. ¿Pero qué quería él? Había querido su propio lugar en Fiori durante mucho tiempo, pero ¿eso era compatible con lo que quería Mari? Apenas. Mari quería el cuento de hadas y él no se los creía. Lo mejor que podía hacer por ella era asegurarse de que mantenía los pies en el suelo y dejar la dirección del Cascade en sus eficaces manos. No sería suficiente para él, pero sí para ella. Mari no era ambiciosa, buscaba algo más sustancial. Se había construido una vida, quería estabilidad, no aventuras. Era extraño cómo esa idea lo atraía, especialmente un día como ése. Normalmente habría estado emocionado por ir a París, era una de sus ciudades favoritas. Pero en esa ocasión lo sentía como una imposición porque se lo ordenaban.

Y aunque había mandado esa respuesta, sabía que tenía que ir. Alguien de la empresa tenía que hacer acto de presencia. No estaba claro cuál era el problema con Gina, pero sabía que su padre la pondría a ella primero. Así que era cosa de Luca hacerse cargo del negocio.

Aunque… ¿cómo iba a despedirse de Mari en ese momento?

—La sala Panorama está terminada, ¿la has visto?

Mari se detuvo junto a su escritorio. Algo estaba distrayendo a Luca y ella no sabía qué era. Tamborileó con un bolígrafo encima de la mesa.

—No, todavía no he pasado por ahí hoy.

Desde la noche que había pasado en su habitación se había asegurado de mantener las distancias. Era evidente que a Luca le importaba. No habría actuado como lo había hecho si no le hubiera importado, pero también sabía que su pasado pesaba demasiado y su situación no conducía a profundos sentimientos ni compromisos.

Luca alzó la vista y sonrió.

—¿No la has visto? ¿Has sido pesadísima con la decoración y aún no la has visto? —se aclaró la garganta—. Puede rivalizar con cualquiera de los comedores y demás instalaciones. Te lo prometo. He reservado mesa para dos esta noche. Como despedida.

—¿Despedida?

Se quedó paralizada. ¿Tan pronto? No había esperado Que fuera tan pronto.

—Me han llamado de París. Me voy por la mañana.

Luca vio cómo se le demudaba el color y se maldijo. Podía haberse quedado un día más. La palidez de su piel le recordó cómo la había visto: pequeña e indefensa en su enorme cama. No podía quitarse de la cabeza su imagen dormida. No podía borrar la fantasía de esa cortina de pelo cayendo sobre él mientras hacían el amor…

Se dio la vuelta bruscamente y se pasó la mano por el cabello.

—Luca, ¿estás bien?

Estaba harto de fingir. Aquello era una locura. No podía haberse enamorado de Mari. Un flirteo era una cosa, pero no pretendía tener sentimientos serios hacia ninguna mujer. Y era evidente que Mariella era la mujer equivocada. Era frágil y temerosa y trataba de superar algo más grande de lo que él podía comprender. Se merecía a un hombre que la proveyera de la estabilidad que merecía. No un hombre que iba de un lado a otro.

Lo suyo jamás funcionaría. Y al mirarla en ese momento se dio cuenta de cómo debía de haberle parecido a ella el día anterior. Sólo había pensado en sí mismo y levantado barreras. Se había equivocado y ella no. La había tratado sin ninguna consideración, como a una querida. Con amabilidad pero sin auténtico cariño. Quería reparar su error. Mostrarle que ella era distinta.

—Estoy bien. Sólo pensaba… que han sido unas semanas llenas de acontecimientos. Pensaba que podríamos despedirnos como se merece.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, con comprensión. Quería asegurarse de que su marcha no le causara más dolor. No se lo merecía, no después de lo que había pasado.

Sólo sabía que tenía que hablar con ella esa noche y poner fin a

su relación sin hacerse daño. Estaría ahí para protegerla, para vigilar si su padrastro decidía ir por ella. Quizá no podía ofrecerle la vida que quería, pero sí podría asegurarse de que estuviera bien.

—Será estupendo, Luca —su voz era suave y fue directa a su corazón.

—Tengo algunas llamadas que hacer primero —dijo brusco y, sin añadir palabra, ella salió de la oficina.

Luca empezó a poner en marcha su plan.

Mari miró su reflejo y frunció el ceño preguntándose por enésima vez por qué se ponía ese vestido. Pero la sala Panorama era un espacio formal y sabía que el vestido perfecto era el que se había comprado al final del día de las galerías. Aún bajo el efecto de los besos de Luca había mirado el vestido en un escaparate y en un segundo lo había comprado. La seda roja del vestido era tan poco de su estilo como el corte que dejaba un hombro al descubierto. Otro momento de locura habían sido las sandalias de lentejuelas rojas sin talón.

No se sentía cómoda. No sabía cómo decir adiós graciosamente, no cuando quería más. Incluso aunque querer más le diera miedo, tanto que le temblaban las rodillas.

Su vida había carecido de afectos demasiado tiempo y quería tan desesperadamente ser romántica. Aunque fuera sólo esa noche.

Se echó el chal por encima y cuadró los hombros. Era imposible, lo sabía. Y que Luca le importara como lo hacía aun sabiendo que no era para ella, dejaba un sabor amargo.

Se dio la vuelta en dirección alas escaleras de mármol y enseguida vio a Luca, que la esperaba arriba. El corazón le golpeó en el pecho.

—Adelante —murmuró para sí.

Por unos segundos no pudo moverse mientras se miraban. Pareció subir las escaleras a cámara lenta agarrada al pasamano. La noche de secretos compartidos pareció no existir, el tenso desayuno

había borrado de la memoria ese momento mientras caminaba hacia él con las sandalias resonando contra el mármol italiano, con la respiración contenida.

Al llegar arriba, él le tomó las manos y le besó las dos mejillas y tuvo que cerrar los ojos para pensarlo dos veces. Se separó de él y lo tomó del brazo.

—Estás bellísima. Preciosa, Mariella. Más hermosa de lo que podría describir.

Así era el Luca que recordaba, no el extraño del desayuno o el distante jefe de por la tarde. Fuera lo que fuera que había provocado el cambio, estaba con el hombre cálido y que le hablaba como si fuera la única mujer en el mundo. Entraron en el comedor y se quedó boquiabierta. Era más de lo que había soñado, incluso a pesar de haber visto los planos. Todo era regio, como entrar en un cuento de hadas con el príncipe del brazo. Las arañas brillaban con destellos de colores, las mesas de manteles prístinos estaban montadas con porcelana de color crema y dorada y la cristalería brillaba. Las velas cubrían todo con su luz. Los camareros de esmoquin eran la guinda.

Era el castillo que Luca había imaginado al principio y era perfecto. Sabía que el final se acercaba, aunque en su corazón algo le decía que podía ser un principio.

—Oh, Luca. Mira lo que has hecho —se detuvo y miró todo parpadeando.

—No sólo yo. Tú, Mariella. Me inspiraste el día que me llevaste al ático.

—¿Yo? —lo miró sorprendida.

—Tú me has inspirado. ¿Cuesta tanto creerlo?

—Sí —susurró viendo que él miraba sus labios.

No se atrevería a besarla allí. El momento quedó suspendido en el aire.

Había estado esperando. A ella. Esa noche quería vivir el cuento de hadas. Pretender por unas horas que era princesa. Creer que era la elegida. Sabía que terminaría pronto. Esa noche era suya y no la echaría a perder con dudas y temores.

Se inclinó hacia delante ligeramente, los labios separados, lo bastante cerca para sentir que el aliento de él se mezclaba con el suyo.

—¿Señor Fiori? Su mesa está lista.

Mari dio un paso atrás y se ruborizó. El brazo de Luca le rodeó la cintura.

—Gracias.

Mariella miró a su alrededor. Estaba segura de que los rumores habrían empezado a funcionar desde que la habían visto en su habitación por la mañana.

—¡Oh, señorita Ross! ¡Mírese! Parece una estrella de cine —la camarera se dio cuenta de la impertinencia y de inmediato añadió—: Oh, disculpe.

Mariella sonrió sintiéndose radiante.

—No te disculpes —respondió Luca—. Estoy de acuerdo contigo.

La camarera los acompañó a un reservado decorado en rojo y dorado. Su mesa esperaba, con champán frío listo para servirse. Se sentaron y ella dijo:

—Luca, es asombroso. Jamás he visto nada así. Y, desde luego, no lo esperaba aquí, en lo que fue el *Bow Valley Inn*.

—Por la reforma —dijo él alzando su copa de champán.

Sonaron las copas y Mari probó el seco y burbujeante champán sintiendo cada vez más que estaba en un sueño, uno bueno esa vez, y que en cuanto se despertara el hechizo se rompería.

Llegaron los primeros platos, después los segundos; más champán y Mari empezó a darse cuenta de que las cosas tenían los contornos más desdibujados cada vez que bajaba la copa. Luca reía y contaba historias de su juventud con Gina, escapadas junto con su amigo Dante, que siempre acababan en algún problema. Sentía tristeza porque ella no tenía esa clase de recuerdos. Entonces Luca rió, le acarició la mano por debajo de la mesa y la tristeza desapareció. Había aprendido a vivir el momento hacía mucho. No iba a empezar a desear tener lo que no había tenido nunca.

—Cuando llegué —dijo Luca acariciándole una mano—, sólo

quería hacer una cosa… transformar el hotel en algo más Fiori. Pero mi tiempo aquí me ha dado mucho más, Mari y tengo que agradecértelo a ti.

Mari no pudo responder. Lo miró a los ojos y vio que su mirada era sincera. No había atisbos de amor, pero sólo una tonta lo habría esperado. Su afirmación era completamente correcta. Había sido más de lo que ambos esperaban. Tenía que conformarse con eso. Luca no estaba enamorado de ella y ella lo superaría con el tiempo.

—Ha sido un placer conocerte, Luca. Y conocerme mejor a mí misma. Te debo mucho. Sólo siento no saber cómo compensarte.

Había luchado contra él al principio, pero después lo había dejado entrar en su corazón y le había revelado lo que nadie más sabía. Y al confiar en él, se había enamorado.

Terminaron el postre y el último bocado supo a despedida. Mari buscó su bolso, pero Luca alzó una mano y dijo:

—¿Adónde vas?

—A casa, pensaba que la cena se había terminado.

—Aún no estoy listo para que termine —la agarró del brazo con suavidad.

Con la otra mano tiró de una cinta y cerró las cortinas.

—Luca…

—Necesito decirte algo aquí —la interrumpió—. Siento lo de ayer por la mañana, no tengo excusa. Sólo puedo decir que ahora entiendo cómo te debiste de sentir.

No lloraría. No estropearía esa maravillosa noche con lágrimas. En el momento en que la había besado en las mejillas había sabido que la mañana anterior no había sido real. Sus disculpas significaban más de lo que él creía.

—Me sentí herida por tu conducta, pero porque la entendía. Tu reacción tenía sentido, lo que te había contado no había sido cualquier cosa.

—Pero no lo entiendes, Mari, ésa es la cuestión. No entiendes nada.

Luca dio un paso hacia ella y sintió que sus pechos se encontraban con el tejido de su chaqueta. Sin pensarlo, alzó la mano y recorrió con el dedo el perfil de su dura mandíbula.

—Entonces, ayúdame a entender.

Él no respondió. En lugar de eso, la agarró de la muñeca y la besó en los labios.

Ella abrió la boca dejando que su lengua entrara, saboreando la mezcla de champán y chocolate. Con la otra mano él la atrajo más cerca. Los sonidos del comedor llegaban amortiguados por las cortinas del reservado. Los labios de Luca recorrieron su mejilla hasta la oreja y después bajaron por el cuello dejando una hilera de besos que hacían que se le doblaran las rodillas.

—Lu-Luca —tartamudeó preguntándose cómo sería entregarse a un hombre por primera vez después de ese horrible día de hacía siete años.

Echó la cabeza hacia atrás sintiendo su cabello sobre los hombros mientras él seguía con los besos hasta la base del cuello. No había ninguna razón para que la tocara así a menos… a menos…

Sintió los dedos de él en la espalda, los sintió bajar unos centímetros la cremallera ansiando que la tocara. Dejó de importarle dónde estaban, pero de pronto él dio un paso atrás.

—No puedo hacerlo, Mari. No es justo.

—No te entiendo —dijo con el cuerpo aún vibrando por sus caricias.

Luca se agachó y le puso sobre los hombros el chal, que estaba en el suelo.

—No puedo acostarme contigo esta noche sabiendo que mañana…

Dudó y provocó con ello un silencio tan horrible que Mari pensó que iba a gritar. Finalmente se decidió a preguntar lo que no se había atrevido a plantear esa mañana.

—¿Cuándo volverás?

Por primera vez esa noche, él esquivó la mirada.

—No tengo idea de volver. Una vez resuelto lo de París volveré a Florencia para pasar las fiestas con mi familia.

Una familia en la que ella no estaba incluida. Se le cayó el alma a los pies.

Estaba claro. A pesar de lo que habían compartido, a pesar de la atracción que claramente sentían, no había sido lo bastante como para retenerlo allí. Permaneció inmóvil sin sentirse segura de qué decir. Hasta que había planteado la pregunta había una diminuta esperanza, pero sólo se había engañado a sí misma. Siempre había sabido que se iría, ¿por qué se sentía traicionada?

Porque no estaba preparada para que se fuera. Eso era lo que le había hecho. Le había enseñado a tener esperanza. Y en el proceso había terminado por romperle el corazón haciendo lo que siempre había dicho qué haría: marcharse.

—Di algo, Mari.

Se sentó en la silla.

—No hay nada que decir, Luca. Los dos sabíamos que; este momento llegaría. Supongo que simplemente esperaba que volvieras.

—Sabíamos que era algo temporal.

—Pensaba que te quedarías a supervisar el resto de la reforma, eso es todo.

Luca se sentó también.

—Yo también. La idea era quedarme algunas semanas más, pero tengo que estar en otro sitio. Sé que dejo el Cascade en buenas manos, Mari. Y estoy sólo a una llamada o un correo electrónico si me necesitas. Tengo completa confianza en ti.

Le dejaba el resto del trabajo a ella. Creía en su capacidad. Se suponía que debería sentirse feliz, pero no era así, se sentía mal por estar sin él.

—He hablado con mi padre y vamos a nombrarte directora permanente.

Eso era lo que siempre había querido, lo que pretendía cuando había ido a vivir a Banff. En ese momento le parecía un premio de

consolación. ¿Cuándo había empezado a querer más?

Se miró las rodillas. Sabía cuándo. Cuando había dejado de darle a Robert el poder y había empezado a vivir por sí misma.

—Gracias, Luca. Es… es lo que siempre he querido y aprecio tu fe en mí. No te decepcionaré.

Luca la miró y se preguntó cómo podía haberlo estropeado todo de un modo tan espectacular.

Debería haber mantenido las cosas en el tono formal de la mañana.

Mari era importante para él. Había permitido que llegara a serlo y eso no era justo para ninguno de los dos. Había tratado de recordárselo todo el día, pero había perdido la cabeza cuando la había visto al pie de las escaleras.

Y después la había besado y acariciado y deseado hacer el amor con tanta fuerza que casi se había perdido. Hasta que se había dado cuenta de que no estaba bien hacerle daño. Y la conocía lo bastante como para saber que hacer el amor una vez y marcharse sería egoísta.

Lo mejor que podía hacer era darle lo que quería desde el principio: la dirección total del hotel. Daba lo mismo que eso no lo hiciera completamente feliz a él. La llamada de su padre lo había irritado desde el primer momento. Estaba cansado de ser su chico de los recados y ya sabía que quería más. Aun así, su primera lealtad era hacia la familia y el imperio Fiori. Había hecho esa elección hacía años. No podía tener las dos cosas.

—Nunca me decepcionarás, Mari. Jamás.

Señaló el anillo que él llevaba en el dedo.

—Ese anillo es importante para ti, ¿verdad? —dijo con voz tranquila—. Siempre te lo he visto puesto.

Él asintió y apoyó la mano en la rodilla. Quizá si le explicaba la historia del anillo, ella entendía por qué tenía que marcharse.

—Mi abuela se lo dio a mi abuelo. Se convirtió en el lema de los

Fiori: *belleza, lealtad, fuerza*.

—Tienes tanta historia, Luca. Te envidio.

—Algunas veces no es lo que parece —respondió rápidamente, y después sacudió la cabeza. Sus problemas con Fiori no los iba a resolver ella—. Sólo significa responsabilidades. Tengo deberes con mi familia y ésa es la vida que me dieron; aunque también la elegí. Me ancla.

—Pero…

Se levantó y paseó hasta un extremo de la mesa, se detuvo y cerró los ojos un momento. Cuando se dio la vuelta le tendió la mano y ella se la tomó.

—Los dos sabíamos que esto no sería para siempre y que mi trabajo me llevaría lejos —inspiró con fuerza—. También sabemos que lo que compartimos es especial. Tu eres especial, Mari.

—Te olvidarás de mí —miró a otro lado—. Seré otra de esas mujeres que has conocido.

—No. Eso quita valor a lo que hemos compartido.

—Parece que lo dices de verdad —lo miró fijamente.

—Así es —se llevó la mano a los labios y la besó—. Me importas mucho. Este momento ha llegado como sabíamos que ocurriría. Debo volver a mi vida y, tú, seguir aquí con la tuya. No hay otra elección. Sólo quiero que nos separemos sin amargura, pero respetando lo que hay entre nosotros. Para que sepas que… —hizo una pausa. Podía con ello, aunque fuera la explicación más difícil que había dado en su vida. Decidió ser sincero—. Para que sepas que significas algo para mí.

—Me estás poniendo muy difícil enfadarme contigo —dijo entre risas y gemidos.

—Si te resulta más fácil enfadándote, entonces hazlo. Sólo quiero que seas feliz, Mari.

Y por primera vez en su vida supo que era cierto. Quería la felicidad de ella antes que la suya. No quería convertirse en su padre. Su padre había dedicado su vida a la felicidad de su esposa para no quedarse con nada. Había visto a su padre destruido por su madre. También recordaba el momento precioso en que su propia inocencia,

su fe en la felicidad, se había roto cruelmente. Y sabía que todo eso no era nada comparado con el poder que Mari podría tener sobre su corazón.

Ella se dio la vuelta y se pasó un dedo bajo las pestañas para secarse una lágrima antes de que le corriera por la mejilla. ¿Cómo podía explicarle que su felicidad estaba estrechamente vinculada a él? ¡Tenía razón en todo! Sabían que llegaría ese momento. Recordó estar entre sus brazos mientras le contaba lo de Robert y sentirse segura y amada. Y todo eso se desvanecería con él cuando se marchara. Habría dado cualquier cosa por que se quedara.

—Y yo que lo seas tú —respondió ella.

Lo miró a los ojos deseando estar entre sus brazos una vez más. De pronto fue consciente de que no podría besarlo más y una sensación de vacío la invadió.

—¿Luca? —él la agarraba con tanta fuerza que dolía—. ¿Me besarías una vez más?

Oyó el ruego en su propia voz, pero no le importó. Se levantó y se acercó para que la abrazara, sintiendo que sus manos le acariciaban el cuello mientras la besaba en las sienes.

Apenas podía respirar, el pecho le subía y bajaba en respiraciones superficiales mientras su boca jugaba con la de ella tratándola como si fuese una preciosa porcelana. Cerró los ojos cuando la besó en las mejillas. Ese beso le hizo echarse a temblar por su inocencia y pureza. Se cayó el chal al suelo, pero no le importó. Dos palabras vibraban en su boca, pero no las pronunció. Había algo sutil y frágil entre ellos y no iba a romper esa conexión anunciando en voz alta su amor.

—Tengo que irme —dijo en un jadeo echándose atrás y agarrando su bolso—. Lo siento, no puedo hacerlo.

Salió en tromba del reservado antes de que Luca pudiese decir ni una palabra.

Luca se agachó a recoger el chal. La llamada de su padre podía irse al infierno. Había intentado reconstruir el *estatu quo* con Mariella

y todo lo que había conseguido era complicar más las cosas. Se pasó una mano por el rostro. Nunca antes había tenido esos problemas. Se le daba bien seguir adelante. Y no podía entender por qué esa vez era diferente.

Simplemente, se había implicado demasiado, eso era todo. Estaba haciendo el tonto pensando que aquello era amor. Acarició el suave tejido del chal. Que se marchara era lo mejor para los dos.

Capítulo 11

La casa estaba a oscuras cuando Mari entró. En esas ocasiones el corazón siempre le latía más deprisa. No importaba cuántas veces se dijera que todo era cosa del pasado, sabía que no era así. Siempre había un resto de temor acechando tras las puertas cerradas. En cuanto entró, encendió la luz de la cocina y eso alivió parte de su ansiedad. Luca se marchaba. Todo el caos de las últimas semanas se terminaría, como si jamás hubiera sucedido. Volvería a su vida. Eso era lo que había querido.

Sin prestarle mucha atención, recorrió con los dedos el correo que había dejado antes sobre la mesa, ansiosa por prepararse para la cena. Se detuvo en un sobre blanco y rojo que significaba que era urgente y lo abrió. Dentro había otro sobre con el membrete de la policía de Toronto.

Sostuvo el sobre con manos temblorosas. Después de mirarlo unos minutos, lo abrió y sacó una hoja.

Se había terminado.

Se sentó pesadamente en la silla de la cocina. Tommy se acercó, se sentó a su lado y le apoyó la cabeza en la rodilla. Esa era su vida. La suya. Y desde ese momento, la suya sola. El pasado se había ido, disuelto en unos pocos párrafos.

Tuvo que leerla una vez más para asegurarse:

Querida señorita Ross:

Le escribo para informarle de la muerte de Robert Langston.

Murió el 25 de noviembre, cuando el vehículo que conducía se salió de la carretera. El alcohol fue un factor determinante en su accidente.

Se enjugó las lágrimas. Se había terminado. Ya no podría hacer daño a nadie. Siguió leyendo una anotación al final de la hoja:

Sé que éste no es el procedimiento, pero quería notificárselo yo mismo. Como el resto de agentes implicados en este caso, he pensado con frecuencia en usted y en su madre. Sólo puedo decir que espero que esté bien y que esto quizá sea alguna clase de solución para usted y la señora Langston.

Atentamente,

Pat Moore.

Recordó al agente Moore. Había sido tranquilo, firme, amable cuando la había interrogado en el hospital y después cuando había declarado en el juicio. De algún modo, que fuera él quien le diera la noticia, cerraba el círculo.

Se preguntó dónde estaría su madre esa noche, leyendo una carta idéntica, sintiendo el mismo alivio… y arrepentimiento.

Su primer impulso fue decírselo a Luca, pero era lo último que debía hacer. Se habían despedido esa noche. Y ya le había contado suficientes problemas. No, ya era hora de seguir sola.

Se acercó donde había colgado el cuadro que él le había regalado. Recorrió la superficie con los dedos con la carta en la otra mano. En ese momento supo no sólo por qué la pintura le había hablado, sino también lo que le había dicho.

Era la vida, la vida a la que él la había despertado. Y se había dado cuenta de que, al abrirse a la vida, también se había abierto al dolor. Y valía la pena.

Las lágrimas le corrieron por las mejillas. Se había jurado que había curado las heridas que Robert le había infligido, pero no había sido así, sólo las había tapado. Y entonces había conocido a Luca, él le había hecho afrontarlo y ella se había enamorado de él.

Pero estaba tan dañada que ni siquiera tenía el coraje de luchar por él. Incluso esa noche sólo había aceptado lo que él había dicho, que se marchaba.

Arrugó la carta y la tiró al fuego. Las últimas semanas se había preguntado si sólo se había sentido atraída por Luca por lo que le había hecho Robert. Porque él la protegía. Porque necesitaba sentirse segura tras su salida de prisión. Pero nada de eso era cierto. Mientras

el papel se reducía a cenizas en el fuego, supo sin ninguna duda que era libre. Y esa libertad no consiguió en absoluto liberarla del anhelo de Luca.

La pintura le recordó todo: la sonrisa de Luca, sus ojos, cómo la desafiaba y la besaba, cómo habían podido hablar de su maltrato y cómo había llegado a confiar en él…

Pero el hombre que le había destrozado la vida había muerto de repente. Ya no tendría que mirar al volver las esquinas. Ya no tendría que esperar los informes de los agentes de la libertad condicional, o preocuparse por si decidía ir por ella. Aunque había un punto de culpabilidad en el hecho de que un hombre tuviera que morir para que ella fuera libre.

Podría olvidarse de Robert; y tenía el trabajo y la vida que siempre había querido, pero se sentía completamente vacía.

Cuadró los hombros. Recordó la nota que acompañada al cuadro:

Cuando le habla a tu corazón, sabes que es el bueno.

Había estado completamente equivocada. No había tenido nada que ver con Robert. Era por Luca. Él era quien le hablaba a su corazón. Él era el bueno. Podía aceptar lo que le había dicho esa noche o podía luchar por él. Y no sabía si sería lo bastante valiente para hacerlo.



No había habido oportunidad de hablar en privado. Con Luca a punto de marcharse, la mañana había estado completamente llena de reuniones. Mari lo miró al otro lado de la mesa. Ya sentía su pérdida y no sabía cómo se las iba a arreglar cuando se hubiera ido. Y no tenía ninguna confianza en que consiguiera convencerlo de que se quedara.

Algo había cambiado. El sonido de su voz mientras hablaba con el contratista la llenaba y al mismo tiempo acentuaba su vacío. Jamás, en los siete años que habían pasado desde que había sufrido el ataque, había bajado tanto la guardia. Se había acostumbrado tanto a

reaccionar a las cosas que no sabía cómo tomar el control y actuar. Y aunque él pensaba que darle el control del Cascade era lo que ella quería, no estaba más lejos de la realidad. Un mes antes lo habría aceptado gustosa, pero en ese momento no significaba nada, no sin él.

Pero no era eso lo que habían acordado y había pasado la mayor parte de la mañana buscando desesperadamente un momento para hablar con él en privado y decirle que había cambiado.

Luca dio por concluida la reunión y estrechó la mano del contratista. Mari sonrió y le tendió la mano también, sabiendo que ella sería quien se haría cargo desde ese momento. Estaba contenta de que Luca confiara en ella. Nadie había tenido tanta fe en ella. Pero, ¿a qué precio? Quería todo. Lo último que quería era volver a su antigua vida, ya no tenía color.

La puerta de la sala de reuniones acababa de cerrarse y Mari se dio la vuelta para decir algo, aunque no sabía qué. Se alisó la blusa. ¿Debería invitarlo a comer? ¿Sugerir otra cosa? Tenía un nudo en el estómago.

—Con esto terminamos, ¿no? —dijo él.

Mari cerró los ojos, preguntándose si podría articular algún sonido.

—Sí, es la guinda del pastel —dijo, tratando de poner energía en su voz.

—Mari, yo…

—Luca, sería…

Hablaron los dos a la vez y luego se quedaron en silencio. Él hizo un gesto con la mano para que empezara ella.

—Me preguntaba si te gustaría comer algo antes de salir para el aeropuerto.

—¿Crees que es buena idea?

Mari negó con la cabeza. ¿Se sentiría mejor o peor con eso?

—Seguramente no, pero estoy harta de las buenas ideas.

No dejó de mirarlo, no podía. Quería recordar cómo estaba con su traje italiano, recordar el sonido de su voz, el aroma de su colonia.

Desde el momento en que había aparecido y la había defendido, algo había pasado. Quizá fuera una tontería, pero se sentía parte de una unidad. Con él a su lado Robert no podría hacerle daño. Lo amaba por eso. Lo amaba por darle seguridad y libertad.

Se iba y no quería aceptarlo. Ya no necesitaba su protección. Robert había muerto. Y quería a Luca más que nunca.

—Mari —se apoyó en la mesa de juntas y cruzó los brazos—. Mari, si hacemos esto, no cambiará nada. Me seguiré marchando.

—No.

—¿No qué? —parecía confuso y descruzó los brazos—. ¿No me vas a decir adiós? ¿Me dejarás ir sin decirme una palabra?

—No te vayas.

—Estarás bien aquí, no me necesitas.

Mari negó con la cabeza. Maldición, iba a abrir la puerta y a marcharse.

—Te necesito. Más de lo que crees. Robert…

—¿Robert qué? ¿Se ha puesto en contacto contigo? —la agarró del codo—. ¿Está tratando de encontrarte? Te juro, Mari que si…

—¡No, no! Por supuesto que no, Luca. Robert ha muerto.

Luca le soltó el brazo y la miró aturdido. Ella se echó a reír por su expresión.

—Lo siento, pero deberías ver la cara que has puesto.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente de coche. Abrí la carta anoche al llegar a casa.

Luca se acercó y la abrazó, sorprendiéndola con la fuerza del abrazo.

—Me alegro. Bueno, eso suena horrible, ¿no? Pero me preocupabas. Le había dicho a Vince…

—¿Qué le has dicho a Vince? —salió de entre sus brazos.

Vince era el jefe de seguridad que había contratado ella hacía dos años.

—Le dije que te echara un ojo. Para asegurarme de que estabas protegida.

—¿Y por qué te importa eso?

—¿Cómo puedes preguntarme algo así? —casi explotó, giró sobre sí mismo y volvió a la mesa.

—Eso es lo que te estoy preguntando —sonrió apoyada en la mesa—. ¿Qué te importa a ti mi protección?

—Porque yo… yo… —tartamudeó y frunció el ceño—. Ya sabes por qué.

Oh, su Luca. La había ayudado más en unas semanas que meses de terapia. No sabía si alguna vez sabría explicarle lo mucho que había significado para ella. No podía dejarlo marchar sin luchar, así que por primera vez en su vida dejó de ocultarse en la sombra y dio un paso adelante.

Dejó que todo el amor que sentía por él brillase en sus ojos.

—Sí, creo que sé por qué —se irguió y cruzó los brazos—. Entonces, quédate. Te amo, Luca. Quédate conmigo y ámame también.

Nada que ella hubiera dicho podría haberlo afectado más. Su corazón latió de emoción antes de que la realidad lo golpeara. Y en algún rincón de su mente oyó voces de su pasado. Voces que pedían amor y a las que se les negaba. No era lo bastante tonto como para creer que Mari lo dijera de verdad. Y aunque la amara, que no era posible, no podría decírselo.

—Mari, no sé qué decir —sabía que sonaba frío y deseó que fuera distinto—. Sé lo que hablamos anoche y todo era cierto, pero amor… —su voz se desvaneció.

No podía decir las palabras que tenía en la cabeza: «No estoy preparado para el amor».

—Has pasado por algo terrible y creo que tienes que tomarte tu

tiempo para analizarlo racionalmente. Verás que en realidad lo que sientes es gratitud.

—Te estoy agradecida —reconoció, aunque no le resultaba fácil —. Por enseñarme a sentir otra vez, Luca. Por obligarme a salir de mi cascarón y volver al mundo.

—No necesito que me des las gracias.

—Me estás rechazando —dijo intentando disimular el dolor.

Luca rodeó la mesa y le agarró una mano helada. Habría dado cualquier cosa por no romperle el corazón, pero no podía darle lo que quería. No sabía cómo. ¡Había luchado contra ello toda su vida! No podía cambiar lo que era en un instante sólo porque ella se lo pidiera.

Ella lo debilitaba. Lo había conseguido sin siquiera proponérselo. Y porque lo sabía, se echaba toda la culpa a sí mismo por ser tan vulnerable. Y por haberle dado unas esperanzas que no podía cumplir.

—Sigo pensando lo que te dije anoche. Tenemos una conexión, pero los dos sabíamos que no sería para siempre. Siempre lo recordaremos como algo bueno.

No sabía cómo enfrentarse a sus lágrimas, pero para su sorpresa, ella soltó la mano y cuadró los hombros.

—Un buen recuerdo. Eso es todo —trató de sonreír pero se le notaba tanto el dolor que Luca sintió un sabor amargo.

Tenía que terminar con esa situación antes de cometer una estupidez o hacerle aún más daño. No había elección. Lo esperaban en París. Había dado su palabra de que estaría allí y él nunca incumplía un compromiso con su padre, aunque deseara hacerlo. Tampoco podía romper su vínculo con el Cascade. Reformarlo había significado demasiado y aborrecía marcharse. Era más que un proyecto. Era su proyecto y el de Mari. Al menos, sabía que lo dejaba en buenas manos.

—Siento que pienses que había algo más. Estaremos en contacto por el hotel. Así que esto no es realmente un adiós.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —lo miró buscando la verdad.

—Sí, es todo.

—Entonces esto es un adiós. Después de todo.

Él asintió. Quizá fuera mejor que se marchara enfadada. Quizá eso le hiciera más fácil seguir adelante.

—Sí, le prometí a mi padre que estaría en París lo antes posible. Me voy dentro de una hora.

—Adiós, Luca —le tendió una mano—. Ha sido un placer trabajar contigo.

—Adiós, Mariella —le estrechó la mano y notó su temblor.

Mariella salió de la sala de reuniones y se dirigió a su coche. Una vez dentro finalmente se permitió llorar. Lo había arriesgado todo y había perdido.

Capítulo 12

No amaneció gris, sino blanco puro.

Mari miró por la ventana y sacudió la cabeza. La noche anterior ni siquiera se había fijado en la tormenta, pero en esa época, en las montañas cualquier cosa era posible. ¿Debía ir a trabajar o tomarse el día libre? Era un trayecto corto, pero no habían limpiado la carretera y no estaba segura de que su coche pequeño no derrapara. Por no mencionar la vuelta. Los copos seguían cayendo con tanta intensidad que casi no veía el aparcamiento frente a la casita.

Tommy volvió de su paseo por el jardín sacudiéndose la nieve lleno de felicidad. Mari lo acarició y entró en el cuarto de baño. Se vio los ojos y decidió que aprovecharía que era la jefa. Llamaría y trabajaría desde casa.

Puso en marcha la cafetera y calculó la diferencia horaria con París. Allí sería por la tarde. ¿Qué estaría haciendo él?

En poco tiempo estaría en Italia con su padre, Gina y sus hijos. Todo lo que quería ese primer día que él había aparecido era librarse de él y conservar su trabajo. Y lo había conseguido. Y sabía que la triste realidad era que el día anterior había estado dispuesta a dimitir si él le hubiera dicho que también la amaba.

Estaba empezando su segunda taza de café cuando llamaron a la puerta. Abrió y se encontró con Luca envuelto en una pesada parka con el logotipo del *Bow Valley Inn* en el pecho.

—¡Luca!

—¿Puedo pasar?

Se había quedado tan sorprendida al verlo que seguía e pie en medio de la puerta, paralizada.

—¡Claro! ¿Cómo has… cuándo…? Quiero decir, ¿qué ha pasado con tu vuelo?

Entró.

—No lo he tomado —respondió quitándose un gorro negro de la cabeza y metiéndolo en un bolsillo.

De pronto Mari se dio cuenta de que estaba delante de él descalza, y con un pijama de franela rosa.

—¡Oh, Señor, perdona un momento! —se ruborizó al ver que él no quitaba los ojos del pijama rosa.

—Mariella —dijo él y ella siguió sin moverse.

El día anterior le había dicho adiós y la había rechazado educadamente. ¿Qué hacía allí?

—No he podido tomar el avión.

—¿No has podido?

Él negó con la cabeza y ella trató de no concebir falsas esperanzas. Ya se habían dicho todo lo que había que decirse. Todo había quedado claro.

Luca se desabrochó el abrigo y se lo quitó.

—Me alegro de que no hayas ido a la oficina. Las carreteras están fatal.

—Aun así, has conseguido llegar aquí —se giró hacia el armario, sorprendida por lo fácilmente que convertía en palabras lo que pensaba.

Un mes antes eso no habría sido posible. Una prueba más de lo mucho que había cambiado desde que Luca había llegado al Cascade. Le debía más de lo que él creía.

—Tengo un todoterreno. Tú tienes un coche normal.

—Llamé para decir que trabajaría desde casa. Debería vestirme…

—Espera —la urgencia de esa palabra la detuvo—. He venido a decirte algunas cosas. Cosas que debería haber dicho ayer, pero me pillaste con la guardia baja —se agachó a quitarse las botas y caminó por la tarima para estar cerca de ella—. Mi Mariella —susurró y le acarició una mejilla.

—No —se echó hacia atrás—. Luca, no puedo. Ayer dijiste todo lo que necesitaba saber.

Pero él la ignoró, le agarró la otra mejilla y la besó en los

párpados.

—En eso te equivocas. Dije demasiadas cosas y todas equivocadas. Tú, Mariella, me has hecho un cobarde y eso no es algo que me guste.

—No te da miedo nada —susurró ella sin aliento.

—Tengo miedo de ti. Tengo miedo de mí, de cómo me siento cuando estoy contigo. Y entonces, de camino a Calgary, me he dado cuenta de lo increíblemente difícil que te tuvo que resultar decir lo que me dijiste. Y que te merecías algo mejor por mi parte.

—¿Y por eso estás aquí?

—Eso es lo que me da miedo, Mari. Haces que desee darte más. Haces que quiera ser digno y me da miedo enamorarme. Otra vez.

—No comprendo.

La tomó de la mano y la llevó a una mesa con sillas que había entre la cocina y el cuarto de estar. Se sentaron con las rodillas juntas.

—Mari, te mereces mucho más de lo que yo puedo darte. Nunca he dado importancia al amor y todo lo que conlleva. Tú estas saliendo de las sombras. Dije lo que dije porque soy demasiado egoísta como para terminar las cosas como quería. Quería que siguiéramos siendo amigos y, si no eso, al menos compañeros que han compartido algo importante —le acarició las rodillas—. Haces que quiera cosas. Cosas que no he querido en mucho tiempo. Pensaba que estaba tomando la decisión adecuada marchándome. Por ti, por mí. Pensaba que mis razones eran buenas, pero me equivocaba. Le dije a Charlie que me volviera a traer. Y he pasado toda la noche intentando resolver las cosas.

—Tienes que ir a París.

—No, *cara*, no.

Le agarró las manos. Ella quería creerlo, aunque las palabras del día anterior aún sonaban en su cabeza. Estaba en su casa y parecía que por una razón importante. Tenía que creer que ella era importante.

—Sabes que mi madre abandonó a mi padre cuando yo era muy joven. Y aunque teníamos a nuestro padre, me sentí muy responsable

de Gina. Y, algunas veces, de mi padre porque tenía la edad suficiente para darme cuenta de lo que sufría por mi madre. Una y otra vez lo veía pedir su amor y ella se negaba. Nunca fue bastante para ella.

—¿Crees que no decía de verdad lo que te dije ayer?

—No suelo hablar de mis sentimientos, Mari. Necesito ver las cosas, mostrarlas. Dije esas palabras una vez, recuerda que te hablé de Ellie. Le entregué mi corazón. Y luego la encontré con otro. Sólo me quería porque era un Fiori. Yo había confiado en ella. Así que, cuando empecé a sentir algo por ti, me di todo tipo de excusas.

Mari se imaginó a un Luca más joven, vibrante por estar enamorado y, después, decepcionado. Le acarició los dedos.

—Así que te dedicaste al trabajo.

—Jamás se ha cuestionado mi trabajo en Fiori. Es mi herencia. Una herencia levantada por mis abuelos. Sentiría que los habría decepcionado si no hubiera seguido en la empresa. Quiero a Fiori, es mi sangre.

—Pero…

—Pero he pasado demasiados años centrado sólo en mi trabajo, evitando a la gente. Y no sabía cómo tener las dos cosas.

Ella alzó una ceja. Lo había visto en las revistas y eso demostraba que no había evitado a la gente.

—Oh —dijo él con una risita—. He dado un buen espectáculo, pero nunca me he sentido unido a nadie después de Ellie. Nunca he querido. Gina se casó y formó una familia y yo me dediqué a viajar por el mundo velando por nuestros intereses. Pero levantar muros consume mucha energía. Tú lo sabes, Mariella.

—Sí, lo sé. Siempre parecías tan seguro de ti mismo. Luca… Jamás habría sospechado que eras infeliz.

—Y no lo era, en realidad no. Simplemente, había algo que me faltaba. Echaba de menos raíces. Lo que parece estúpido considerando cómo te acabo de contar que mi familia me da un punto de apoyo.

—Hay mucha diferencia entre tener raíces y encontrar el lugar de uno mismo —lo miró a los ojos—. Sé que jamás tendré lo primero. Jamás conocí a mi verdadero padre y mi infancia fue una pesadilla,

pero… pero creo que me he hecho un lugar por mí misma.

—Sé que lo tienes. Lo sé porque he podido verlo desde el principio. Eres de aquí. Eres de aquí de una forma que yo nunca había visto —recorrió la casita con la mirada—. Puedo verte entre estas paredes. Has convertido esto en un hogar, uno que es sólo tuyo.

—Eso no significa que no esté sola.

—¿Estás sola, Mari?

—Sí, sí, lo estoy. Al menos, lo estaba y no lo sabía. Tú has cambiado eso.

—Jamás había esperado encontrarte, ¿sabes? —le agarro una mano y le besó los dedos—. Y a pesar de haberlo hecho, aún no me lo creo. No confiaba en ello. Sentía algo por ti, pero lo dejé a un lado para que no fuera real. Me decía que era algo temporal y que volvería a Italia y estaría bien. Y cuando me dijiste que me amabas…

—Te amo.

Luca miró al suelo y permaneció unos segundos en silencio hasta que alzó la mirada y dijo:

—Me derrotaste, Mari —se echó hacia delante y apoyó la frente en la de ella—. Tú, la única que tenía derecho a tener miedo… tú has sido la que me has enseñado. Eres un milagro, Mariella. Y me muero de miedo de que te levantes un día y te des cuenta de que no soy lo bastante bueno para ti —no podía imaginarse siendo un milagro para nadie. No después de todo lo que había pasado—. Estoy enamorado de ti y pensaba que sólo me necesitabas por tu padrastro.

—Oh, Luca, ¿cómo has podido pensar eso? Todo esto no tiene nada que ver con Robert, sino contigo. Tú has sido la primera persona capaz de verme más allá de lo que me había pasado. La primera persona que me ha hecho olvidar y me ha hecho sentir que el pasado no importaba. La primera persona que me ha hecho sentir como la auténtica Mariella. Jamás podrás decepcionarme. Jamás.

Apoyó los codos en las rodillas y le tocó los muslos. Mari pensó en que al principio no quería que la tocara y después se moría por que lo hiciera.

—Estoy cansado de viajar. Tengo una villa, pero no estoy apenas en ella. Cuando era más joven era estimulante, no quería quedarme en

un sitio. Pensaba que tenía la sartén de la vida por el mango, pero las cosas cambian. Yo he cambiado. He disfrutado de la reforma del Cascade. Pero entonces, mi padre me llamó la mañana después de que me hablaras de Robert para enviarme a París.

—¿Por eso te comportaste como lo hiciste? —preguntó ella con una sonrisa.

—Era demasiado. Estaba sintiendo algo por ti de repente y eso me daba miedo. Quería demostrarte que nada de eso tenía importancia para mí. Y por otro lado estaba mi padre diciéndome que tenía que marcharme. He querido cambiar las cosas con él. Además, me debatía entre mis sentimientos hacia ti y los que tengo hacia mi familia —para Mariella todo empezaba a tener sentido—. Estaba seguro de que marcharme era la mejor opción. No quería enamorarme. No quería ponerme en una posición en la que alguien pudiese hacerme daño.

Mari no podía creer que alguna vez hubiera tenido ese poder. Pero allí estaba él, agarrándole las manos, diciéndole cómo se sentía.

—Nunca antes he estado enamorada —reconoció ella—, pero si no te lo decía sabía que me arrepentiría el resto de mi vida. Y tenía que pedirte que tú también me quisieras.

—Quiero besarte ahora mismo —dijo él con voz ronca—, pero tengo que decirte lo demás antes.

—Entonces, date prisa.

—He hablado con mi padre. Sobre Fiori, sobré mi descontento, sobre ti. Y hemos hablado de mi madre.

—¿Sí?

—Las heridas de la infancia tardan mucho en cicatrizar, ¿no crees? Él la perdonó hace mucho, pero yo no. Siempre he llevado esta amargura conmigo. Me hacía estar harto. Necesitaba dar un paso adelante. Si tú has podido superar lo de Robert, seguro que yo puedo perdonar a mi madre.

—Tú no eres el único, Luca. También he pensado mucho en mi madre últimamente. ¿Cómo puedo juzgarla por las decisiones que tomó aterrorizada cuando yo he hecho lo mismo durante años? Voy a tratar de encontrarla. Seguro que el policía que me mandó la carta me ayudara.

—Cuando todo lo que había que decir estaba dicho —siguió Luca tras un largo silencio—, dimití de todos mis cargos y ocupé otro. Como vicepresidente, estoy a cargo de todos los establecimientos de Norteamérica. Controlaré todo este lado del Atlántico desde una oficina.

—Qué maravilloso, Luca. ¡Menudo trabajo! —dijo sonriendo.

—*Dio*, eres dura —dijo él con un suspiro—. ¿Serías feliz en otro sitio, Mari? ¿Podrías dejar esto?

¿Podría hacerlo por Luca? Miró su casita, el hogar que había levantado de la nada. ¿Podría dejarla? Si era por él, creía que sí.

—Sí.

—Pero no te gustaría hacerlo. Quieres este lugar.

—Por supuesto, pero… No estoy segura de lo que me estás pidiendo. O de lo que ha sucedido.

—Mis prioridades han cambiado, eso es lo que ha pasado. ¿No lo ves, Mariella? Ahora todo encaja. El Cascade que hemos construido juntos, el nuevo trabajo y tú. Te amo. Tú me das las raíces. No quiero estar en otro sitio. Sólo contigo. Tú eres lo primero, lo demás va detrás.

Mari se quedó sin palabras. Jamás habría esperado algo así.

—Te amo, Mariella —volvió a decir él.

—Jamás nadie me ha puesto en primer lugar.

—Entonces ya era hora, ¿no crees? —sonrió con ternura—. Eres mi centro. Nada más tiene sentido. Vivir sin ti me da más miedo que arriesgar mi corazón. El trabajo es mío. Donde viva depende de tu respuesta. Podría aceptarlo, si tú me respondes a una pregunta —Luca se metió una mano en el bolsillo y después se arrodilló—. Cásate conmigo. Cásate conmigo en el salón que hemos reconstruido juntos, bajo la araña que encontramos en el ático. Comparte tu vida conmigo. Formemos juntos un hogar. Por favor, di que sí —sacó un anillo.

No había duda de que era antiguo. Miró la brillante esmeralda en la montura de platino y los diamantes a los lados.

—Era el anillo de mi abuela. Decía que la esmeralda es símbolo

de amor y esperanza —ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿No lo ves, Mari? Eso es lo que tú eres para mí. Amor y esperanza.

—Oh, Luca —susurró—. Te amo tanto… Jamás había creído en los finales felices. A mi madre nunca le llegaron. Quizá por eso acepté que te fueras como lo hice. No me lo creía. Pero ahora tengo una oportunidad, para creer, para tener fe. Y sería tonta si no la aprovechara.

—¿Eso es un sí?

—Sí, sí, ¡sí!

Le agarró la mano y la puso en pie. La abrazó y la besó en los labios.

—Mariella. Es un acierto que quien lleve este anillo tenga ese nombre. ¡Oh, Mari, qué futuro tenemos por delante!

Mari le acarició la mejilla. Estaba a salvo con él, en cuerpo y alma.

—Empezando por hoy.

—Empezando por hoy —confirmó él y volvió a besarla.

Fin